

MEXICALI 7.2

RÉPLICAS Y NARRATIVAS DE LOS REUBICADOS
DEL SISMO DE ABRIL DE 2010

CARLOS ANTONIO ROMERO RAMÍREZ



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA

Índice

[Agradecimientos](#)

[Presentación](#)

[Mexicali: un espacio social sísmico](#)

[El contexto y los antecedentes de la zona del valle](#)

[Desastres, espacios sociales y apropiación del espacio](#)

[Entre el espacio viejo y el nuevo lugar](#)

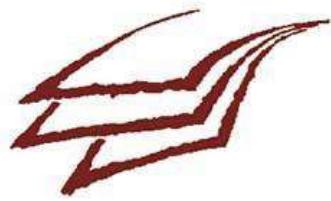
[Consideraciones finales](#)

[Anexos](#)

[Referencias bibliográficas](#)

[Acerca del autor](#)

[Legales](#)



Universidad Autónoma de Baja California

Carlos Antonio Romero Ramírez

**Mexicali 7.2:
Réplicas y narrativas de los
reubicados del sismo de abril de
2010**

Selección Anual para el Libro Universitario

*Dedico este libro a toda mi familia,
quienes desde tierras guaraníes
siempre me han dado su apoyo y
sus buenos deseos para cumplir
con mis proyectos de vida.*

*De forma muy especial a mi madre,
Irma Cristina Ramírez Girett, por
haberme inculcado el espíritu de la valentía
y por ser un ejemplo de lucha y de constancia
para lograr una más de mis metas.*

AGRADECIMIENTOS

A principios del 2010, cuando consideraba la posibilidad de iniciar con un posgrado como nuevo proyecto en mi vida, nunca pensé que, años después, tal decisión traería consigo la publicación de mi primer libro. Expresar un mensaje de agradecimiento no es tarea fácil. En mi caso, las expresiones me resultan insuficientes para transmitir mi gratitud a todos aquellos quienes me han brindado apoyo incondicional para lograr el cometido de publicar esta obra.

Agradezco a la Dra. Kenia Ramírez Meda, por su amistad, apoyo y la recomendación de que considerara como opción el programa de maestría en estudios socioculturales. Gracias a ella acudí al antes llamado Centro de Investigaciones Culturales-Museo, donde el coordinador del programa, el Dr. Raúl Balbuena Bello, amablemente me explicó el plan de estudios y las líneas de investigación. A tan sólo una semana de que cerrara la convocatoria, alcancé a cubrir los requisitos y postularme. Unos días antes de presentarme a la entrevista de admisión para el posgrado, aconteció el terremoto del 4 de abril. Desde entonces, dicho suceso se hizo presente. Tras haber sido aceptado en el programa, y ya a finales del primer semestre, me percaté de que aquel sismo me llevaría a la obtención de mi grado de maestría, así como de la obra que aquí se presenta.

En verdad, alcanzar los momentos de satisfacción por metas y objetivos logrados no siempre son fáciles, pero cuando se llega a ellos, se dejan de lado los malos recuerdos y permanecen las buenas experiencias, para guardarse, cada una de ellas, celosamente, en el baúl de los momentos memorables. Este logro no hubiese sido posible sin todas las personas e instituciones que me acompañaron en el trayecto.

Agradezco al Instituto de Investigaciones Culturales-Museo de la Universidad Autónoma de Baja California, así como a la coordinación del programa de maestría, a los directivos y administrativos que me abrieron las puertas para seguir con mi formación académica. Gracias a la confianza que depositaron en mí y al invaluable impulso que me han brindado mis maestros durante más de dos años de camino, hoy tengo como resultado la publicación de la presente obra.

Este proyecto no hubiera sido posible sin la participación y disposición de los que hoy son los actores que dieron vida a las páginas de este libro. Por esta razón, mi eterno agradecimiento a las familias del valle de Mexicali, quienes, con toda confianza, me abrieron las puertas de sus casas, y especialmente las de sus corazones, para compartirme sus tristezas, alegrías y recuerdos ante sus vivencias acerca del terremoto que llegó y transformó sus vidas.

Doña Paty, doña Paula, doña Graciela, don Andrés, a ustedes, hoy les digo: ¡Gracias! Porque sin sus narraciones y experiencias, este libro no hubiese sido posible. También a todas aquellas familias de los diferentes ejidos y residentes de los fraccionamientos Nuevo Hogar y Renacimiento del Valle, que me transmitieron parte de sus experiencias durante mis visitas al valle de Mexicali.

Esta obra, que inicialmente fue mi tesis de maestría y ahora se ha convertido en un libro, ha mejorado gracias a las evaluaciones emitidas por los dictaminadores del manuscrito; así también por las recomendaciones de aquellos que fungieron como mis maestros en el posgrado, quienes, desde sus diferentes áreas de conocimiento, aportaron lo que consideraron apropiado a mi tema de investigación. Especial agradecimiento al Mtro. Alberto Tapia, y a los doctores Raymundo Padilla, Servando Ortoll, Mario Magaña y Raúl Balbuena. Asimismo, al Dr. Hugo Méndez, quien, con su colaboración, dirección, experiencia y formación, me guio en el camino de la investigación para el análisis y el desarrollo del tema aquí abordado.

A mi pequeña familia en México, a quien con cariño denomino la familia mexi-guaya, a quienes adopté como mis hermanos de lucha y constancia en todo momento: Celia Olmedo, Vivian Mattesich, Valeria Fernández, Catalina Fernández, Raúl Fernández, Arturo Galván, Lluvia Castro, Tatiana Lara, Gabriela Palomera, Arnulfo Martínez y Eleazar Román.

Agradezco también al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt), que me brindó el sustento económico para cubrir mis estudios de maestría durante el periodo de agosto de 2010 a julio de 2012.

También un especial agradecimiento al Instituto para el Desarrollo Inmobiliario y de la Vivienda (Indivi), y a las instituciones gubernamentales del Gobierno del Estado de Baja California, quienes

me brindaron importantes bases de datos y fuentes para enriquecer mi trabajo de investigación.

No me queda más que expresarles un profundo: ¡Gracias!

Carlos Antonio Romero Ramírez

Mexicali, Baja California, México

PRESENTACIÓN

El lugar donde descansan nuestras certezas y convicciones del día a día es físico. Dicho espacio es inestable por la misma naturaleza de las condiciones del ambiente, tanto externas como internas. Es impredecible, ya que los eventos que pueden suceder van más allá del control de la mano del hombre. Las inundaciones, las sequías, los huracanes o los terremotos alteran abruptamente la realidad cotidiana, provocando cambios en la dinámica del llamado espacio social en el que se desarrollan las prácticas e interacciones socioculturales de todo grupo humano. En este contexto, debe entenderse que la dinámica sociocultural está ligada y necesita del entorno físico, ya que ambas son interdependientes. El desarrollo de las prácticas, usos y costumbres de todo asentamiento humano no sería factible al no contar con un espacio físico dónde desarrollarse.

El espacio es el lugar donde se construyen las relaciones sociales, donde el entramado cultural tiene pertenencia, pero resulta intangible porque es dado de manera natural, nadie se cuestiona sobre el suelo que pisa, ni se pregunta de dónde viene o si será eterno (Chávez, 2008). Es omnipresente e incuestionable; el espacio se convierte en invisible para la mirada superficial de la sociedad, aunque la misma lo necesite para existir y se influyan mutuamente de manera inevitable.

Al ser extranjero, el espacio se convierte en un elemento que sobresale, porque es nuevo y desconocido en todas sus manifestaciones. Por ello, como paraguayo afincado en Mexicali, me resulta de un interés primordial analizar lo acontecido el día 4 de abril de 2010 en esta ciudad, ya que desconocía la actividad sísmica, pues en mi país no había presenciado este tipo de fenómenos.

Paraguay está ubicado en el corazón de América del Sur, con una población que no supera los siete millones de habitantes. Es conocido porque el territorio carece de una salida hacia el mar, por el idioma guaraní y, en la mayoría de los casos, por el futbol. Tiene una vegetación exuberante, húmedos días de verano, y las tormentas son sinónimo de torrenciales lluvias, con relámpagos y truenos ensordecedores. Hablar de terremotos en el contexto paraguayo eran eventos fantiosos, que

sólo se veían en las películas, o en las noticias internacionales. Los sismos, los cuales trastocan espacios vitales y sociales, al menos en Paraguay, son escasos, y más bien, leves, por lo que tenía nula experiencia con estos acontecimientos.

MEXICALI: UN ESPACIO SOCIAL SÍSMICO

*“Allá usábamos letrinas, y pues aquí
ya tenemos el servicio del sanitario adentro,
pero en realidad no sé ni cómo describirlo,
porque me siento a gusto, y a la vez no.”*

Doña Graciela, fraccionamiento Nuevo Hogar

Aterrizar hacia un análisis de la reconfiguración de los espacios sociales y sus entramados, como resultado de un sismo, fue un largo proceso que inició a principios del año 2010, cuando el evento telúrico aún no sucedía.

En el segundo semestre de los estudios de posgrado, los derroteros dentro de la maestría de Estudios Socioculturales se enfocaban en la relación entre los temas ambientales y las cuestiones culturales, así que pensé en hacer estudios comparativos entre el cuidado medioambiental en lo rural y en lo urbano. También consideré la posibilidad de revisar la construcción de la historia ambiental del valle de Mexicali. Cuando me encontré en esos dilemas, lo acontecido el 4 de abril no formaba parte de mi lista de temas de estudio. Sin embargo, al momento de solicitar recomendaciones a mis maestros y amigos más allegados, y al expresarles mi interés de trabajar cuestiones relacionadas con la cultura y el medio ambiente, como el tema del calor extremo que se vive cada verano en Mexicali y el terremoto reciente, ambos temas aparecían dentro de las pláticas. Una de estas conversaciones fue con el estimado maestro Alberto Tapia Landeros, quien es un reconocido académico y apasionado por los temas de la naturaleza y las particularidades físicas y culturales de Mexicali y su valle. Tras compartirle que en todos mis diálogos el tema del calor y del terremoto salían a relucir, me propuso no descartar dichas opciones, y textualmente expresó: “Carlos, a veces los temas no los buscamos nosotros, sino son los temas los que nos buscan a nosotros”. Esta frase quedó grabada en mi memoria.

El profesor me hizo reconocer la recurrencia de dichos temas en las pláticas cotidianas de los mexicalenses, acerca de las cuales hay escasas publicaciones al respecto, en específico del terremoto del 4 de abril. El maestro Tapia me llevó al replanteamiento de las opciones, ya que luego de haberlo escuchado, pensé en las formas en que pudiera abordar el tema. Aunado a ello, estaba el asombro de ver a las personas sobrellevando las consecuencias del sismo y buscando el regreso a su vida cotidiana. El número de pobladores que consideraban los destinos alejados de una zona telúrica eran muy escasos. Vivir y observar la dinámica desarrollada me llevó a la admiración, ya que los eventos sísmicos de gran magnitud y las implicaciones que esto pudiese generar están latentes en el diario acontecer de los mexicalenses. Fue así como los temas inicialmente considerados quedaron descartados. Entonces surgió la idea de estudiar este evento sísmico desde una perspectiva sociocultural, analizando la reconfiguración del espacio y de la vida cotidiana de quienes fueron desplazados a causa del sismo.

La propuesta se reformuló tras las visitas iniciales a los ejidos y luego de escuchar algunas de las historias de los afectados por el terremoto. Mis primeros contactos fueron los habitantes de los ejidos Oaxaca y Nuevo León. Después, el interés de trabajar el tema del terremoto tomó mayor relevancia, pues vislumbré la riqueza de experiencias socioculturales que pudiera analizar, intenté decidir con qué ejidos trabajar, ya que tanto en la zona rural como en la ciudad de Mexicali se presentaron diversos tipos de afectaciones, como la pérdida de bienes mobiliarios, fuentes de trabajo, animales de corral y cultivos en general, así como las secuelas emocionales. Todas ellas fueron consideradas como parte de la investigación, pues a partir de las visitas y pláticas que tuve con los damnificados, me enteré de la creación de dos nuevos fraccionamientos, construidos exclusivamente para reacomodar a los afectados por el sismo, ambos ubicados en el valle de Mexicali. Estos fueron el fraccionamiento Nuevo Hogar y el Renacimiento del Valle.

Este hallazgo fue determinante para el propósito que perseguía, pues ya no tendría que elegir alguno de los ejidos antes mencionados, sino que podía trabajar con personas de ambos fraccionamientos que procedían de los diversos ejidos afectados, lo que me daba una población heterogénea de familias con distintas realidades sociales, quienes confluyeron en la reubicación dentro de un mismo espacio

geográfico, donde comenzaron a reacomodarse social y culturalmente. Esto permitió una riqueza de experiencias que me compartieron los pobladores: sus incertidumbres, su desamparo, sus problemas para adaptarse, el volver a iniciar desde cero, entre otros aspectos de la vida cotidiana de los afectados, ante la pérdida material y afectiva que habían experimentado.

Para adentrarme a este contexto, tuve la idea de reconstruir las narrativas de los afectados por el sismo, y en consecuencia, la de aquellas familias damnificadas que transitaron de una dinámica social establecida a un escenario nuevo y en proceso de construcción, en el cual se vieron a la tarea de recomenzar, porque tras la experiencia del sismo ellos fueron despojados de todo aquello construido material y socialmente.

Con el fin de obtener un panorama completo de este proceso de cambio, consideré tres momentos. El primero que se refiere a la llegada y al recuerdo de las primeras experiencias en el valle de Mexicali, para lo que consideré casos de pobladores que han emigrado de otros estados de México, teniendo presente que Mexicali fue formado por migrantes originarios de otros estados. En un segundo momento, me planteé conocer las narrativas de la experiencia del terremoto del 4 de abril: cómo lo vivieron y qué recuerdan de ese día. Por último, abordé el tema de las experiencias actuales y la forma del desarrollo de vida en un nuevo espacio, a consecuencia de la vivencia del terremoto.

Todo este ejercicio de reconfiguración de las experiencias subjetivas de los entrevistados, me permitió profundizar en la manera en que un evento de esta naturaleza puede transformar los entramados sociales, al haber afectado el espacio en el que tuvo lugar. Como extranjero proveniente de una zona del Paraguay que es poco sísmica, casi nula, pude captar de manera profunda los significados ocultos dentro de la dinámica posterior al terremoto, y la afectación que éste trajo a la cotidianidad de las personas que lo vivieron. Lo cual curiosamente pasa desapercibido para la mayoría de los residente locales, quienes parecieran preferir ignorar la alta probabilidad de experimentar un movimiento telúrico que los aqueje, como las consecuencias que este tipo de eventos puede llegar a representar en sus vidas.

Trabajar con las narrativas de los actores involucrados antes, durante y

después del sismo, no sólo me permitió una reconstrucción cercana a la realidad, sino que me ayudó en la comprensión de los significados simbólicos que las personas asocian a los espacios sociales y geográficos. Esto fue posible gracias al trabajo realizado desde la perspectiva de los estudios socioculturales.

LOS ESTUDIOS SOCIOCULTURALES Y EL CONSTRUCTIVISMO

Aunque pareciera que los estudios socioculturales constituyen un cuerpo escrito extenso y repetitivo, autores como Lawrence Grossberg arguyen que “los estudios culturales están constantemente renegociando su identidad y reposicionamiento dentro de mapas intelectuales y políticos cambiantes” (Reynoso, 2000). Al interior de los estudios culturales, así como de otras ciencias sociales, como la antropología o la sociología, ha sido muy difícil establecer un único concepto de cultura, ya que es uno de los más extensos y variados. No obstante, una de las formas en que se suele definir desde finales de la década de los ochenta es desde su perspectiva simbólico-estructural, debido a su utilidad para explicar el proceso de los fenómenos culturales. El antropólogo Clifford Geertz, por ejemplo, define a la cultura como “[...] un sistema de símbolos que obra para establecer vigorosos, penetrantes y duraderos estados anímicos y motivaciones en los hombres, formulando concepciones de un orden general de existencia y revistiendo estas concepciones con una aureola de efectividad tal que los estados anímicos y motivaciones parezcan de un realismo único” (Geertz, 2003, p. 89).

A partir de esto, John B. Thompson definiría a los fenómenos culturales y la importancia de estudiarse como “formas simbólicas en contextos estructurados; y el análisis cultural puede interpretarse como el estudio de la constitución significativa y de la contextualización social de las formas simbólicas” (Thompson, 1998, p. 185). Por tanto, es correcto afirmar con base en los aportes del mismo autor, que el análisis cultural se da a través del estudio de formas simbólicas, acciones, objetos y expresiones, dentro de su relación con los contextos y procesos históricamente específicos y socialmente estructurados, en donde estas formas simbólicas son “producidas, transmitidas y recibidas” (Thompson, 1998, pp. 149-150).

Los estudios culturales no son una nueva disciplina, sino un área

común de conocimiento que no constituye un simple agregado de contenidos y metodologías ya planteados por las disciplinas tradicionales. Por el contrario, los estudios culturales han generado un efecto positivo tanto desde el punto de vista metodológico como temático.

Al tener presente el carácter multidisciplinar de los estudios culturales, puse en marcha esta obra, basándome en la teoría del constructivismo, ya que ésta contribuye al análisis de hechos sociales en escenarios particulares y bajo dinámicas sociales diferenciadas, y para la cual la realidad se genera según la influencia del contexto social, político y económico en el que está insertado el actor.

La importancia del análisis constructivista está fundada en los aportes de Peter L. Berger y Thomas Luckmann, quienes manifiestan que la realidad se construye socialmente y la sociología del conocimiento debe analizar los procesos a partir de los cuales se produce la realidad. La realidad es un conjunto de hechos externos al actor, y el conocimiento es el cúmulo de información referente al conjunto de los hechos externos. De este modo, los autores dejan en claro que *el conocimiento y la realidad* están íntimamente relacionados, partiendo de la base de que el conjunto de conocimientos sobre los hechos observados se puede determinar como algo socialmente dado (Berger & Luckmann, 1966).

La teoría del constructivismo coloca al individuo como el autor principal que establece y desarrolla los vínculos e interacciones con su entorno inmediato, situaciones que en su conjunto contribuyen a generar, modificar y construir la realidad social, al mismo tiempo que los sujetos sociales son influenciados y modificados por la realidad que los rodea. En ese panorama, los individuos llegan a aprehender, aprender y construir los significados de su entorno con base a las circunstancias y contextos en donde se encuentran inmersos.

Apoyado en lo anterior consideré adecuado utilizar la teoría constructivista, ya que dicha perspectiva contribuyó a una observación de los aspectos sociales internos, así como de aquellos practicados y asimilados por los individuos en su realidad cotidiana. Analizar las narrativas desde los estudios socioculturales, me permitió llegar a una interpretación multidisciplinaria del tema, pues tomé en cuenta todas las actividades humanas, fueran internas o externas, objetivas o subjetivas,

para brindar una gama más amplia de conocimiento sobre la realidad abordada.

Tras observar el escenario de las familias afectadas por el sismo y su obligada reubicación, relacioné la cultura como un patrón de ordenamiento dentro las prácticas, usos y costumbres, que manifestaron sus vidas con relación al entorno. La presencia del sismo los llevó a redefinir sus prácticas, usos y costumbres. En este tipo de análisis, los espacios, ya sean sociales o geográficos, son elementos que asumen gran importancia porque ambos conllevan una representación simbólica para los asentamientos humanos, generando una experiencia histórica que los vincula a dichos espacios.

Berger y Luckmann analizan a la sociedad como parte de una realidad objetiva y una subjetiva. En el primer caso, “el orden social es un producto humano, o, más exactamente, una producción humana constante, realizada por el hombre en el curso de su continua externalización” (Berger & Luckmann, 1966, p. 73). Describen, además, que *objetivamente* la sociedad se construye a través de la secuencia exteriorización-objetivación. Es decir, a través de la representación de las realidades producidas por la acción humana como algo externa a ella, afirmando que, “la sociedad es un producto humano. La sociedad es una realidad objetiva. El hombre es un producto social”. (Berger y Luckman, 1966, p. 84). Posicionando al individuo como el único artífice y creador de todo lo socialmente construido.

En un segundo momento, observan a la sociedad como parte de una realidad subjetiva, la cual se construye por medio de la interiorización. Ésta se lleva a cabo por el proceso de socialización, cuyo objetivo es concebido como la búsqueda de una simetría entre la realidad subjetiva del individuo y su realidad objetiva. Para lograr tal simetría se entrelazan varios elementos, tales como la rutina, la interacción, el lenguaje y las costumbres de las acciones de cada individuo.

De este modo, Berger y Luckman explicaban al mundo como un todo compacto, como un sistema donde uno existe en relación con otros, donde el yo cobra sentido como *yo social*, a partir de la aceptación o negación del otro. “Al desempeñar roles, los individuos participan en un mundo social; al internalizar dichos roles, ese mismo mundo cobra realidad para ellos subjetivamente” (Berger y Luckman, 1966, p. 98). La

principal diferencia entre ambas es que la realidad objetiva es la realidad concreta y tangible, lo que existe verdaderamente, en contraste con la realidad subjetiva, que es aquella apreciación que hace el sujeto sobre la realidad objetiva para interpretar y construir ideológicamente concepciones del ambiente en el cual se desarrolla.

Según esta propuesta, lo subjetivo es todo aquello interpretado e internalizado, y lo objetivo todo lo que el hombre en su dinámica social construye cotidianamente en relación con sus pares. De tal forma, la construcción social de la realidad trata de demostrar que todo hecho social no es otra cosa que una construcción de la misma sociedad, basado en las acciones e interpretaciones de cada individuo. Somos nosotros como individuos quienes construimos nuestra propia realidad, que es una edificación social, basada en nuestra misma naturaleza. Esto es, cuando uno pasa de una realidad a otra, experimenta una transición o una especie de impacto.

Se trata del desplazamiento y transición que han experimentado los actores de esta obra tras la presencia del terremoto. La realidad objetiva que tenían los pobladores del valle fue modificada a raíz de la experiencia del sismo. Antes, contaban con una vivienda, trabajo y vínculos afectivos estables con sus familias, amigos y vecinos. Sin embargo, a raíz del terremoto, su realidad quedó completamente alterada, situación que los llevó a una necesaria reorientación de su contexto, en un escenario lleno de incertidumbres y miedos, donde no sabían qué les esperaba. Ante este hecho, se observa la llamada realidad subjetiva: los individuos afectados buscaron darle sentido a las nuevas experiencias de sus vidas, lejos de aquello que ya tenían edificado y establecido, donde ahora debían reconstruir en un nuevo entorno y con realidades contrastantes, a causa de las pérdidas materiales y afectivas provocadas tras el sismo.

Al momento de experimentar fenómenos naturales, en este caso un terremoto, se producen cambios innegables, por los daños físicos estructurales, y la afectación de las condiciones sociales y culturales. En eventos de esta índole, factores como el miedo, las relaciones de amistad, confianza y nostalgia e incertidumbre, sobresalen al experimentar dichos sucesos. Tales realidades y hechos, desde mi punto de vista, se logran analizar ampliamente a partir de la perspectiva de los

estudios socioculturales, ya que es posible abarcar aspectos que incluyen elementos socioespaciales y económico-culturales, o en palabras de Virginia García, “[...] debemos conocer y analizar las condiciones sociales, económicas, políticas e ideológicas predominantes, existentes tanto antes como después de presentarse el fenómeno natural que provocó el desastre” (García, 1992).

Al tener presente que dichos cambios se encuentran dentro del área de los estudios socioculturales, como son las condiciones socioeconómicas, políticas e ideológicas, es importante reafirmar su trascendencia al interior de los estudios de la cultura. Basado en la trascendencia que representa el abordaje del tema, desde la perspectiva de los estudios socioculturales, se estableció como objetivo principal interpretar, con base en las narrativas de los pobladores de ambos fraccionamientos, cuáles han sido los cambios que se han dado en las formas de habitar los espacios, luego de la experiencia del terremoto del 2010 y, en específico, en aquellas familias que fueron reubicadas. Esto, con el objeto de demostrar la capacidad que poseen las personas de enfrentar las difíciles condiciones de vida posteriores a un sismo y las estrategias establecidas para adaptarse a un nuevo espacio y estilo de vida.

EL VALLE DE MEXICALI Y SUS ASENTAMIENTOS EN ZONAS DE RIESGO

Una de las preguntas que me planteaba al principio de este recorrido, era sobre la razón que llevaba a las personas a ubicarse en lugares sensibles o con mayor probabilidad de sufrir los embates de la naturaleza. En un primer momento consideré la posibilidad de que ignoraban las condiciones del espacio geográfico, y que descubrían, demasiado tarde, que estaban expuestos a eventos naturales catastróficos. Posteriormente también tomé en cuenta la fragilidad de las construcciones humanas, no sólo por haber sido edificada con materiales inadecuados, sino porque los métodos suelen, en una gran cantidad de ocasiones, ser empíricos.

Sin embargo, el descubrimiento sobre la reubicación de los damnificados del terremoto del 4 de abril fue determinante para comprender que este tipo de pérdidas están mucho más relacionados con una mala planeación urbana que con el desconocimiento del espacio geográfico o con la mala calidad de las construcciones, pues las familias

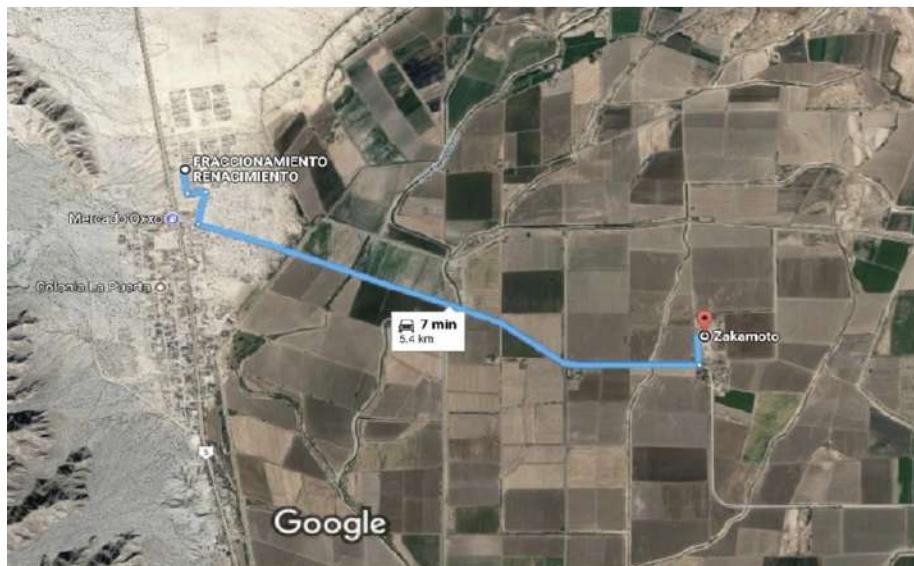
fueron obligadas a reubicarse en zonas que continúan siendo de riesgo en caso de haber un nuevo terremoto; es decir, a las personas se les hizo la promesa de instalarlos en un lugar más seguro en cuanto a infraestructura de las viviendas, ya que la sismicidad del terreno es una característica que siempre estará presente. En las figuras 1, 2, 3 y 4, se observan los lugares donde anteriormente radicaban las familias y el espacio al que fueron trasladados como parte del plan de reubicación de sus viviendas.^{[1][2]}

Figura 1. Vista aérea del fraccionamiento Renacimiento del Valle en el poblado La Puerta.



Fuente: Unidad de concentración y trasparencia del Indivi.¹

Figura 2. Distancia entre fraccionamiento Renacimiento del Valle y el ejido Zacamoto.



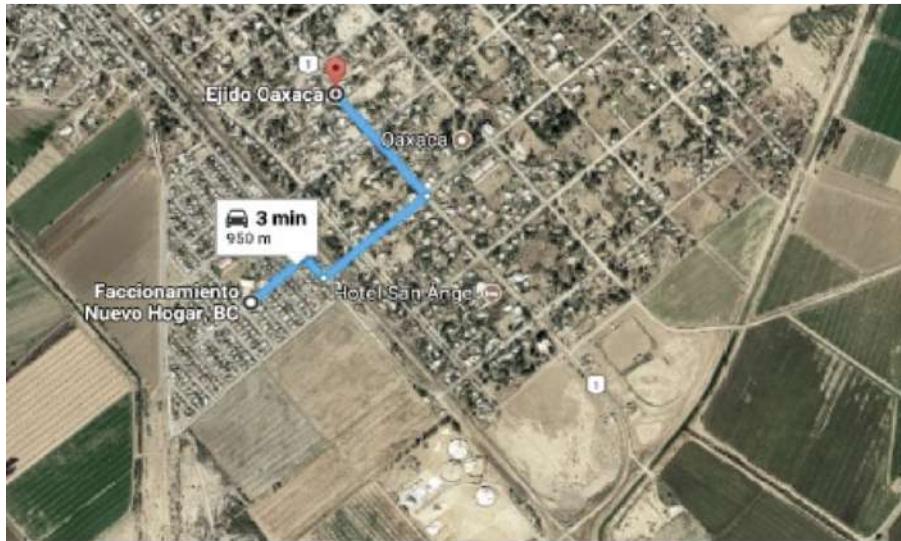
Fuente: Imagen satelital obtenida de Google Maps el 12 de julio de 2017. Recuperado de: <https://goo.gl/maps/rBdGrXy9rBy>.

Figura 3. Vista aérea del fraccionamiento Nuevo Hogar, en las inmediaciones del ejido Oaxaca.



Fuente: Unidad de Concentración y Trasparencia del Indivi.

Figura 4. Distancia entre fraccionamiento Nuevo Hogar y el ejido Oaxaca.



Fuente: Imagen satelital obtenida de Google Maps el 12 de julio de 2017. Recuperado de: <https://goo.gl/maps/jXnkXsMM5tm>.

Como es posible notar en las figuras 1, 2, 3 y 4, las distancias entre dos de los ejidos que anteriormente habitaban las familias y el nuevo espacio al que fueron reubicados es muy corta: de 5.4 kilómetros en el caso del fraccionamiento Renacimiento del Valle y el ejido Oaxaca y menos de un kilómetro en el caso del fraccionamiento Nuevo Hogar y el ejido Oaxaca. Es decir, la reubicación fue dentro de las inmediaciones de sus viviendas

anteriores, de modo que las familias no quedan tan alejadas del espacio anterior. Por otra parte, también puede verse —y, de hecho, fue visto por varias familias— como una ironía que causó indignación, pues la cercanía con sus anteriores terrenos no les brindaba la certeza de que ante un evento de igual o mayor magnitud quedarían realmente protegidos. A la incertidumbre de iniciar desde cero en un espacio social nuevo, se sumaba la sensación de desamparo, de saberlo igual de inseguro que la zona anterior, por lo que no les parecía necesario el mudarse, y consideraban más dura la adaptación.

En pláticas con los entrevistados, manifestaron que una de las ventajas que encontraron entre sus viviendas anteriores y las que han recibido para su reubicación, es que estas últimas fueron construidas con materiales especiales para zonas sísmicas, por lo tanto, no presentaría un riesgo para quienes las habitaran. En comparación con sus viviendas anteriores expresaban que los materiales de construcción eran de adobe, ladrillos, cemento, madera y metales de gran peso que ante una situación sísmica representa un peligro inminente para la vida de sus habitantes.

Existen estudios enfocados en las consecuencias que pueden provocar los eventos naturales como lo fue en este caso el terremoto, pero muchos de ellos están bajo la perspectiva de las llamadas *ciencias duras*, como las ingenierías u otras afines, y presentan los resultados y las consecuencias desde el punto de vista cuantitativo y físico, dejando a un lado el tema del impacto social que se produce en la dinámica social y cultural.

Las cifras y pérdidas materiales son muy variadas, pero para este caso pasaron a un segundo plano, pues el análisis de las narrativas se abordó desde el enfoque sociocultural. Consideré pertinente buscar cuáles son los cambios en las prácticas, usos y costumbres que se transforman socialmente después de la presencia de un evento sísmico. Indirectamente, tales hechos modifican la realidad y parte de la identidad de las familias con sus espacios de convivencia. Aprender cuáles son esas prácticas y las narrativas que generan los actores acerca de sus experiencias, permitió conocer más sobre la resignificación de la vida de las familias posterior al sismo.

Es importante aportar al campo de conocimiento sobre casos de

impacto derivados de eventos naturales y sus efectos dentro de los espacios sociales desde una perspectiva sociocultural, debido a que, a partir de estos estudios, es posible analizar estas realidades como parte de las dinámicas culturales, para así ampliar los conocimientos que se tienen actualmente de este tipo de eventos, y para contribuir a la concientización y elaboración de estrategias de acción específicamente en localidades donde los índices de riesgo son considerados de un nivel elevado.

Investigar el desarrollo de la vida de estas familias y de sus experiencias antes y después del terremoto permitió conocer los modos de asimilación, inserción y resignificación que experimentaron. En el mismo sentido, contribuyó a dar relevancia al tema, para considerarlo como antecedente en la configuración de nuevas medidas y formas de afrontar hechos futuros que puedan presentarse con semejantes características.

El trabajo contribuyó a dar a conocer las peculiares formas en que se construyen las relaciones de las personas con sus espacios. De esta manera busqué llegar a una aproximación de los modos en que los habitantes de los dos nuevos fraccionamientos interpretan el espacio social, tras su experiencia del sismo, al ser reubicados en un nuevo terreno. Un factor importante es que la experiencia del sismo no trajo consigo un simple cambio de vivienda, ya que ésta llegó a trastocar más allá de los detalles físicos como la amplitud de los terrenos y de las construcciones donde antes residían, a uno de menor tamaño, así como a un obligado cambio estilo de vida rural a uno semiurbano. En este punto, los narradores hicieron visible que en sus ejidos anteriores contaban con terrenos disponibles para cultivar sus propios productos como plantas frutales y vegetales, así como la crianza y producción de animales de corral de donde obtenían un gran número de productos para autosustento, o incluso comercializar y obtener una ganancia, que según sea el caso de cada familia, podía llegar a representar un ingreso extra para algunos o el medio de sustento para otros.

Otro detalle en donde afectó el sismo, y que va más allá de lo material, son los espacios donde han construido sus recuerdos y experiencias de vida. Ejemplos de ellos son las festividades patronales, y las festividades vecinales en fechas conmemorativas como el día del grito de

independencia, o del asalto a las tierras, así también como los nacimientos, cumpleaños, bodas, bautismos, primera comunión y los diferentes tipos de actividades laborales que desempeñaban tanto hombres como mujeres. El hecho de mudarse a un nuevo escenario trajo consigo que parte de esos recuerdos quedaran grabados en sus memorias, con la misión de crear nuevos arraigos y memorias con nuevos vecinos, nuevas dinámicas, nuevas escuelas, iglesias, parques y áreas de trabajo. El sismo quedó grabado en cada uno de aquellos que lo vivieron, sin embargo, para los damnificados que se han trasladado de lugar, la fecha del 4 de abril marcó un antes y un después.

EL IMPACTO DE LOS SISMOS

Al conocer la realidad vivida por las familias reubicadas a consecuencia del sismo, comprendí que hubo una inevitable resignificación en las formas de entender y experimentar los espacios. Pero ¿qué aspectos fueron los más afectados y modificados y de qué maneras? Es dentro de los espacios sociales donde los individuos construyen sus vínculos de socialización. Sin embargo, al acontecer el terremoto, dichos espacios fueron destruidos, es decir, existe un correlación entre lo físico y lo social, porque al derrumbarse las casas, al quedar los terrenos de cultivo inservibles, al perder sus propiedades y sus animales, también se resquebrajaron sus vínculos sociales, se perdieron sus roles dentro de la comunidad. La destrucción del espacio físico supuso una contraparte en el espacio social y la reubicación en lugares, supuestamente más seguros, pero en una geografía modificada, la cual también alteró a la sociedad.

La experiencia del terremoto llevó a estas familias a una necesaria reestructuración en sus estilos de vida, entendido esto como, “los ajustes o conductas adaptativas que realiza un gran número de personas ante una situación similar” (Sampieri, Fernández y Baptista, 2010, p.585). Esta situación provocó que se crearan nuevas redes de relaciones en una nueva localización socio-espacial, razón por la cual consideré importante conocer cuáles fueron las áreas afectadas y reformadas a consecuencia del cambio de sus espacios.

Con el antecedente de la experiencia del terremoto en Mexicali, y basado en el aporte de Ballesteros y Pérez, afirmo que, “en el mundo

actual, la situación ambiental y las acciones que el hombre emprende para enfrentarla son principalmente de carácter social" (Ballesteros & Pérez, 1997, p. 84), porque como ser eminentemente social, el ser humano transforma todo espacio natural en el lugar donde sucede su existencia y donde las redes de significado toman importancia.

Antes de la experiencia del sismo, los ahora reubicados manifestaban que en el espacio anterior sus roles y lazos de confianza estaban bien cimentados. Sin embargo, a raíz del sismo, los lazos y roles se vieron quebrantados. Las familias se enfrentaron a un nuevo escenario tanto geográfico como social, donde sus lazos de confianza, su estabilidad y confortabilidad fueron transformadas de manera inevitable. Pero, si bien ellos saben y están conscientes de los cambios que enfrentan y de las dificultades de su adaptación, el resto de la sociedad no los conoce, ni lo intuye siquiera, consideran solucionado el problema porque se les dieron casas nuevas, en un lugar diferente. Por ello es tan importante interpretar, desde las narrativas de los pobladores de ambos fraccionamientos: Nuevo Hogar y Renacimiento del Valle, cuáles han sido los cambios que se han dado en las formas de habitar los espacios, según la experiencia del terremoto del 4 de abril del 2010. En específico, por parte de las familias reubicadas, dándolas a conocer al resto de la sociedad, no sólo para demostrar la capacidad de resiliencia de estas personas, sino para hacer notar la falacia que significa creer que una reubicación geográfica soluciona todos los problemas generados a consecuencia de un sismo. Esto no es verdad, simplemente unas dificultades son reemplazadas por otras, y muchas veces son más complejas al momento de ser enfrentada porque se ha perdido el anclaje geográfico que brinda identidad, sentido de comunidad y redes de apoyo.

LA VIDA EN EL VALLE DESDE EL ENFOQUE NARRATIVO

Ante los eventos sísmicos, la asistencia social que proveen las entidades gubernamentales y privadas, se enfocan en la acción inmediata posterior, y en las medidas para brindar ayuda en cuestiones básicas como: alimento, salud, vivienda y servicios (luz, agua y limpieza). En el caso de las familias del valle de Mexicali, aunado a estas cuestiones, la necesidad de ser trasladados a nuevos espacios también representó un

factor básico que debió ser incluido, ya que dichas personas, tras perder gran parte de sus patrimonios, se encontraron ante la necesidad de un nuevo terreno dónde iniciar un proceso de reacomodo, con la tarea de establecer nuevas prioridades en la forma de ver y de vivir la vida.

Además de las pérdidas materiales, los síntomas de irritabilidad, miedo, angustia, así como el insomnio y la falta de sosiego emocional, fueron secuelas emocionales del sismo. Después de que el alcance de las pérdidas materiales se diera a conocer, la gente se percató de las consecuencias reales, lo que agudizó sus sentimientos de impotencia, desesperación, tristeza y depresión. De esta forma no tuvieron más opción que asimilar que desde esa fecha en adelante, nada en sus vidas sería igual. Fue así como observé que eventos de esta índole merman aspectos que se dan por sentados, como los lazos de confianza entre familiares, amigos y vecinos, trastocando las relaciones y generando sentimientos de vulnerabilidad, incertidumbre y miedo, hechos que directa o indirectamente se reflejaron en la realidad narrada por los actores que colaboraron con sus historias para esta obra.

Con base en los primeros relatos de los damnificados por el sismo, consideré que un elemento importante que contribuiría al análisis y al estudio del tema sería el manejo de las narrativas, ya que si la entendemos como el relato de un evento, acto o una serie de eventos o acciones cronológicamente vinculados, como lo marca John Creswell (2007), entonces resulta claro que esta herramienta es básica para comprender la complejidad del fenómeno de la transformación del espacio social y sus relaciones con el entorno.

Según los aportes de Laura Velasco, sobre el tema de las narrativas, ella explica que, “la presentación y análisis de los textos más allá del énfasis metodológico y de los relatos de vida ayuda a incursionar en el estudio de las formas narrativas a través de las cuales los individuos llegan a construir una nueva identidad colectiva” (Velasco, 2005, p. 10).

Gracias a las historias se genera una nueva perspectiva en torno a la idea de que los seres humanos somos inherentemente creadores y artífices de todo. Ahora bien, los fenómenos naturales son eventos que van más allá de la posibilidad de ser modificados por la acción humana. Es a partir de las interacciones humanas que se organizan y otorgan significados que conforman la cultura. No obstante, dicha construcción

es transformada ante la presencia de un evento natural y orilla a un grupo a reconfigurar sus escenarios sociales.

Según las características arriba mencionadas, la narrativa es una construcción social de la que dependen las personas para dar a conocer sus historias. Su importancia radica en la interpretación de las experiencias ante eventos de esta naturaleza que influyen y transforman la manera de apreciar la vida, pero también cuya percepción depende del mismo entramado social que ésta trastoca. Hay aquí una interacción que incide en ambas direcciones, y que determina la manera en que el colectivo reaccionará ante un evento que no puede controlar. Antonio Bolívar (2002) menciona que, por ejemplo:

La narrativa no sólo expresa importantes dimensiones de la experiencia vivida, sino que, más radicalmente, media la propia experiencia y configura la construcción social de la realidad. Además, un enfoque narrativo prioriza un yo dialógico, su naturaleza relacional y comunitaria, donde la subjetividad es una construcción social, intersubjetivamente conformada por el discurso comunicativo. El juego de subjetividades, en un proceso dialógico, se convierte en un modo privilegiado de construir conocimiento. (p. 4).

Expresado esto, es posible afirmar que el acontecer de nuestra experiencia es un elemento importante para ser interpretado desde la narrativa, ya que es desde la historia de nuestras vidas donde los acontecimientos acceden a un orden y a un sentido de pertenencia. Es aquí donde se transita de lo individual a lo colectivo y donde las repercusiones de lo comunitario en transformación tendrán un impacto negativo o positivo en la persona.

A todo esto, Carlos Sandoval arguye que el objetivo y la metodología de una investigación cualitativa deben estar guiados bajo los siguientes puntos: “[...] recuperación de la subjetividad como espacio de construcción de la vida humana, reivindicación de la vida cotidiana como escenario básico para comprender la realidad sociocultural y por último, la intersubjetividad y el consenso como vehículos para acceder al conocimiento válido de la realidad humana” (Sandoval, 1996, pp. 34-35).

De lo anterior se ve que la metodología es, al mismo tiempo, un elemento de trabajo y constructor del camino para toda investigación. Las técnicas y especificaciones contribuyeron a construir y determinar los medios para el desarrollo y abordaje del tema que se analizó. En este mismo sentido, Rossana Reguillo señala que, “la metodología es un proceso de transformación de la realidad en datos aprehensibles y

cognoscibles, que busca volver inteligible un objeto de estudio” (Reguillo, 1996, p. 93). Desde la metodología logré planear, ordenar y ejecutar mi esquema de trabajo, con la finalidad de aportar un nuevo conocimiento al campo de los estudios socioculturales.

Fue así como, desde la aproximación y la recolección de las narrativas acerca de la vida cotidiana de los reubicados, tomé los elementos para el análisis de sus experiencias anteriores y posteriores al sismo. De esta manera construí mis interpretaciones acerca de la realidad de las experiencias del día a día de estas familias.

Siguiendo con los aportes de Reguillo, quien menciona que ante eventos de gran magnitud y de consecuencias sociales irreparables es importante “asumir de frente el compromiso y el reto de registrar la realidad, para no sólo contar lo que pasó, sino entender lo que pasó y sobre todo aprender de ello” (Reguillo, 1996, p. 18). De esta forma, la revisión de la realidad permite tener un precedente que sirve como ejemplo para evitar mayores pérdidas que lamentar ante eventos de características similares, pero también para establecer una pauta que podría derivar en el establecimiento de políticas públicas, encaminadas a una mejor planeación urbana y a una respuesta a los acontecimientos naturales, que busque solventar algo más que las necesidades físicas, y que atienda lo psicológico, lo social y lo cultural.

Por otro lado, María Menna (2004) afirma que el humano es un ser que se auto-interpreta, por lo tanto, utiliza las formas narrativas para expresarse. Desde dicha óptica, cabe pensar la relación existente entre esa misteriosa entidad que es el sujeto y ese particular y casi omnipresente género discursivo que es la narrativa. Pero también nos lleva a reflexionar sobre la realidad estudiada, pues si bien las narrativas permitieron explorar los ambientes y formas culturales modificadas en la vida social de los involucrados, no se puede obviar de que son sus propias interpretaciones de la realidad, es decir, que aquello que se logra aprehender son fragmentos reinterpretados a través del individuo que vivencia los procesos de cambio. Usar las narrativas permitió el acercamiento y la descripción del significado actual que tienen las actividades y hechos cotidianos de los reubicados dentro del nuevo espacio social.

La ventaja de las narrativas como herramientas es que pertenecen al

enfoque cualitativo, en donde resulta decisivo al buscar *comprender* al otro. El manejo del método cualitativo se desarrolla desde la subjetividad y tiene como finalidad explicar la complejidad que envuelve a las sociedades contemporáneas ante eventos de esta magnitud (Lindón, 1999). De esta forma, la construcción de narrativas ayudó a captar las coincidencias y divergencias expresadas por los individuos afectados respecto de su idea de colectividad ante el sismo.

Como ya lo había mencionado, para un mejor manejo de las narrativas, trabajé desde tres escenarios: antes, durante y después del sismo. Esto desglosó el relato de las experiencias, para luego construir una comparación de las vivencias de cada entrevistado y visualizar los cambios más importantes. Partí de la experiencia del terremoto e hice distinción en los cambios que marcaron sus vidas tras el sismo. Por último, trabajé en el reconocimiento del desarrollo de sus vidas después del sismo y dentro de un nuevo espacio. El núcleo de los tres momentos giró alrededor de la experiencia del terremoto, y las interpretaciones hechas sobre él.

En este sentido, “el relato es un acto creativo por el cual el individuo se cuestiona su propio espacio e identidad en un nuevo espacio” (Velasco, 2005, p. 13). Fue así como cada uno de los escenarios fue creado con especificaciones precisas, que quedaron de la siguiente manera:

LOS RECUERDOS DEL VALLE

Aquí trabajé lo referente al escenario previo al sismo y enfaticé en la ocupación social del espacio natural: el recuerdo del paisaje original, la situación socioeconómica predominante en aquellos tiempos, el tema de la seguridad y las oportunidades laborales, así como las relaciones personales, familiares y de amistad con los vecinos. De esta forma, consideré el desarrollo de la socialización y las dinámicas socioculturales en el escenario anterior al sismo. Con ello, logré responder al objetivo de conocer cuáles fueron los significados, y recuerdos más relevantes de los espacios sociales antes de la experiencia del cuatro de abril.

LO QUE EL TERREMOTO NOS DEJÓ

En este apartado me propuse a acercarme a la experiencia vivida en el

momento del terremoto, para esto acudí a la descripción narrada por los entrevistados el día del sismo. Desde sus narraciones rescaté los recuerdos más latentes y que aún persistían tras la experiencia del evento. Hice énfasis en conocer qué tipo de pensamientos los inundó en ese momento, qué vieron, qué oyeron y qué hicieron, y analicé qué tipo de sensaciones experimentaron. En este apartado salieron a relucir sentimientos de pánico y la experiencia inevitable de una sensación de cercanía a la muerte, como una de las respuestas más frecuentes.

ENTRE EL RENACIMIENTO DEL VALLE Y EL NUEVO HOGAR

En esta sección hice mención del proceso de creación de los dos fraccionamientos construidos por el gobierno del estado, para el reacomodo de aquellas familias que perdieron sus viviendas. Asimismo, indiqué las fuentes de financiamiento de donde se obtuvieron los recursos para la edificación de estas viviendas, al igual que la ubicación geográfica, y las características de cada fraccionamiento. En el caso específico de las viviendas, señalé los elementos que presentan dichas casas, así como los respectivos servicios que se incluyeron en cada una antes de su entrega a los damnificados.

NI DE AQUÍ NI DE ALLÁ

Durante las entrevistas me enfoqué en las experiencias actuales, indagué lo que para ellos significa vivir en un terreno nuevo y espacio social. Para esto, busqué conocer cómo es que los diversos habitantes interactúan al interior del espacio, y cómo ha sido el proceso de asimilación del mismo. Además, averigüé sobre cuáles fueron los cambios más representativos en las relaciones sociales y afectivas que manifestaron tener cada uno de los actores involucrados en el trabajo. Realicé preguntas y entablé conversaciones referentes a la cotidaneidad actual. Así me adentré en la interpretación de los pobladores, en cuanto a su actitud para enfrentar la realidad nueva, al igual que los cambios percibidos por ellos al ser reubicados en distintos espacios sociales.

La intención de estructurar el trabajo en los cuatro escenarios antes mencionados era plasmar las entrevistas desde el manejo de estos contextos, con la finalidad de comparar las narrativas más pretéritas hasta las posteriores al sismo. Precisé, entonces, desglosar en

diferentes apartados sus relatos para hacer énfasis en cada uno de los momentos.

Descubrí de qué manera los actores hacían comparaciones a fin de establecer nuevos significados dentro de sus propias vidas. Tome este punto para aclarar que los significados son utilizados como “referentes lingüísticos que utilizan los actores humanos para aludir a la vida social como definiciones ideológicas o estereotipos” (Sampieri, Fernández y Baptista, 2010, p. 409). Además de considerar que los significados van más allá de la conducta, donde se describen, interpretan y justifican las acciones de los individuos. De esta manera, la construcción narrativa sustentó el análisis de lo que representan los espacios sociales en la vida de quienes colaboraron para esta investigación con sus experiencias. Como último inciso, recalqué el valor que le dio el uso de narrativas para un ameno contacto con la realidad en cuestión, pues ello permitió acercarme al íntimo mundo de los damnificados través de ella.

DE LOS ENTREVISTADOS Y SUS PARTICULARIDADES

El grupo de personas entrevistadas estuvo conformado por adultos, quienes en la mayoría de los casos sobrepasaban los 50 años de edad, pues de esta manera tenía acceso a relatos con una experiencia significativa sobre el valle de Mexicali. Cada una de estas personas posee sus particularidades y visión de mundo.

Don Andrés, un hombre de 70 años, de espíritu alegre y apasionado. Ex residente del ejido Oaxaca, y actual habitante del fraccionamiento Nuevo Hogar, donde inicialmente cumplió con el cargo de comisario de manzana. Al recordar el valle de un tiempo pasado, narró, sonriente y entusiasta, sus primeras experiencias al llegar a esta zona. Arribó al valle de Mexicali a la edad de 8 años, desde su natal Sinaloa, el cual había dejado en compañía de sus padres para entonces migrar al estado de Baja California, en específico, al ejido Oaxaca, donde se instalaron, pues la familia encontró oportunidades de trabajo. En un principio visitaban constantemente su estado natal, pero transcurrido el tiempo fue menos frecuente, ya que la mayoría de los familiares se encontraban en el mismo asentamiento a donde se habían mudado. Más adelante en la conversación, entre risa y risa, narró parte de su experiencia en el sismo, sin demostrar sentimientos de tristeza o melancolía. Él mismo señaló:

“[...] estas cosas suelen suceder y que uno, no se debe asustar ni lamentar por ello, sólo se debe hacer lo que se puede y así lograr salir de los malos momentos, que a uno le pueda pasar, aunque uno se asuste en ese momento y piense que se acabará el mundo”.

Figura 5. Don Andrés en su residencia actual en el fraccionamiento Nuevo Hogar.



Fuente: Colección personal, Carlos Romero, 9 de abril de 2012.

Figura 6. Fachada de la residencia de Don Andrés en el fraccionamiento Nuevo Hogar.



Fuente: Colección personal, Carlos Romero, 9 de septiembre de 2017.

Doña Paula, una residente actual del fraccionamiento Renacimiento del Valle, nacida y criada en el valle de Mexicali desde 1939, específicamente en el ejido Nayarit, y posteriormente en el ejido Zacamoto, donde se desempeñaba como comerciante con una pequeña tienda de abarrotes que manejaba en su propia casa, y en donde se trata de una actividad que sigue ejerciendo desde su nueva residencia, aunque en un espacio más reducido, pero manifiesta que con mejores

ganancias. Las tres entrevistas que le fueron realizadas se llevaron a cabo en la sala de su vivienda en compañía de su hermana Sara, quien escuchaba y observaba con atención, y en algunas ocasiones brindaba su opinión sobre las historias que narraba la entrevistada. Respecto a los primeros recuerdos que tenía del valle, doña Paula platicó la actividad que desempeñaban sus padres en aquellos tiempos:

Mi papá era jornalero, y después, cuando vinieron a repartir los terrenos, Lázaro Cárdenas, el presidente de aquel entonces, repartió terrenos y a mi papá le tocó el terreno que tenemos. Y era el de Zacamoto. Nosotros vivíamos en la parcela; ahí teníamos la casa. Después de que nos vinimos del poblado del Nayarit y en la parcela vivíamos y teníamos una casa muy grande, fue que hizo mi papá muy grande, un rancho con animalitos, puerco, vaquitas, caballitos.

Figura 7. Doña Paula en su residencia actual en el fraccionamiento Renacimiento del Valle.



Fuente: Colección personal, Carlos Romero, 9 de septiembre de 2017.

Figura 8. Doña Paula en compañía de su hermana Sara en el fraccionamiento Renacimiento del Valle.



Fuente: Colección personal, Carlos Romero, 9 de septiembre de 2017.

Doña Graciela, actual residente del fraccionamiento Nuevo Hogar, originaria del valle de Mexicali, específicamente del ejido Guerrero, lugar en el cual lleva residiendo por 38 años, desde los 18 años de edad cuando se casó. Este hecho fue narrado por ella, con una voz suave y sollozante. Aclara que en el valle reside la mayoría de sus familiares. La primera entrevista de cuatro que hubo, sucedió dentro de su residencia, sentados en la mesa del comedor. Durante más de hora y media se tejieron verbalmente esos momentos de tristeza y alegría, según los temas que fueron abordados. En una visita subsecuente a las primeras dos realizadas, sugerí que fuéramos a su residencia anterior, y ella aceptó sin ningún inconveniente. Fui testigo de que su vivienda quedó totalmente deshecha a consecuencia del sismo. En dicha ocasión contó detalle a detalle los momentos y los lugares donde ella y su familia presenciaron el sismo del 4 de abril.

Figura 9. Doña Graciela frente a su jardín actual en el fraccionamiento Nuevo Hogar.



Fuente: Colección personal, Carlos Romero, 5 de enero de 2012.

Figura 10. Doña Graciela en su actual vivienda en el fraccionamiento Nuevo Hogar.



Fuente: Colección personal, Carlos Romero, 9 de noviembre de 2017.

Doña Paty, una mujer de 52 años de edad quien ahora reside en el fraccionamiento Renacimiento del Valle, y solía habitar en el ejido Zacamoto. Nacida y criada en Mexicali y su valle, platicó que “[...] antes vivía en la ciudad, ya que me casé me vine para acá [haciendo alusión al valle de Mexicali], pero mis abuelos siempre vivieron aquí. Nosotros de todas maneras íbamos y veníamos para acá”. Manifestó que tiene alrededor de 34 años viviendo en el valle, donde se ha desempeñado en los quehaceres del hogar. Esto lo compartió durante la entrevista que se dio a un costado de su casa, sentados bajo el techo de su cochera y en compañía de su esposo, nieta e hijos. En visitas posteriores, ella aceptó

mostrar parte de lo que era el terreno donde se encontraba su vivienda antes del sismo, también decidió compartir algunas fotos de la misma, así como un escrito donde plasmó parte de sus vivencias durante los meses en los que estuvo en albergues, a la espera de encontrar un nuevo lugar donde vivir.

Figura 11. Doña Paty con dos de sus nietas frente a su nueva vivienda en el fraccionamiento Renacimiento del Valle.



Fuente: Colección personal, Carlos Romero, 4 de enero de 2012.

Conocer y analizar las experiencias narradas por los entrevistados, permitió comprender la manera en que cada individuo es artífice y creador de lo social y, a su vez, es definido e identificado gracias a su espacio social y al entramado que va construyendo en él; sin embargo, existen eventos impredecibles e incontrolables que lo trastocan, sin que lleguen a destruir al elemento que permite redefinir el espacio social: el individuo.

Analizar los eventos naturales, como el terremoto del 4 de abril, desde una perspectiva social, sitúa en perspectiva el rol que juega tanto el espacio geográfico como el social, en el proceso de conformación de la identidad de una persona. De igual manera, la redefinición de dichos espacios ayuda a comprender hasta qué punto esta identidad es flexible y puede moldearse a las circunstancias del entorno. Los integrantes de las familias afectadas, siendo actores sociales de dicho escenario tomaron los elementos simbólicos constitutivos de su entorno y los resignificaron de acuerdo a sus circunstancias particulares, con el fin de rehacer, aceptar y continuar con sus vidas.

¹ La imagen se publica con permiso y autorización del Instituto para el Desarrollo Inmobiliario y de la Vivienda del Estado de Baja California (Indivi) con fecha del 8 de septiembre del 2017.

² La imagen se publica con permiso y autorización del Instituto para el Desarrollo Inmobiliario y de la Vivienda del Estado de Baja California (Indivi) con fecha del 8 de septiembre del 2017.

EL CONTEXTO Y LOS ANTECEDENTES DE LA ZONA DEL VALLE

“Aquí es caluroso, lo que tú quieras, pero se vive muy a gusto.

Porque hay todo, hay todo aquí en el valle”.

Don Andrés, fraccionamiento Nuevo Hogar

En décadas anteriores las investigaciones en los casos de desastre no han sido muy comunes en México. Virginia García (1992) menciona que los primeros aportes en dicho campo de estudio consistieron en algunas recopilaciones de documentos, cronologías y catálogos históricos. Sin embargo, explica que hay pocas investigaciones, debido a que los análisis de este tipo de eventos se han centrado en la recopilación de datos de manera sistemática y exclusivamente desde la perspectiva de las ciencias físicas, aunque también reconoce que en los últimos tiempos se ha enriquecido el campo con la elaboración de mapas y atlas descriptivos. En épocas recientes, el número de obras relacionadas con dichas temáticas ha aumentado, ya que los casos de desastres y sus repercusiones se han convertido en temas más consecuentes en la actualidad. La misma autora destaca que fue hasta después de la segunda guerra mundial cuando surgió la primera generación de estudios sistemáticos sobre desastres y cuando se crearon instituciones específicamente dedicadas a estos temas, enfocándose en sociedades contemporáneas.

En el caso del sismo de Mexicali, la creación de un mapa en tercera dimensión del sismo del 4 de abril de 2010 es un ejemplo muy claro. Dicho proyecto estuvo a cargo de investigadores del Centro de Investigación Científica y de Educación Superior de Ensenada, Baja California (CICESE), quienes trabajaron en la elaboración del mapa en tres dimensiones, desde donde fue posible analizar los efectos del sismo de 7.2 grados.

Como arguye García (1992) las primeras investigaciones enfocadas al

estudio de los sismos se realizaron históricamente, en México a raíz del terremoto en la Ciudad de México en 1985, cuando un grupo de investigadores, entre ellos la autora antes mencionada, quienes indagaron en dicha temática, con la intención de aportar nuevos conocimientos basados en la perspectiva histórica y desde las ciencias sociales.

La idea inicial del proyecto mencionado fue elaborar un catálogo histórico acerca de la sismicidad en México. A partir del dato obtenido, y debido a su variedad y riqueza, fue posible realizar estudios sociales. El carácter de la investigación fue multidisciplinario ya que contó con científicos sociales y sismólogos que enriquecieron el análisis, haciendo un ejercicio intelectual muy valioso para estudios posteriores (García, 1992).

A partir de esos resultados, el interés por las investigaciones referentes a los sismos y las dinámicas sociales de los afectados, sentó el precedente para el estudio de los desastres, tal como es el caso de este proyecto. En las ciencias sociales, así como en la historiografía del noroeste mexicano, aún no existen investigaciones dedicadas al estudio de los desastres a consecuencias de acciones de la naturaleza desde una perspectiva sociocultural. Por esta razón me enfoqué en dar a conocer los efectos sociales y culturales que el terremoto de la ciudad de Mexicali provocó al interior de la dinámica social, política y económica de los mexicalenses.

La finalidad del trabajo fue contribuir al análisis de los cambios socioculturales generados en las dinámicas cotidianas a partir de la presencia de eventos sísmicos. El estudio de la realidad social de los afectados propició un acercamiento a las interpretaciones sociales de los habitantes de esta árida región fronteriza, que en diferentes contextos y a diversos niveles, han manifestado sus emociones y percepciones acerca de los cambios en su forma de afrontar la vida en un contexto sísmico.

ASPECTOS GEOGRÁFICOS DEL VALLE DE MEXICALI

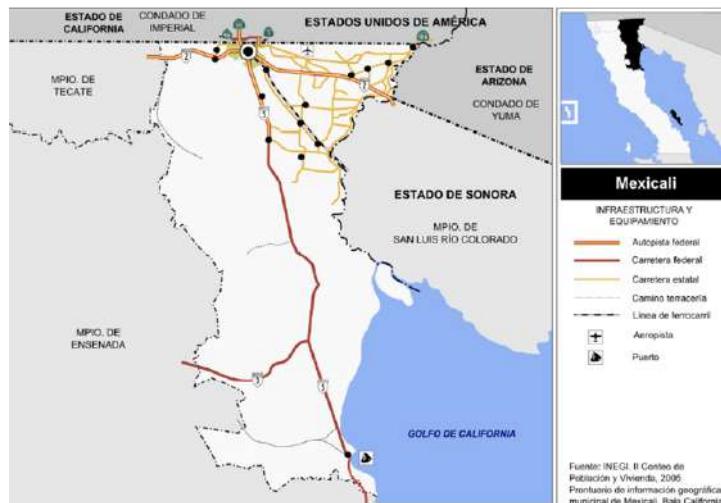
Como menciona Piñera (2006) la geografía retroalimenta a la historia, enriqueciendo la noción respecto del espacio, y permite reconocer la dinámica del desarrollo de las estructuras espaciales y las huellas de los

procesos de formación social. Así también, Necoechea y Torres (2011) manifiestan que parte del propósito de conocer el contexto es resaltar la relevancia de las narraciones del recuerdo, para comprender un tiempo y un espacio determinados; de otra manera, la evidencia confirma lo que creemos saber y no genera nuevo conocimiento que transforme el contexto. Tales autores señalan, asimismo, la importancia del eterno para una mejor comprensión de la intención y el significado de los relatos del recuerdo.

Al mencionar Mexicali, he de destacar tres datos relevantes, el primero es que es reconocida como la ciudad capital más joven de toda la república mexicana, la cual fue fundada el 14 de marzo de 1903. El segundo es que su nombre es el resultado de la conjunción de las expresiones *Mexi*, de México, y *Cali*, de California, debido a la colindancia de terrenos entre ambos países. El tercero de sus atributos para todo aquel que lo visita es su condición desértica, donde las temperaturas oscilan entre los 40 y 50 grados Celsius durante los días de verano; a pesar de ello es reconocida por subsistir gracias a la actividad agroindustrial.

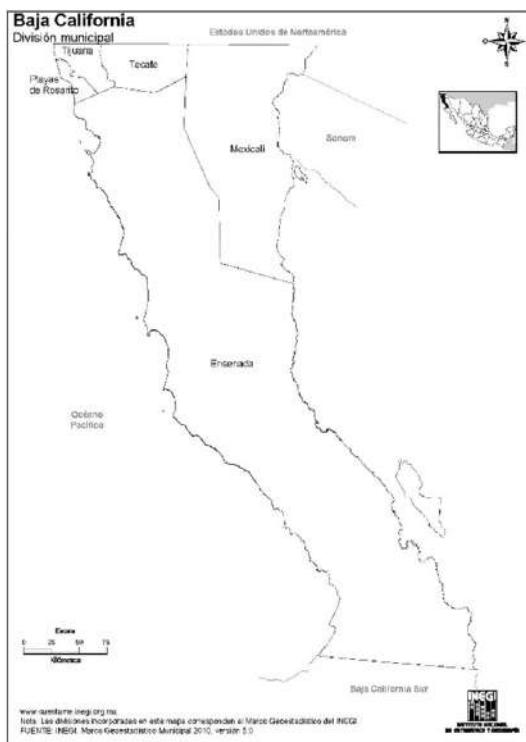
Según datos presentados en el Atlas de riesgos del municipio de Mexicali (2011), la ciudad está localizada en la porción noroeste del estado de Baja California, entre las coordenadas 30° 51' y 32° 44' de latitud norte y las coordenadas 114° 43' y 115° 41' de longitud oeste; colindando al norte con el estado de California, de los Estados Unidos Americanos, al noreste con los estados de Arizona, también de los Estados Unidos y Sonora; al este con el Golfo de California; al sur con el municipio de Ensenada y al oeste con los municipios de Tecate y Ensenada. Su extensión territorial representa aproximadamente 20% de la superficie del estado, con una superficie cercana a los 13 000 km², según datos del Censo de Población y Vivienda del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) (2010). Se encuentra distribuido en 1650 localidades, en su mayoría rurales (98.8%); tres de ellas son localidades urbanas: la ciudad de Mexicali, capital del estado de Baja California, colindando con el estado de California; el poblado Guadalupe Victoria, en el valle de Mexicali; y San Felipe, en la parte sureste del territorio, como puerto de cabotaje.

Figura 12. Ubicación geográfica de Mexicali en el Estado de Baja California.



Fuente: INEGI. II. Conteo de Población y Vivienda, 2005 prontuario de información geográfica municipal de Mexicali, Baja California.

Figura 13. Municipios del Estado de Baja California.



Fuente: INEGI. Marco Geoestratégico Municipal 2010.

LA COLONIZACIÓN DEL VALLE DE MEXICALI: UN BREVE RECORRIDO HISTÓRICO

Según Piñera (2006) las poblaciones del norte de México se pueden clasificar, de acuerdo con sus orígenes, en tres tipos: las primeras, fundadas en la Colonia; las segundas, surgidas por iniciativas gubernamentales en el México independiente; y las últimas, vinculadas a la expansión económica de Estados Unidos.

Considerando lo señalado por Piñera, Mexicali se encuentra entre las poblaciones fundadas por la expansión económica de Estados Unidos. Para el caso concreto del valle de Mexicali, Pablo Herrera (2002) menciona que presenta características específicas tales como:

1. Al completarse la vía férrea de Yuma a Los Algodones en 1877, se cierra un ciclo de la historia del valle de Mexicali. La región deja de ser un mero tramo de camino del diablo para convertirse en una región que arraigará su propia población.
2. Fue apreciable la aparición de mineros dentro de la porción del Valle, quienes eran procedentes de las minas en decadencia al norte y noroeste del ángulo de minas como: *Walters, Gold Mine, Little Mary, American Girl, Senator, Picacho, Tumc*.
3. Trabajadores, comerciantes y gente dedicada a la industria de los transportes procedentes de la zona minera El Álamo también se asentarían en la zona. La población de estos lugares fue de tal importancia para el valle de Mexicali, que pudiera estipularse que el lugar fue fundado por los antiguos residentes de dicha zona minera.
4. Braceros de la costa occidental de México y mineros de Santa Rosalía reenganchados para el desahije y pisca del algodón.
5. Gente procedente de diversas partes de la República fue arrojada por los movimientos revolucionarios. Aquí hago mención del gran número de personas procedentes de Naco, Sonora, entre los años de 1913 y 1914, pues se puede afirmar que aquella población sonorense es una de las madres de Mexicali.
6. A los anteriores se añadieron repatriados voluntarios y deportados por las autoridades de migración de los Estados Unidos, principalmente a partir de 1919. Algunos de ellos poseían elementos propios e implementos para la agricultura, sumándose a las contadas colonias agrícolas mexicanas del Valle (Herrera, 2002, pp. 421-422).

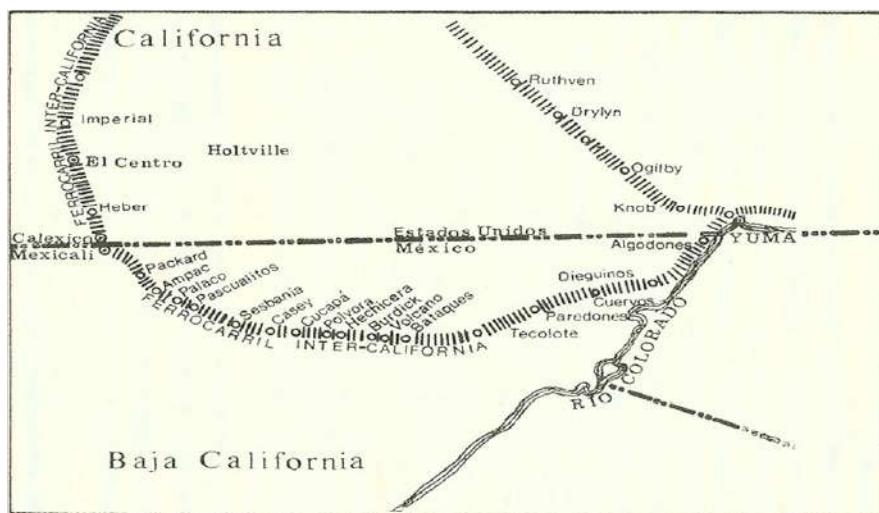
Según lo mencionado por Herrera (2002) de estos seis motivos que

dieron pie a la formación de los primeros pobladores del valle, fueron los mexicanos mestizos los que abrieron los primeros canales de riego y los grandes campos de cultivo. También la presencia de población de origen asiática, principalmente chinos, fueron llegando en masas considerables, acabando por predominar y formar parte de Mexicali y su valle. Así, Herrera destaca que hubo épocas en las que el valle de Mexicali pareció haberse saturado, a tal grado que los mexicanos no encontraban capacidad en su propia casa.

Después de la llegada desde diferentes regiones y por diferentes motivos de los primeros habitantes del valle, se reconoció que muchos de los nuevos colonos provenían del centro del país, mientras que otros venían de Estados Unidos, lo cual provocó un crecimiento demográfico significativo que se tradujo en un mosaico de diversidad cultural. El resultado fue que muchos de los ejidos recién creados tomaron el nombre del lugar de origen de los colonos, como se puede ver en el caso de los ejidos: Sonora, Sinaloa, Nuevo León, Michoacán de Ocampo, Hidalgo, Guanajuato, Jalisco, etc. (Alanís, 2001).

En cuanto al establecimiento de los primeros núcleos poblacionales en Mexicali, sobresale el papel que jugó la construcción de la ruta del denominado Ferrocarril Inter- California ya que la gran mayoría de las estaciones se construyeron en el valle de Mexicali. En este periodo se originaron algunos poblados que subsisten actualmente, los más próximos a Mexicali, conurbados a la ciudad, y otros con peso demográfico y económico (Piñera, 2006, p. 527), como se puede visualizar en el siguiente mapa.

Figura 14. Ruta del ferrocarril Inter-California.



Fuente: Piñera Ramírez (2006, p. 527).

Con base en los aportes señalados por Piñera (2006), Herrera (2002), y Alanís (2001), es posible afirmar que los antecedentes y las causas que dieron vida a los primeros colonizadores de Mexicali y su valle se relacionaron a la expansión económica del suroeste de los Estados Unidos, esto debido a la creación de las vías férreas que tomaron lugar en los estados de Arizona y California, mismas que se conectaron con parte del territorio de México, como fue el caso de Los Algodones en 1877. Otro factor fue la aparición de mineros procedentes de las minas en decadencia al norte y noroeste de los Estados Unidos Americanos, acompañados por los trabajadores, comerciantes y gente dedicada a la industria de los transportes procedentes de la zona minera de El Álamo, Sonora, al mismo tiempo que de los braceros de la costa occidental de México, como los mineros de Santa Rosalía que llegaron a la pisca del algodón. También arribaron gente de otras regiones de México, debido a las tensiones que se vivía a causa de los movimientos revolucionarios de aquella época. Aunado a dicho contexto, sucedió la afluencia de repatriados voluntarios y deportados procedentes de Estados Unidos, algunos con experiencia en el trabajo agrícola, quienes se sumaron a las contadas colonias agrícolas del valle.

De acuerdo a los aportes de Méndez y Santillán (2011) la historia de Mexicali y su valle son la síntesis de una hibridación cultural construida en un entorno desértico, donde la influencia del espacio natural en los

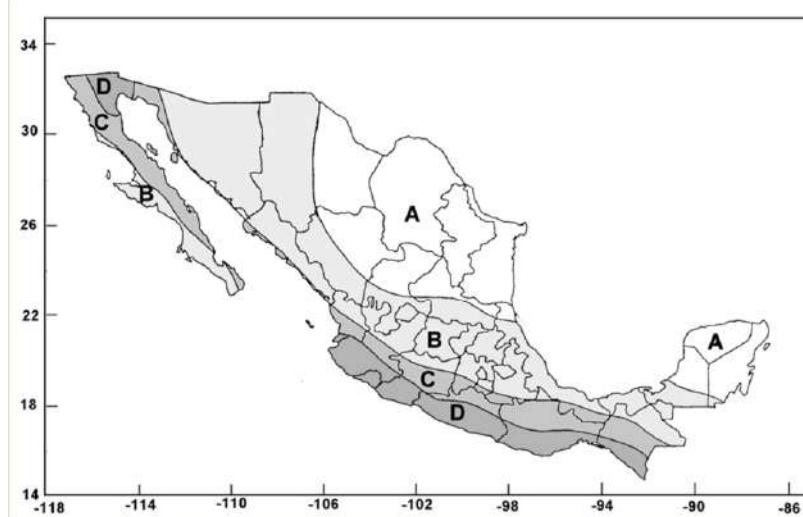
repertorios simbólicos que componen la cultura, ha tejido las posibilidades de una ocupación social. No obstante, a pesar de ser una zona inhóspita, debido a los contrastes de temperaturas entre verano e invierno, la posibilidad latente de que se presenten sismos de media o alta intensidad, no han sido impedimento para que suceda la hibridación cultural, en medio del entorno desértico y bajo la influencia del espacio natural contrastante.

DE LOS SISMOS EN MEXICALI Y SU VALLE

Para incluir datos precisos y actualizados de las características geomorfológicas del terreno donde se encuentra asentado el municipio de Mexicali y su valle, acudí a los resultados emitidos por el Programa Hábitat 2010, donde expertos del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Autónoma de Baja California, durante el periodo de marzo hasta agosto del 2011, contribuyeron a la actualización del Atlas de los riesgos del Municipio de Mexicali. En ella se menciona que los asentamientos antes referidos se sitúan en una zona de categoría D (ver figura 15), esto según el mapa de la regionalización de los sismos en México[3], donde se explica que los territorios ubicados en dicha zona son áreas donde la presencia de temblores cercanos a los 7 grados ocurren con frecuencia y por ende son zonas de alta peligrosidad sísmica.

En el Atlas de los Riesgos del Municipio de Mexicali, también se especifica que “La alta actividad sísmica en Mexicali, se debe principalmente a las fallas activas localizadas en la región, generadas por el desplazamiento de la placa tectónica del Pacífico con respecto a la de Norteamérica” (2011, p. 42).

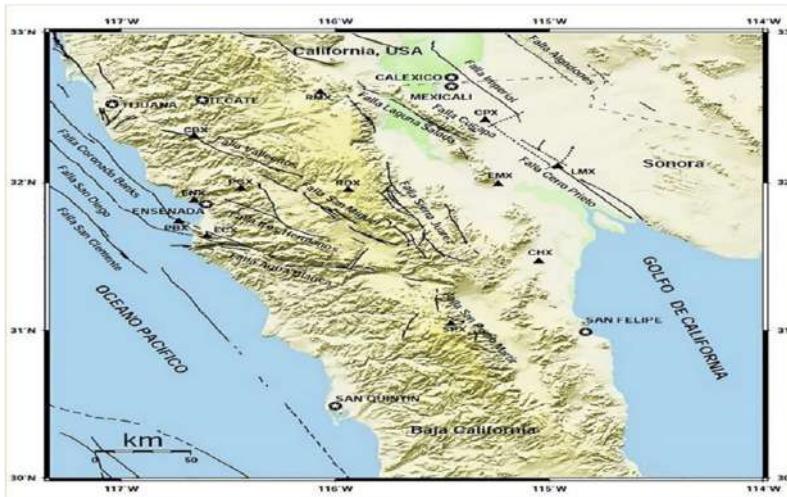
Figura 15. Regionalización sísmica de México.



Fuente: Tomado del Atlas de los Riesgos del Municipio de Mexicali (2011, p. 42).

Según los datos presentados en el Atlas, así como en el mapa de las fallas geológicas ubicadas al norte de Baja California mostrado por el Centro de Investigación Científica y de Educación Superior de Ensenada, Baja California (CICESE), se ve que la región del valle de Mexicali, así como la zona metropolitana, están sobre múltiples fallas geológicas, a lo largo de las cuales se concentra una gran cantidad de actividad sísmica. Las fallas de Imperial, Cerro Prieto y Laguna Salada son las que representan un mayor riesgo para Mexicali y su valle, registrando movimientos mayores a los 5.5 grados Richter.

Figura 16. Principales fallas geológicas ubicadas al norte del estado de Baja California.



Fuente: <http://sismologia.cicese.mx>.

Como se observa en la figura 16, Mexicali está posicionada sobre las principales fallas de la región. Cartográficamente esto es un punto importante a considerar al momento de iniciar cualquier proyecto para el establecimiento de una ciudad.

Al indagar sobre la época de los primeros colonizadores, la situación y el conocimiento sobre la existencia de las fallas, resultó ser casi nulo, ya que la mayoría llegaron a la región sin tener en cuenta las características del terreno. A su vez, dicho desconocimiento llevó al aumento y la expansión de la población de esta zona. No obstante, al ser una región con poca población, las mismas pérdidas y percepciones que se alcanzaban a tener sobre los sismos eran de menor consideración.

Según la posición geográfica de este terreno, se describe a Mexicali como una ciudad con peligro sísmico representativo (figuras 16 y 17), ya que el principal sistema tectónico activo en el noroeste de México, es la frontera entre las placas del Pacífico y de Norteamérica, que controla el sistema de fallas San Andrés-Golfo de California. En esta región se producen principalmente fallas transformantes (con desplazamiento lateral) y sismicidad que se pudo constatar en la base de datos del National Earthquake Information Center (NEIC).

De lo anterior y, con base en aportes de López (2010), se resalta que el valle de Mexicali posee mayor peligrosidad sísmica al estar asentado en el sistema de fallas del Valle Imperial, California, EE.UU., que une a la falla

de San Andrés con el sistema de fallas del Golfo de California.

Según Leobardo López (2010) el sismo del 4 de abril, con una magnitud de 7.2 grados en la escala de Richter, ha sido uno de los más destructivos en el municipio de Mexicali. El mismo autor señala que los sismos anteriores fueron de menor magnitud y menor destrucción, considerando que la extensión y el desarrollo de la ciudad en épocas pasadas eran menores.

Figura 17. Zonas sísmicas del territorio mexicano.

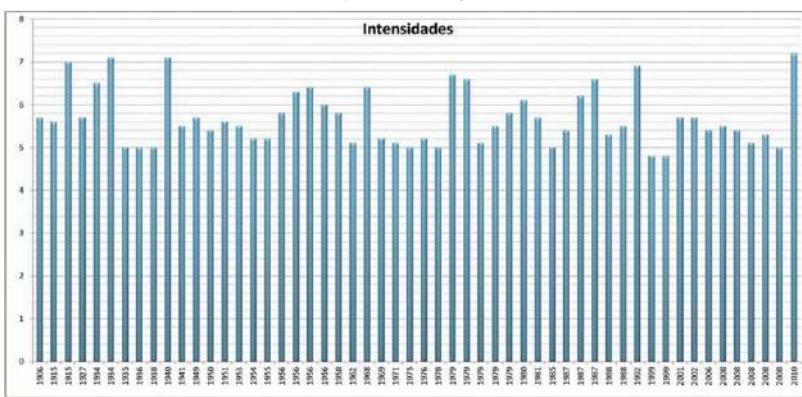


Fuente: <http://www.atlasnacionalderiesgos.gob.mx>.

Antes de continuar, cabe aclarar que conocer la situación sismológica de la región no equivale a explicar la creación de estos poblados. Sin embargo, para situarse en el tema debemos retomar el escenario donde se desarrolló la investigación. El objetivo en la figura 18 era mostrar la relevancia que representa la proyección del contexto y la manifestación de los sismos que han afectado a Mexicali y su valle, desde principios del siglo XX hasta los primeros meses del 2010. Dicha periodicidad sucede tomando en cuenta el anuario estadístico del ayuntamiento de Mexicali (2010) pues como afirma Hayden White “para lograr comprender los hechos del presente, es pertinente conocer los hechos del pasado” (2002, p. 40). Los datos presentados en la figura 19 corresponden a las intensidades sísmicas vividas en Mexicali desde 1906 hasta el 2010, en magnitudes por arriba de los 5 grados, bajo el sistema de referencia de la escala de Richter. Existen dos formas para medir la intensidad de un sismo. La escala de Mercalli se divide en escalas del 1 al 12, donde la intensidad sísmica se incrementa del grado

1, que es imperceptible, hasta el grado 12, remitiendo a una gran catástrofe. De esta escala se pasa a la escala dinámica de Charles Francis Richter que elaboró junto al Dr. Beno Gutemberg del Tecnológico de California en 1932, una de magnitudes a la que se le llamó escala de Richter (Molina, 1992). Esta última es una escala logarítmica que asigna un número para cuantificar la energía liberada en un sismo.

Figura 18. Comparativo histórico de sismos en Mexicali según su intensidad (1906-2010).



Fuente: Elaboración propia a partir de la base de datos del CICSE (Ver anexo 2).

Según se observa en la figura 18 entre los años 1906 y 2010, han sido registrados cincuenta y cuatro sismos en Mexicali, de magnitudes entre 5 y 7.2 grados Richter. Específicamente, los sismos mayores a los 5 grados han sido muy variables, pero lo más destacado es la recurrencia de sismos de esta magnitud a lo largo de la historia de Mexicali. En cuanto a los sismos cercanos a los 7.2 grados Richter podemos notar que se han presentado en forma considerable en las décadas de 1920, 1930, 1940, 1970, 1980 y 1990.

En cuanto a la frecuencia, se observa que el mayor número de sismos fueron de magnitud de 5.0 sucediendo en seis ocasiones, seguidos por aquellos con magnitud 5.2, 5.5, 5.7, que han aparecido en cuatro ocasiones y, por último, los mayores a seis grados llegando hasta 7.2, como el del 4 de abril del 2010.

Una de las medidas tomadas a consecuencia de estas constantes sísmicas en la historia de México fue la organización del actual modelo de Protección Civil Nacional. A partir de 1988 se formó el Centro Nacional de Prevención de Desastres (Cenapred), institución encargada de realizar estudios técnicos y reguladores, generadores de normas para

la prevención de desastres. Asimismo, en 1990 quedó instalado el Consejo Nacional de Protección Civil como un órgano de consulta y coordinación entre los grupos del Sistema Nacional de Protección Civil, o Sinaproc (Delgadillo, 1996).

Por otro lado, existe un instrumento financiero denominado Fondo de Desastres Naturales (Fonden) creado en 1996, el cual continúa vigente. Dicho fideicomiso atiende a la población damnificada, así como los detrimientos ocasionados por siniestros, de modo que no afecten los programas normales de las dependencias de la administración pública federal (Secretaría de Gobernación, 2001).

Según aportes de Hernán Salas (2006), a lo largo de los últimos diez mil años los diferentes grupos humanos que habitaron el desierto del norte de México han dirigido su atención hacia el desarrollo de formas de apropiación y el manejo del medio ambiente como estrategia de supervivencia.

Considerando lo anterior, el desarrollo social y cultural de los primeros colonizadores de lo que hoy se conoce como el valle de Mexicali, fue un proceso de adaptación al terreno y al espacio, interpretándolo como una apropiación del espacio. Dicha dimensión histórica se proyecta en el presente, pues como indica White (2002):

[...] el compromiso con determinada forma particular de conocimiento predetermina los tipos de generalizaciones que se puede hacer sobre el mundo presente, los tipos de conocimiento que se puede tener de él, y por lo tanto los tipos de proyecto que se puede legítimamente concebir para cambiar ese presente o para mantenerlo indefinidamente en su forma presente (p. 31).

En este sentido, parte del interés de esta obra es la de presentar un panorama de los eventos sísmicos ocurridos en la historia de Mexicali, tomando en cuenta que las condiciones han estado desde siempre, posicionando al valle de Mexicali como una de las áreas con más sismicidad de la región noroeste del país. La presencia de eventos naturales en determinadas circunstancias sociales, económicas y políticas se identifican como factores de riesgo, ya que provocan estados de inestabilidad en las áreas pobladas, sobre todo, cuando aparecen encadenadas unas con otras, o cuando las mismas son generadoras de epidemias o infecciones, las cuales son difíciles de tratar por la misma condición de desequilibrio que se genera.

Ante situaciones como las vividas por los habitantes de Mexicali, y principalmente por los del valle, se obtienen distintas respuestas, producto de la incertidumbre que deparan eventos de esta índole. Sentimientos de angustia, miedo, zozobra e inseguridad son algunas de las reacciones de dichas experiencias. Tras un hecho incierto y sorpresivo como lo es un terremoto, los individuos buscan explicaciones que les puedan brindar consuelo ante el dramático escenario de un sismo. Es allí donde el manejo de las narrativas son un vehículo para codificar y analizar las creencias de los grupos portadores que inciden en las formas de sociabilidad.

No obstante, incluso con los datos sobre la periodicidad de los sismos en la historia de Mexicali y su valle, teniendo presente que es una zona eminentemente sísmica, la sociedad mexicalense no deja de sorprenderse ante un terremoto. La falta de preparación y prevención es latente, aún a sabiendas de que las eventualidades telúricas se pudieran presentar a cualquier hora del día y con magnitudes elevadas.

Se debe reconocer que, para el caso de Mexicali, tanto en las instancias gubernamentales, educativas y privadas se mantiene una constante campaña de concientización para la población en general. Mismas que van desde los simulacros que se realizan en ambos semestres del año como parte de los programas de protección civil; además de las estrategias promovidas por las instituciones públicas y privadas para la creación y capacitación de personal ante posibles situaciones de emergencia en un sismo; así también se cuenta con mensajes publicitarios en medios de comunicación donde se brindan recomendaciones básicas para situaciones de riesgo que se llegasen a presentar. Sin embargo, a pesar de dichas campañas, tras el sismo del 4 de abril, fue evidente que pocas familias contaban con alimentos no perecederos, reservas de agua potable, equipo de primeros auxilios, velas y lámparas, en caso de que no llegasen a tener energía eléctrica, tampoco estaban preparadas con documentos y objetos de valor en áreas protegidas, tanques de gas clausurados ante posibles fugas, ni con el acuerdo de tener un área de reunión familiar como parte de las estrategias en el hogar, más una lista impresa de los números telefónicos de contactos familiares a la vista de todos para una rápida comunicación.

Tras observar que dichas experiencias fueron una constante luego del sismo del 2010, como ciudadanos podríamos recurrir al análisis y al cuestionamiento: ¿de qué sirven las campañas de concientización, los simulacros y las recomendaciones publicitarias si no ponemos en práctica las medidas? ¿Qué necesitamos para crear una cultura de prevención ante situaciones de riesgo como un terremoto? Las estrategias de acción y supervivencia para sobrellevar situaciones de riesgo evitarían que quedemos en la desidia y la inseguridad ante un nuevo sismo.

Otro punto a rescatar es que el territorio donde acontecen los sismos juega un papel simbólico en la construcción de las relaciones humanas de sus pobladores, como indica Giménez (1999), para quien los territorios no sólo son contenedores materiales de la dinámica social, sino también colaboradores en dar sentido a todo aquello que está ajeno a la simple vista del investigador, como son las emociones y motivaciones que surgen tras eventos de esta índole.

LOS RECUERDOS DEL VALLE

Hacer un desglose de los recuerdos que perduran en el imaginario de cada uno de los entrevistados, permite reconstruir los detalles del escenario en el que vivían, la interrelación con el espacio geográfico, además del proceso de generación de apego a tal lugar antes del sismo.

Según las narraciones, uno de los relatos que predomina acerca del valle de Mexicali es que consiste en un extenso terreno, donde se veían amplios espacios dedicados a la agricultura, y familias completas residiendo dentro de las parcelas. Durante el día tenían arduas jornadas laborales, mientras que en las noches se reunían con los vecinos, para disfrutar de los momentos bajo la luz de la luna.

Don Andrés, ex residente del ejido Oaxaca, de 70 años de edad y originario del estado de Sinaloa, quien desde niño emigró junto con su familia a la zona del valle de Mexicali, añora aquellos tiempos en que el valle era un lugar de cultivos y de gran oferta laboral. Después del terremoto del 4 de abril se vio obligado a abandonar el ejido Oaxaca, donde había vivido por más de 30 años, perdió su casa y tuvo que ser parte de la reubicación.

Figura 19. Vivienda anterior de don Andrés en el ejido Oaxaca.



Fuente: Colección personal, Carlos Romero, 9 de abril de 2012.

Figura 20. Parte de la casa de don Andrés antes del sismo en el ejido Oaxaca.



Fuente: Colección personal, Carlos Romero, 9 de abril de 2012.

Figura 21. Escombros de la casa anterior de don Andrés en el ejido Oaxaca.



Fuente: Colección personal, Carlos Romero.

En las figuras 19, 20 y 21, se observan algunos escombros que anteriormente formaban las paredes, techos y piso de la vivienda de don Andrés. A dos años del sismo, aún había un surco de dimensión considerable, el cual se originó el día del sismo, atravesando dicha construcción por debajo. Don Andrés menciona que, a pesar de haber llenado el orificio con tierra y con los mismos escombros de su vivienda, la grieta continúa en el terreno, y durante los días de lluvia el agua se acumula, mientras que durante temporadas de sequía se convierte en un nido de animales rastreadores.

En la entrevista que se le hizo a don Andrés menciona los recuerdos que tiene del valle:

[...] cuando llegué por vez primera a esta región, el valle estaba muy solo, lo que sí es que había mucho trabajo en la pisca de algodón, y había mucho trabajo, y pos en el valle los agricultores vivían en las parcelas. No estaba el ejido poblado; estaba muy tranquilo todo... Y cada quien en sus parcelas. Y en el ejido todavía no había casas. Hasta después empezaron a poblar; les dijeron a los agricultores que se fueran a sus lotes y así se pobló.

[...] había mucho trabajo. Mi papá fue quien vino primero y luego mandó por nosotros a Sinaloa y ya nos venimos todos. Desde entonces estamos aquí. Dicen que los que toman agua del canal no se van. Sí, desde entonces estamos viviendo aquí en Baja California.

[...] aquí es caluroso, lo que tú quieras, pero se vive muy a gusto. Porque hay todo, hay todo aquí en el valle, aquí en Baja California hay ropa, calzado de segunda, hay muchas cosas pues. Es más la facilidad de mantenerse uno porque hay más trabajo. Si hace uno

el esfuerzo de vender algo, lo vende. Y saca ya pa' vivir. Aquí se vive más a gusto que en muchas otras partes. Aquí hay mucha facilidad de todo, se mantiene uno más a gusto porque, como es la frontera y hay más movimiento y pagan más los sueldos, que allá [en Sinaloa] y de eso no pasa en otros lados.

[...] había muchas fiestas de los pescador[es] y todo eso y luego nosotros cuando estábamos chiquillos nos poníamos a jugar, hacíamos pelotas de bolas de hilo y hacíamos guantes de lona y nos poníamos a jugar en las calles [ríe al recordar] ahí también todos, barrios contra barrios. Nos agarrábamos a veces, nos peleábamos, porque nos peleábamos por los guantes y las pelotas; sí toda esa raza es de mi camada, ya están grandes, ya.

Yo me acuerdo, trabajé mucho en la construcción de los canales de cemento y en el campo... y ganaba como siete pesos a la semana. Había mucho dinero en aquel tiempo; los ejidatarios ¡no'ombre! o sea que los bancos, los legisladores, los algodoneros, le daban a uno hasta el dinero adelantado para la siembra y para los cultivos. Nomás el algodón estaba listo para la cosecha y ya tenía uno trabajo de dónde agarrar. Y con eso la pasábamos bien, y pues no teníamos muchas cosas como ahora pues.

De lo narrado por don Andrés en cuanto a sus vivencias en el valle, fue posible interpretar que las oportunidades laborales, la tranquilidad y la confianza de los pocos pobladores de la región en aquellos tiempos fueron los motivos que ayudaron para que se instalara en el valle. Tales experiencias lo llevaron a formar su propia familia lejos de su natal Sinaloa. Él mismo cuenta que Baja California tiene climas extremos, pero que el hecho de ser una zona fronteriza brinda a los habitantes que vienen de otras regiones de la república mexicana más oportunidades laborales; en aquel entonces, específicamente, dentro de los ámbitos agrícolas como la pesca de algodón. Así como comprar y vender con gran facilidad artículos de primera necesidad, como la vestimenta y materias de consumo personal.

En lo referente a los servicios como luz, agua, asistencia sanitaria, no necesariamente había en otras zonas del país. Del mismo modo, otra de las facilidades que encontró fue la posibilidad de obtener un automóvil propio, ya que la oferta consiste en ser de precios más bajos que en otros estados. Tras exponer las ventajas en el valle, comenta que estas oportunidades no se podían considerar en estados ubicados más al sur de México, ya que en la entidad de donde es originario conseguir lo mismo hubiera representado un mayor costo y sacrificio.

Don Andrés no sólo enuncia elementos materiales, sino que también resalta aquellos valores intangibles, como las certezas, la confianza, la tranquilidad, el orden y la amistad. En relación con este tema Bourdieu

(2003) plantea que para acceder a la realidad intangible se necesita partir de un hecho tangible, en este caso, la experiencia del terremoto; con ello se ve que tanto lo tangible como lo intangible va de la mano al momento de buscar una interpretación del espacio social. Los elementos del entorno físico y social son de suma importancia al momento de generar los sentimientos de apego, apropiación e identificación hacia el nuevo territorio donde se dan las relaciones de tipo social. De esta manera los elementos intangibles, los cuales solo se sienten y experimentan, son los que generan sentimientos de pertenencia hacia un nuevo espacio. Estos sentimientos se producen luego de un largo proceso de asimilación y tras años de experiencia en un nuevo entorno.

A partir de los recuerdos de algunos de los habitantes del valle se infieren los sentimientos de pertenencia y la formación de un espacio de interrelación, tanto social como material entre los moradores; pero tras experimentar el sismo del 4 de abril, y al enfrentarse a una obligada reubicación en un nuevo entorno, los espacios y las dinámicas cotidianas se transformaron de forma intempestiva.

Al considerar los sentimientos manifestados por don Andrés, en su experiencia en el valle, destacan los de satisfacción hacia la cuestión laboral, de seguridad y confianza, desde donde se genera el arraigo y la conexión con los demás habitantes y familias de esta zona, con quienes ha creado un sentimiento de pertenencia así como identidad con el nuevo entorno. Es por eso que los sentimientos de apego y de pertenencia hacia los lugares pueden variar ampliamente por los elementos tangibles e intangibles, como los que se dan por cariño, adhesión, afecto, afinidad, inclinación o vínculo entre el espacio geográfico y el social.

El apego y la pertenencia hacia un espacio físico forma lazos afectivos de una persona para con un determinado lugar, un lazo que le impulsa a permanecer junto a ese espacio y tiempo. Es en ese proceso de adhesión al lugar donde se visualiza el llamado espacio social. Apropiarse de un lugar implica actuar sobre él para apropiárselo. Así fue como don Andrés, quien luego de haberse mudado de su ciudad natal a una nueva región, experimentó el proceso de apropiación de un nuevo espacio por decisión propia. Ahora, a raíz de la experiencia del terremoto y de las condiciones de vulnerabilidad del terreno y de la construcción de

su anterior residencia, se ha visto obligado a realizar una adaptación forzada a un nuevo territorio y por ende a un nuevo espacio social.

De manera similar a lo rememorado por don Andrés, doña Paty hace alusión a la vida en comunidad, la confianza creada al interior de esa comunidad y la importancia de la familia como núcleo de las relaciones sociales dentro de su ejido anterior. A diferencia de don Andrés, doña Paty es originaria del valle de Mexicali, ex residente del ejido Zacamoto, y actual residente del fraccionamiento Renacimiento del Valle. Sin embargo, ambos entrevistados coinciden en elementos de la cotidianeidad tales como la confianza, amistad, familia y seguridad; Doña Paty menciona:

[Yo recuerdo que] entraba por la carretera, y lo que miraba uno era puro desierto. De hecho, había dos o tres carreteras de terracería por donde nos metíamos y entrábamos al poblado, pues era un ranchito, con pocas casas.

[...] en la comunidad nos conocíamos todos, nosotros vivíamos en una comunidad, yo creo que como de unas siete familias, y las siete familias comprendían todo lo que era el poblado. Eran mis tíos, mi tío político, mi tío segundo o lo que sea, pero parientes todos. Por eso se tenía más confianza, y no había una familia allí que no se conociera con la otra, o que no se hablaran unos con otros, pues éramos una gran familia. Así era. Es que era muy pequeño nuestro poblado, era como de unos 300 y feria de habitantes nomás.

La gente a lo mejor ganaba menos, yo no sé, pero el dinero alcanzaba más de cómo es ahora. Muchas cosas ya cambiaron, y ya la gente se acostumbró a otra clase de vida.

[...] era complicado, porque teníamos que trasportarnos en camión, obviamente los que no teníamos carro, pero aun así teníamos nuestra ruta y que nos dejaba ahí en el puro poblado, y pues los horarios, ya sabíamos en qué horario teníamos que ir y venir, ya sabíamos en qué horarios debía uno desocuparse de lo que debía hacer y para atrás, pero gracias a Dios el valle así estaba muy bien.

Los recuerdos de doña Paty enfatizan en las relaciones familiares que hacían de la comunidad un lugar seguro y de confianza, en el que todos se conocían, y en donde se generaba un escenario de pertenencia hacia el entorno físico y social. Los niños crecían en este ambiente en el que todos los adultos tomaban parte de su crianza, y esto influía en la capacidad de la comunidad para generar lazos importantes y redes de apoyo. Del tema de los servicios que se tenían en su ejido anterior comenta:

El problema era que no eran muy estables, a veces nos faltaban y nos hacían batallar, pero yo le hablo de como de hace unos 20 o 25 años para atrás, y que había agua donde nosotros vivíamos. Porque años atrás no había agua, y la gente iba a un tinaco a sacar su

agua. Era como un pozo, donde toda la comunidad iba y sacaba agua, nomás que la gente empezó a poner sus plantitas [refiriéndose a plantas de agua] que la misma gente sostenía, con sus motores, bombas, y tanques y todo. Así se formó la planta y se jalaba el agua del canal, y luego los del gobierno metieron tubería y una llave para cada familia.

Doña Paty retoma la idea de familia como la comunidad, a partir desde donde la generación de confianza se produce casi de manera instantánea. Sin embargo, ella expone detalles de las carencias que ha experimentado en el valle, como es el caso de la falta de agua. Doña Paty también explica que, a pesar de las carencias de servicios básicos en el valle, existían buenas oportunidades laborales, de tal manera que incluso los niños desde muy temprana edad podían ejercer algún tipo de labor, expresa que “los niños salían de las escuelas, y se iban a trabajar, no tenían turnos en el campo, pero ya ganaban algo”.

Figura 22. Doña Paty en su vivienda anterior en el ejido Zacamoto.



Fuente: Fotografía proporcionada por Doña Paty de su álbum familiar.

Figura 23. Doña Paty en su casa anterior en el ejido Zacamoto.



Fuente: Fotografía proporcionada por Doña Paty de su álbum familiar.

Figura 24. Espacio donde anteriormente se localizaba la residencia de doña Paty en el ejido Zacamoto.



Fuente: Colección personal, Carlos Romero, 9 de abril de 2012.

Figura 25. Escombros de la residencia de doña Paty en el ejido Zacamoto.



Fuente: Colección personal, Carlos Romero, 9 de abril de 2012.

Del mismo modo, doña Paula, una mujer de aproximadamente 72 años, originaria del mismo ejido que doña Paty, del ejido Zacamoto, y actual residente en el fraccionamiento Renacimiento del Valle, recuerda el valle a partir de los amplios terrenos que poseía:

Nosotros vivíamos en la parcela. Ahí teníamos la casa después de que nos vinimos del pobladito del Nayarit, y en la parcela vivíamos y teníamos una casa muy grande que hizo mi papá, muy grande, un rancho con animalitos, puercos, vaquitas, caballitos.

[...] era mucho el terreno y vivíamos muy a gusto, bendito sea Dios. Teníamos árboles y se sentía muy suave; teníamos una mata de higuera muy grande y con esa nos sombreábamos y jugábamos alrededor los chamacos.

Teníamos la amistad de rancho a rancho, porque cada vez que mi papá iba a visitar a mis tíos, que también tenían terrenos, nos íbamos caminando entre los canales a visitarlos o ellos también venían a visitarnos. Aquí en el valle eran los bailes y eran muy bonitos los bailes. Había uno que otro pleitecillo, pues eran los chamacos que de repente se alocaban, tomaban sus cheves (cervezas) y ya se alocaban y se disgustaban entre ellos, pero no llegaban al grado de que se mataban o que se golpearon. Nosotras entre amigas pues muy suaves convivíamos porque las amigas a veces iban a mi casa con mi papá y mi mamá, para que yo las pudiera acompañar al ejido Cucapah. Ibamos de ejido a ejido a tomarnos un refresco o un raspado y ya íbamos y ya conocíamos a los muchachos y así ya empezábamos a salir.

En el caso de doña Paula sobresale la incorporación de las relaciones sociales que se gestaban entre los moradores de los diferentes ejidos circundantes, y de las cuales surgían las amistades y las relaciones interpersonales que formaban los lazos de confianza y de familiaridad, similares a los mencionados por don Andrés y doña Paty. No obstante, doña Paty es 20 años menor que doña Paula, lo cual revela que la

estabilidad en la vida del valle era constante y sin grandes cambios en cuanto a lo social. Al comparar los relatos de dos mujeres del mismo ejido, pero con una diferencia generacional, fue notable este fenómeno. Al hablar respecto de los servicios, la seguridad y las interacciones sociales dentro y fuera del núcleo familiar, doña Paula explicaba que:

[...] cada quien vivía en sus parcelas. Se vivía muy a gusto. Nos alumbrábamos con linternas, no había luz eléctrica, no pasaba luz ni nada; usábamos linternas en cada esquina, mi papá ponía linternas en el horcón y con eso nos alumbrábamos, y con lámparas de quinqué[4]. Usábamos el petróleo para alumbrarnos.

[...] no había tanta maldad como lo hay ahora. Antes hasta dormíamos afuera con mosquiteros, que hacíamos como pabellones. Los montones de algodones se miraban para allá. (Señalando hacia el lugar donde anteriormente vivían). Pero en ese tiempo todo estaba muy calmado, nuestros papás supieron darnos una riendita; nos protegían en eso.

Se constata que las relaciones sociales al interior del valle de Mexicali funcionaban a partir de la confianza, la seguridad y la familia, vínculos que se incrementaban por la apropiación del espacio, los cuales fueron modificados tras la reubicación.

A partir de lo señalado por los entrevistados en sus descripciones de la vida en el valle, se muestra la importancia que adquieren los espacios geográficos al momento de la apropiación de quienes viven dentro de él. Es de esta manera como surgen los vínculos afectivos, lazos de confianza, la seguridad y las certezas, y el estado de confort, que en un proceso de apropiación, los llevaron a generar un nuevo espacio social. A su vez, tales espacios han generado en cada uno de ellos una carga emocional. En este sentido, cabe recalcar que desde mi punto de vista, el espacio social es aquel que se concibe a partir de la experiencia que el individuo desarrolla en relación con el espacio físico, en el cual encuentra las características y los factores que le brindan las ventajas y certezas que como persona necesita para encontrar seguridad, confianza y tranquilidad, para lograr así un desarrollo material y emocional satisfactorio. En el caso de los colaboradores de esta investigación la presencia de los vínculos fue muy clara, ya que se volvió un tema recurrente. Además, se resalta la constancia de las relaciones sociales desarrolladas en el marco del respeto y la cordialidad, dándose así una interrelación semejante a la de una gran familia, de una comunidad que se mantiene merced a las interacciones basadas en el respeto y solidaridad entre los actores, como doña Paty también lo

estipuló.

Otro factor que se volvió presente a raíz de las experiencias compartidas por los narradores, fueron las conexiones emocionales que se materializaron con el entorno, ya que además de generar relaciones de confianza estables, se producían historias, mismas que iban desde el plano personal al comunitario, lo que brindaba identidad y arraigo. Fue evidente que las generaciones se sucedían unas a otras, haciendo que la vida continuara tal como la conocían, transmitiendo parte de la cultura, costumbres, y experiencias de sus antepasados a las nuevas generaciones.

La realidad recordada y enunciada por los entrevistados dejó en claro que el proceso de aceptación, disponibilidad y comodidad en el que vivían cada una de las familias, ayudó a brindarles un cómodo y acogedor proceso de aceptación y conformación de sus dinámicas materiales y sociales. Un ejemplo de adaptación se dio en la vida de aquellas familias que emigraron de otros estados para asentarse en la frontera norte del país. Es así como lo expresó don Andrés, quien adoptó los territorios del valle de Mexicali como su nuevo espacio, a pesar de que fuera un terreno árido de clima extremoso.

En consonancia con el planteamiento del primer objetivo de la investigación, se entiende que en la vida de todo ser humano el proceso de asimilación y aceptación de un nuevo lugar es un proceso que está en constante redefinición y reestructuración. Esta aseveración es considerada debido a que las experiencias de cada uno de los entrevistados provienen de personas que vivían en ejidos diferentes, con una situación laboral, familiar y de amistades distinta, pero el recuerdo y la construcción de sus espacios anteriores han quedado con las mismas características y definiciones. Dejando claro que aún cuando la situación económica, social, así como las oportunidades, hayan cambiado, el proceso de aceptación y conformación de los espacios sociales estará determinado por características y detalles de gran similitud.

³ El mapa mencionado fue elaborado por la Comisión Federal de Electricidad (CFE) (2008) y el Centro Nacional de Prevención de Desastres (Cenapred) (2001).

⁴ Dichas lámparas eran portátiles y graduables en su intensidad, estas contaban con un tubo o una pantalla de cristal para proteger la llama, un depósito y una mecha; funcionaban a base de petróleo o aceite.

DESASTRES, ESPACIOS SOCIALES Y APROPIACIÓN DEL ESPACIO

*“Nuestros llantos se juntaron en uno solo,
no podíamos contenerlos al llorar,
no había palabras ¡Habíamos perdido todo!”*

Doña Paty, fraccionamiento Renacimiento del Valle

ENTRE DESASTRES Y FENÓMENOS NATURALES

Basado en el objetivo planteado anteriormente, es importante explicar interpretaciones que en mucho de los casos se dan por sentadas sin un fundamento claro. Como en el término desastre: ¿cuándo un evento natural puede considerarse un desastre y cuándo es un fenómeno? En este apartado presento conceptos claves que dilucidan las diferencias entre desastre y fenómeno. La fuente principal de información estuvo basada en la “Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina” (La Red), bajo la compilación de Andrew Maskrey (1993).

Concebir como un castigo divino a la lluvia, la sequía, el maremoto, el terremoto, etc., son todavía creencias comunes de la población en general. Para una gran mayoría de personas el desastre es una construcción del pensamiento mágico, ya que transfieren la causa de los acontecimientos reales y cotidianos a un nivel más allá del humano, al cual es imposible de penetrar racionalmente. Otra interpretación consiste en atribuir estos sucesos a la naturaleza. Con ello se han reemplazado los poderes sobrenaturales (dioses) por las fuerzas naturales, y lo que antes era considerado castigo divino ahora se llama castigo de la naturaleza. En este contexto es importante dejar en claro dos términos que en la mayoría de los casos se utilizan como sinónimos: el fenómeno natural y el desastre natural. Según Maskrey (1993): “un fenómeno natural es toda manifestación de la naturaleza, que se refiere a cualquier expresión que adopta la naturaleza como resultado de su funcionamiento

interno” (p. 7). La naturaleza se presenta de forma ordinaria como las lloviznas en los meses de invierno, o también puede ser sorprendente o extraordinaria, como un terremoto, un tsunami, una erupción volcánica o un maremoto. La presencia de un fenómeno natural ordinario o extraordinario, no es sinónimo de un desastre natural, sino parte del funcionamiento regular de la tierra.

Ahora bien, tras explicar que un fenómeno natural ocurre de forma regular y constante, se entiende que éste no debe ser considerado como sinónimo de desastre. Los desastres son sucesos que ocurren de manera esporádica en determinadas condiciones socioeconómicas y físicas vulnerables (como situación económica precaria, viviendas mal construidas, tipo de suelo inestable, mala localización de la vivienda, etc.); suceden si uno o más fenómenos naturales ocurren en espacios con situaciones vulnerables. Es decir, las condiciones vulnerables de una sociedad son las que dan pie a un desastre. Por ende, los llamados fenómenos naturales no son peligrosos para el hombre en sí mismos, sino que las condiciones de marginalidad o la falta de preparación de las condiciones físicas son las que contribuyen para que se den las manifestaciones de desastres, como señala Maskrey (1993): “Las condiciones de vulnerabilidad que una población presenta no son condiciones que se hayan dado independientemente del hombre. Muy por el contrario, es el mismo hombre quien las ha creado, y al hacerlo se pone de espaldas a la naturaleza, corriendo el riesgo de resultar dañado si ocurriese un fenómeno natural determinado” (p. 9).

Al respecto de esto habría que preguntarse si existe algún lugar en la tierra que pudiese ser considerado libre de riesgos. Para responder a ello, Delgadillo y Torres (2006), arguyen que de realizarse un repaso histórico acerca de los fenómenos naturales que se han manifestado en el planeta, nos daríamos cuenta que dichos fenómenos son parte de la vida en la tierra y que se manifiestan de forma constante y repentina, pero obedecen a la actividad regular del planeta. Los mismos autores hacen ver que, por ejemplo, cada año los huracanes generan grandes desgracias a nivel mundial. Sin embargo, por medio de los avances científicos, el hombre puede predecir su localización, la velocidad y su trayectoria, aunque carece de control sobre ellos. En el caso de los fenómenos como los sismos, las erupciones volcánicas, los deslizamientos de terrenos y los maremotos son parte de la categoría de

fenómenos que resultan impredecibles, aunque puede reconocerse su aproximación.

Aunque los fenómenos sucedan en un lugar específico y con cierta temporalidad no es razón para afirmar que son generadores de desastres. Un ejemplo presentado por Delgadillo y Torres (2006) hace ver que cuando un huracán, un terremoto, una erupción volcánica, u otro tipo de fenómenos, se presentan en un área inhabitada como una isla virgen, no sucedería ningún desastre, serán parte del ciclo natural de los movimientos de la tierra. Ya que la misma naturaleza crea las condiciones para el surgimiento, desarrollo y consumación del fenómeno, en un tiempo y lugar específico, y no se presenta ningún desastre debido a que no existen asentamientos humanos establecidos en la isla. Es así como se debe entender que sin la presencia de los seres humanos, el fenómeno queda como un simple fenómeno, una acción de la naturaleza que se manifiesta e interactúa bajo un equilibrio natural.

Contrario al ejemplo antes mencionado, el fenómeno natural puede traducirse en una amenaza o riesgo, cuando el evento sucede en un área donde reside alguna población, y se convierte en un desastre al haber factores adicionales que posibilitan que los habitantes sufran algún tipo de daño, como muertes o pérdidas materiales. Así lo hacen ver Delgadillo y Torres (2006) al afirmar que: “El hecho de que sean factores adicionales y no el fenómeno en sí lo que genera la catástrofe, nos permite afirmar que el desastre es un proceso social, resultado de las interrelaciones sociales, políticas y económicas de la sociedad” (p. 17).

Así es como los desastres son generados cuando un grupo social es vulnerable ante las manifestaciones de origen natural o humano, y al no disponer con los requerimientos necesarios para sobrellevar y afrontar el riesgo de manera adecuada. Cuando una población no cuenta con los recursos organizadores necesarios (plan de acción, económicos, materiales, técnicos), la probabilidad de que los habitantes del lugar se vean afectados se incrementa, dando pie a los desastres debido a las condiciones de vulnerabilidad presentes en los asentamientos humanos. Debido a estas circunstancias se siguen presentando cientos de catástrofes en el mundo, pero cada evento natural no traerá consigo un desastre. Los eventos de la naturaleza estarán presentes en nuestro

entorno, por lo tanto, como individuos racionales debemos establecer medidas y planes que contribuyan a generar acciones para evitar y contrarrestar posibles daños ocasionados por éstos.

El impacto producido por un fenómeno natural depende de las características territoriales de vulnerabilidad que se presentan dentro de una estructura social. En el caso que aquí se aborda, fue el territorio del valle de Mexicali y las áreas concentradas a su alrededor, las que recibieron dicho impacto por ser un terreno sísmico activo. Cabe mencionar que la infraestructura y la planeación de la ciudad de Mexicali, está regida por especificaciones técnicas pertinentes para evitar consecuencias lamentables ante la constante posibilidad de que se presenten sismos de gran magnitud. Sin embargo, dichas reglas no se cumplen, ya que hay construcciones realizadas de forma rudimentaria y sin un seguimiento a las recomendaciones pertinentes. Tanto en el valle como en la ciudad, se encuentran casas hechas a base de madera y pedazos de metal, construidas en formas seccionadas y unidas unas a otras por alambres o remiendos de yeso y concreto. Por cuestiones de presupuesto, los edificadores llegan a ser los mismos dueños de los terrenos, quienes han aprendido de forma empírica las labores de construcción, sin contar con las capacitaciones necesarias para realizar obras en terrenos sísmicos.

Al respecto del tema y, en términos de Allan Lavell (1993), la ubicación y las formas de construcción de las viviendas, la infraestructura, la relación que se establece entre el hombre y su entorno físico-natural, así como los niveles de pobreza, de organización social, política e institucional, en conjunto con las actitudes culturales o ideológicas, son los que influirán en la concreción y definición de la magnitud de un fenómeno y el impacto social del mismo.

EL ESTUDIO SOCIAL DE LOS DESASTRES EN AMÉRICA LATINA

A modo de presentar un desglose acerca del desarrollo y los avances del estudio social de los desastres en América Latina, están los aportes de Maskrey (1993), quien en la década de los noventas expresó que dicho campo [sobre los desastres] no había recibido atención por parte de los investigadores de la región. No fue hasta después de los terremotos de Huaraz, Perú (1970); Managua, Nicaragua (1972); y Guatemala,

Guatemala (1976), que se generaron indagaciones relacionadas con el impacto y la respuesta social e institucional ante dichos eventos. El mismo autor destaca que los estudios fueron realizados en gran medida por investigadores externos a la región, y que los resultados obtenidos fueron publicados en el idioma inglés y escasamente difundidos en los países donde acontecieron. Dicho aporte hace ver que los estudios acerca de los desastres no eran prioridad en las investigaciones realizadas de la época.

El mismo Maskrey resalta que fue hasta la década de los años ochenta, luego de los desastres ocurridos por las inundaciones y sequías asociadas al Fenómeno del Niño que afectaron a muchos países de América (el terremoto de Popayán, Colombia, en 1983; el desastre de Armero^[5] en Colombia, en 1985; y el terremoto de México en el mismo año), que las instituciones de investigación y centros de promoción del desarrollo se vieron obligados a trabajar en la nueva realidad en que se encontraron envueltos. En este contexto se dio inicio a investigaciones parciales en Argentina, Brasil, Perú, Colombia, México, América Central y otros países de donde resultaron las primeras publicaciones sobre el tema en la región.

Con base en los eventos antes mencionados surgieron centros enfocados exclusivamente al estudio de los desastres. La Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina fue un ejemplo de ello, la cual se creó en 1992 en Costa Rica, por un grupo multidisciplinario de investigadores. Desde el campo de la Antropología Social se encuentran las aportaciones de la mexicana Virginia García Acosta, quien como miembro de La Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina, publicó la obra *Historia y desastre en América Latina*, el cual se emitió en tres volúmenes: la primera versión en el año 1996, donde la obra constituyó la primera compilación de su tipo en la región; para el año de 1997, se publicó el segundo volumen, el cual fue una continuidad del primero, donde se enfatizó en los estudios previos a la invasión española, con una secuencia cronológica que iba de la época prehispánica, colonial y siglo XIX, cerrando con una sección donde se incluyó una revisión de los estudios existentes para el caso colombiano. El tercer volumen apareció hasta el año 2008, y en él se visualizó que los estudios sobre riesgo y desastres han logrado una evolución importante. En dicha emisión se

abarcaron estudios desde los siglos XII y XIII hasta el XX, donde se incluye un recorrido por el contexto latinoamericano con aportes que van desde el Caribe insular (Schwartz), México (Campos, González, Marín, Mendiola) hasta Argentina (Barbieri y Garrido), pasando por Centroamérica (Peraldo y Mora), Perú (Pérez-Mallaina) y Brasil (Taddei).

Otro de los campos desde donde se han realizado aportes destacados, ha sido el de la geografía humana. Ejemplo de ello es el trabajo realizado por Martha Teresa Martínez (2009) quien analizó las contribuciones más destacadas en dicho campo y donde afirma que:

[...] la geografía humana también ha realizado diferentes aportes a la teoría de los riesgos y desastres; en especial, los estudios de vulnerabilidad y riesgo [...]. En las primeras décadas del siglo XX, muchos geógrafos adoptaron como objeto de sus investigaciones el tema de las relaciones entre el ser humano y el medio natural, en un contexto ecológico. Con esta perspectiva, apoyada por la disciplina sociológica, se introdujo a través de Harlan Barrows (1923) la idea de la Geografía como ecología humana, que fue ampliamente aceptada (p. 250).

Martínez (2009) afirma también que los estudios de percepción de las amenazas publicadas por Robert Kates (1962, 1963, 1967, 1970, 2007), son los hallazgos más reconocidos en la disciplina geográfica; ya que en ellos se plantearon que los desastres son una función más de la forma en que la sociedad percibe o racionaliza las amenazas, dado que dichas percepciones han contribuido a guiar la forma de enfrentar los riesgos. En los términos antes mencionados y con base en lo expresado por el Grupo de Investigación en Riesgos Ambientales, publicado en Martínez (2009), es que en los últimos tiempos “los estudios de desastres han ampliado sus conceptos derivados de las teorías físico-naturales, complementándolos con los generados en las teorías humanas, creando marcos teóricos más complejos” (p. 254).

Luego de considerar las colaboraciones de tres diferentes disciplinas: urbanismo con Maskrey (1993), Antropología Social de García (2008) y la Geografía Humana de Martínez (2009), lo más pertinente parece ser lo enunciado por Maskrey, quien reconoce que para las décadas de los setentas y ochentas, este tipo de investigaciones aún se encontraban restringidas. Primero, porque el estudio social de los desastres se desarrolló como un campo marginal, en comparación con investigaciones realizadas desde otras áreas como sería el caso de las ciencias naturales e ingenieriles, que para aquellos tiempos contaban

con mayor grado de institucionalización, así como con centros especializados y acceso a fuentes de financiamiento. Segundo, por la escasez de la bibliografía en el tema, así como la poca difusión de las publicaciones existentes en aquellos años. Así lo ha hecho visible Audefroy (2007), quien expresa que:

Fue al final de los años 70 cuando surgió de manera más explícita el concepto de vulnerabilidad desde la perspectiva de los desastres. A partir de los años 80 y en los 90 este enfoque conceptual fue ampliamente aceptado y difundido. Otras disciplinas tales como la geografía, la planificación física, urbana y territorial, la economía, la gestión del medio ambiente, y la gestión de los riesgos fueron el dominio de las ciencias aplicadas y fue la época donde se produjeron los llamados “mapas de riesgo” con la participación de geólogos, hidrólogos, ingenieros, etc... basándose en los sistemas de información geográficos (...) (p. 126).

Otras de las contribuciones al tema han sucedido desde las ciencias sociales y de las humanidades como la antropología social, la antropología del riesgo y del desastre, la sociología del desastre, las ciencias ambientales, la economía sustentable, por citar algunas. En todas ellas, el tema de los fenómenos naturales representa impactos o afectaciones sobre la cotidianeidad humana que no son visibles en los resultados estadísticos o en las predicciones. Es a partir de lo antes expuesto que los estudios socioculturales se presentan como una opción, en donde desde su carácter interdisciplinario contribuyen a enriquecer el análisis de los temas relacionados con desastres y la interacción naturaleza y sociedad.

En esta obra donde el tema del desastre fue uno de los términos más recurrentes, fue importante dejar en claro que los desastres pueden ser originados a causa de eventos naturales o por medio del hombre (esta recibe el nombre de fenómenos antrópicos), a su vez, los naturales pueden ser meteorológicos, topográficos, telúricos y tectónicos, aunque los tres últimos también caben en la categoría de geológicos. Mientras que aquellas que son producidas por la mano del hombre pueden ser los: accidentes, las guerras, contaminación por derrame o fuga de materiales peligrosos. Sobre el tema La Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina desde su creación en 1992 ha planteado que:

El crecimiento poblacional y los procesos de urbanización, las tendencias en la ocupación del territorio, el creciente empobrecimiento de importantes segmentos de la población, la utilización de inadecuados sistemas tecnológicos en la construcción de viviendas y en la

dotación de la infraestructura básica, e inadecuados sistemas organizacionales, entre otros, han hecho aumentar continuamente la vulnerabilidad de la población frente a una amplia diversidad de eventos físico-naturales (Audefroy, 2008, p. 127).

Rodríguez, citado por Audefroy (2003), menciona que se pueden distinguir tres agentes que provocan desastres: los perturbadores, los afectables y los reguladores. Los perturbadores se refieren a los agentes dinámicos, clasificados en cinco tipos: dos de origen natural (geológicos: como sismos, erupciones volcánicas, deslaves y maremotos; y los hidrometeorológicos: que son los que más daños causan por su incidencia periódica, como ciclones tropicales, inundaciones, sequías, tormentas, temperaturas extremas, etc.). Y tres de origen social (físico químicos: como incendios y explosiones; sanitarios: como la contaminación, desertificación natural y epidemias; y socio-organizativos: derivados de las grandes concentraciones de personas).

A su vez, los agentes afectables se refieren a los entes pasivos, como la población, sus bienes y el medio ambiente. Por último, Rodríguez establece que están los agentes reguladores o agentes que, en sí mismos, son portadores de soluciones, entre ellos la organización gubernamental, programas, acciones y normas para proteger a los agentes afectables, sobre todo, a la población (Audefroy, 2003). Como se puede ver, los agentes perturbadores y afectables, son generadores de fenómenos que alteran el buen funcionamiento de la sociedad y el entorno natural, produciendo en ellos un estado de desastre.

Los desastres considerados como naturales son el resultado de la siguiente interacción:

Figura 26. Esquema de los elementos que integran los desastres.



Como se observa en el esquema (figura 26) la interacción entre los fenómenos naturales y de origen antrópico, sumados al nivel de vulnerabilidad socio-económico de una sociedad, trae como resultado lo que comúnmente se denomina un desastre. Según Kuroiwa (1988) los mayores desastres han ocurrido cuando el hombre ha efectuado las expansiones urbanas o construido las grandes obras de ingeniería, sin

tener en cuenta a la naturaleza o sin armonizarlas adecuadamente con ella (Audefroy, 2003).

Algunos desastres son considerados producto de la naturaleza. Para hacer una diferencia de ambos términos acudí al trabajo de Raymundo Padilla (2006) quien en su tesis *El huracán del 59: historia del desastre y reconstrucción de Minatitlán, Colima*, presenta una breve introducción sobre las diferenciaciones en la designación de los desastres como fenómenos naturales.

Se ha visto que aquellos que denominan a los eventos de la naturaleza como generadores de desastres, han adquirido sus ideas de lo que se ha transmitido de generación en generación, como una creencia, la idea de que los deslaves, derrumbes, grietas e inundaciones son provocados por la naturaleza. Sin embargo, el hecho de habitar espacios con características vulnerables para el asentamiento humano, son las causas más probables para convertir a un grupo humano en víctimas de algún desastre.

Según Padilla (2006) tiempo atrás prevalecía el concepto de que los desastres eran resultado del impacto de un fenómeno natural sobre la sociedad. Incluso se pensaba que fenómeno era sinónimo de desastre, asumiendo que una catástrofe era producida por un agente natural, causado por las fuerzas de la naturaleza, y que la sociedad se constituía como una víctima de la misma. En culturas antiguas eventos naturales como la lluvia, inundaciones, sequías, terremotos y maremotos, eran vistos como un castigo, una afirmación que los presenta como sinónimo de desastre. Es importante considerar estos fenómenos como dos hechos independientes; el primero, como se mencionó en párrafos anteriores, se presenta en forma común y constante; en contraposición al desastre, que es el resultado que se da por las condiciones vulnerables que posee un espacio territorial ante la presencia de un evento de la naturaleza. Audefroy (2008) menciona al respecto que “un desastre es un acontecimiento violento que irrumppe de diversas formas en la vida social, desde la vida cotidiana hasta la relación sociedad-gobierno. Tiene un impacto tal que puede llegar a producir cambios sociales” (p. 125).

Ante las interpretaciones acerca de los conceptos de desastre y fenómenos naturales, las condiciones de peligro y eventos naturales son

consideradas como parte de la realidad social. Reconocer que los eventos naturales han estado presentes en hechos lamentables no es motivo para denominar a lo natural como causal de todo lo trágico que puede ocurrir. Reflexionar sobre el desastre como un proceso de construcción social que comienza mucho antes de que se presente aquello que los científicos (físicos, geólogos, sismólogos, hidrólogos, etc.) denominan como amenaza o peligro. Padilla (2006) determina que este tema ha sido tratado por los pioneros mexicanos de los estudios en cuestiones de desastres, entre los que se encuentran: J. Manuel Macías Medrano, Virginia García y Georgina Calderón.

La diferencia entre fenómenos y eventos naturales radica en el impacto que se genera en poblaciones humanas en condiciones de vulnerabilidad, ya que, al estar desprovistas de recursos y dentro de áreas bien asentadas, se encuentran en situaciones de mayor riesgo y afectación ante la presencia de un fenómeno. La vulnerabilidad según Cardona (2001) “es la predisposición o susceptibilidad física, económica, política o social que tiene una comunidad de ser afectada o de sufrir daños en caso que un fenómeno desestabilizador de origen natural o antrópico se manifieste” (Audefroy, 2008, p. 125). Es así que la presencia de un fenómeno natural y un desastre no siempre van ligadas una con la otra. La primera ocurre de manera ordinaria y constante, y el desastre, en cambio, ocurre de manera sorpresiva y repentina y con afectaciones en la cotidianidad de un asentamiento humano. No todos los eventos naturales son generadores de desastres, y no todos los desastres son producidos por acciones de la naturaleza.

Luego de analizar y diferenciar los conceptos arriba mencionados, habría que desarrollar el concepto: espacio social. Para ello acudí a diferentes autores que han abordado el término desde distintos campos de estudio: en la sociología con Pierre Bourdieu (2003), dentro de la sociología ambiental con José Luis Lezama (2002), en la sociología urbana con Manuel Castells (2008), y en psicología social, con Moranta y Urrútia (2005). Todas estas perspectivas fueron seleccionadas, porque desde su particular abordaje del término, han brindado elementos clave para el análisis de la trascendencia que representa dicho concepto.

DESASTRES Y ESPACIOS SOCIALES: ALGUNOS ESTUDIOS DE CASOS

Como ha sido anteriormente estipulado, la transformación y apropiación de los espacios sociales se ha estudiado desde distintos enfoques de las ciencias sociales. Moranta y Urrútia (2005) afirman que los vínculos que las personas establecen con los espacios han sido objeto de análisis desde diferentes perspectivas, como es el caso de la sociología, la antropología, la psicología social y sociología ambiental (desde su enfoque social), sólo por mencionar algunas. Todas ellas coinciden en el abordaje de la relación individuo-espacio- sociedad.

En estudios hechos desde la antropología, se encuentra el trabajo de la italiana Ángela Giglia (2000) quien investigó acerca del terremoto que aconteció en Possuoli, Italia, en 1984. En dicho trabajo menciona la relación del espacio en un asentamiento de viviendas de interés social. En sus aportes destaca el uso social que hacen determinados actores del espacio, explicando el sentido que ese espacio llega a representar para quienes lo habitan y modifican como parte de su propia identidad con el entorno. En la investigación, la autora arguye que el espacio se interpreta como un recurso que los sujetos manipulan y utilizan en diversas formas, ya que todo espacio conlleva un significado social y cultural. De esta manera adquiere relevancia el tema del manejo del espacio, ya que éste puede ser utilizado, manipulado y modificado, de acuerdo con las circunstancias de los grupos humanos.

Por su parte Rossana Reguillo realizó una investigación sobre las consecuencias de las explosiones de unos ductos de gas que ocurrieron en la ciudad de Guadalajara, México, a principios de la década de los noventa. Dicha investigación tuvo como hecho principal las explosiones del 22 de abril de 1992 en Guadalajara, tema en el cual abordó cuestiones referentes a la organización de los movimientos ciudadanos, las demandas sociales de democratización, los medios de comunicación y su manejo, así como cambios en los espacios privados y públicos; mediante dicha obra la autora hizo ver que “[...] en todos los órdenes de la vida, en lo social, lo político, lo económico, lo cultural, la perdida de certezas, el estallamiento de los grandes discursos y paradigmas otrora capaces de ofrecer respuestas acabadas a la dinámica social, dan lugar a un polémico debate” (1996, p. 27).

Con fundamento en la cita anterior se puede aseverar que la pérdida de las certezas sucede tras el desmoronamiento de todo lo socialmente

construido, hecho que lleva a una inminente transformación de la realidad social en la vida de quienes se encuentren afectados por algún evento inesperado. Por tanto, como menciona Reguillo, al momento de hacer un acercamiento a las repercusiones sociales ocurridas tras un evento devastador, las áreas directamente afectadas son los espacios físicos y sociales.

Del estudio de Reguillo se rescata la trascendencia que representa estudiar las consecuencias de un desastre. En dicha investigación se menciona que el estudio de casos de desastre es relevante, ya que estas nuevas perspectivas de análisis permiten observar los cambios ocurridos en la realidad social de los afectados por este tipo de eventos.

El desastre, según Reguillo “es un revelador de las contradicciones de la sociedad en la que se produce” (1996, p. 19). Es un revelador porque ante este tipo de hechos sale a la luz la vulnerabilidad de aquellos elementos susceptibles que como sociedad muchas veces no contemplamos. Y como menciona Reguillo “la contradicción es un constitutivo de la vida social” (1996, p. 22), por tanto, sea el evento que sea, y las consecuencias que presente, las contradicciones son hechos latentes en el escenario social. La construcción simbólica de la ciudad, parte del supuesto de que un acontecimiento como las explosiones del 22 de abril en Guadalajara alteró los marcos espaciotemporales cotidianos, cuya situación en el espacio social se vio amenazada. En este caso, se ilustró el desastre como el detonante que generó la transformación de lo cotidiano. Se dejó ver que el estudio de los desastres, ya sea desde un evento telúrico de origen natural o uno accidental, representa un espacio de incertidumbre en la esfera de la realidad sociocultural, teniendo presente que “el desastre acrecienta el conflicto, las luchas y las negociaciones por la definición legítima de los sentidos sociales de la vida” (1996, pp. 94-95); retomando el desastre como un ente transformador de todo constructo social y espacial ya establecido.

En otro contexto de la república mexicana se encuentra la obra de Raymundo Padilla (2006) quien analizó el caso del huracán de 1959 en Minatitlán, Colima. Dicha investigación además de establecer la visión retrospectiva de un fenómeno natural, haciéndola única en su clase, puso en tela de juicio las condiciones de vulnerabilidad social de

Minatitlán. Este evento generó uno de los mayores desastres documentados del occidente de México (recientemente), al abordar los desastres desde la perspectiva de las ciencias sociales y las ciencias exactas. Padilla (2006) justificó su investigación basado en las repercusiones sociales y el cambio histórico ocurrido después del 27 de octubre de 1959, fecha en la que el huracán y un deslave devastaron al pueblo de Minatitlán. El mismo autor indica que su obra es multidisciplinaria, en donde posterior a la experiencia del huracán, se narra la adaptación de los pobladores a dicha localidad con condiciones de alto riesgo.

El libro de Padilla enfatizó en la importancia acerca de la reconstrucción de la historia de un pueblo, décadas después de vivir un desastre. Asimismo, expuso las consecuencias en las generaciones posteriores y los recuerdos de dicha localidad con relación a este hecho. Aportó narraciones acerca del proceso de reconstrucción social y material de la población tras la experiencia del huracán. Metodológicamente la obra de Padilla denotó un enorme esfuerzo de investigación, una extensa búsqueda documental de material periodístico, gubernamental y científico.

De los ejemplos mencionados, se utilizaron los trabajos de Giglia (2000), Reguillo (1996) y Padilla (2006), porque en ellos se analizan los elementos espaciotemporales, luego de experimentar fenómenos naturales y humanos, los cuales han repercutido en la dinámica social de los afectados, aunque existen muchos otros estudios referentes a los espacios y desastres también dignos de ser utilizados como ejemplos.

Finalmente, según lo planteado por los autores antes mencionados, desde las perspectivas de análisis manejadas por los mismos, el contexto donde se situó esta investigación fue dentro del enfoque de los estudios socioculturales, y el eje conceptual fue el de los espacios sociales, lugar donde reposan los recuerdos, ideas e interpretaciones que suceden desde la experiencia de los espacios habitados. De esta manera, el estudio de los espacios sociales fue uno de los componentes más importantes de la realidad social abordada a lo largo de esta obra.

MEXICALI Y EL VALLE DONDE LA TIERRA SE SACUDE BAJO TUS PIES

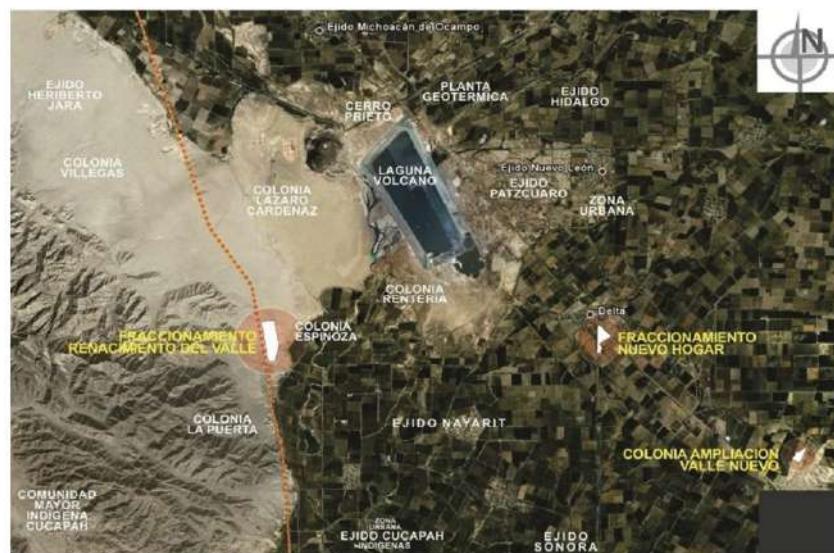
El día 4 de abril del 2010 cuando el reloj marcó las 15:40 horas del

tiempo local, se escuchó un estruendo. Como extranjero asentado en tierras mexicalenses, era inimaginable un evento sísmico de tal magnitud. En los segundos subsecuentes, la sorpresa develó que el ruido era el preludio de un terremoto que marcaría presencia en la historia de los sismos de la ciudad de Mexicali y su valle. Un hecho que también quedaría plasmado en la memoria de todos los que lo experimentamos aquella tarde de domingo.

A diez meses de la experiencia del terremoto, el día 12 de febrero del 2011, comenzó el reconocimiento de la llamada zona cero, mote surgido a partir de los estragos ocurridos por el sismo que devastaría principalmente al ejido Zacamoto y el Oaxaca, y en igual o menor medida, las zonas circundantes. Lo anterior guio la selección del contexto en donde realizar esta investigación en el valle de Mexicali, y no en la ciudad.

Se eligió trabajar en dos de los tres fraccionamientos construidos exclusivamente para la reubicación de los damnificados a causa del sismo, debido a la diversidad de las poblaciones de origen, las cuales alimentaron los nuevos fraccionamientos seleccionados para la investigación. En aquel entonces el tercer fraccionamiento “Ampliación Valle Nuevo”, iniciaba con la etapa de poblamiento, por lo tanto se trabajó con el “Renacimiento del Valle” y el “Nuevo Hogar”, primeras colonias donde se inició la reubicación de los damnificados. Cabe mencionar que los nuevos terrenos al igual que los ejidos anteriores, están situados geográficamente sobre un sistema de fallas geológicas, como las del Cerro Prieto, Laguna Salada, y el Valle Imperial^{[6][7][8][9]}.

Figura 27. Vista aérea de la ubicación geográfica de los fraccionamientos, creados para la reubicación de los damnificados por el terremoto del 4 de abril del 2010.



Fuente: Unidad de concentración y trasparencia del Indivi⁶.

Figura 28. Maqueta de la distribución de los espacios en el fraccionamiento Nuevo Hogar para los damnificados por el sismo del 2010.



Fuente: Unidad de concentración y trasparencia del Indivi⁷.

Figura 29. Maqueta de la distribución de los espacios en el fraccionamiento Renacimiento del Valle para los damnificados por el sismo del 2010.



Fuente: Unidad de concentración y trasparencia del Indivi⁸.

Figura 30. Maqueta de la distribución de los espacios en el fraccionamiento Ampliación Valle Nuevo para los damnificados por el sismo del 2010.



Fuente: Unidad de concentración y trasparencia del Indivi⁹.

Además de la existencia de fallas sismológicas, el municipio de Mexicali está asentado en una extensa zona desértica, con escasa vegetación y una alta sensación térmica, la cual se presenta la mayor parte del año. Estas características dificultan el contexto para obtener mejores condiciones para el asentamiento humano. La magnitud del sismo fue de 7.2 grados Richter. Según los informes del Servicio Geológico Estadounidense (usgs, por sus siglas en inglés) durante las 100 horas posteriores al sismo se habían registrado 2,101 réplicas, es decir, un temblor cada tres minutos. Respecto a los daños materiales y pérdidas humanas, explicaron que el terremoto tuvo como consecuencia dos personas muertas y decenas de heridos, además de puentes colapsados, daños estructurales en inmuebles, fracturas de tramos carreteros, así como incendios en la zona del valle y en la ciudad.

Según datos del Servicio Sismológico Nacional (ssn) el epicentro se localizó a 60 km al sureste del municipio de Mexicali, Baja California, sobre el sistema de fallas de Cerro Prieto. El evento pudo percibirse hasta 400 km de distancia del epicentro, sintiéndose en Tijuana, México, así como también en las ciudades estadounidenses de Calexico, San Diego y Los Ángeles, debido a que el sistema de fallas del Cerro Prieto es una prolongación de la falla de San Andrés en California, Estados Unidos. Según publicaciones dentro de los medios de comunicación (periódicos, radiodifusoras, televisión e internet), el jefe del ssn, Carlos Valdés, indicó que el sismo liberó una energía similar a 900 bombas atómicas, es decir, 900 veces similares a la explosión de Hiroshima.

Los daños estructurales en la ciudad implicaban vidrios rotos, grietas en muros y postes de electricidad caídos, además de daños a edificios institucionales, como a la unidad de posgrado y biblioteca central de la Universidad Autónoma de Baja California (UABC). Asimismo, la infraestructura en construcción de lo que iba a ser el nuevo estacionamiento del Centro Cívico se colapsó sin pérdidas humanas, y se resquebrajó el Hospital General de la ciudad. Hubo también fracturas en la carretera Mexicali-Tecate, a la altura de la Laguna Salada; en la carretera Mexicali-San Felipe, en el kilómetro 60, y en la que corre entre Mexicali y San Luis Río Colorado, Sonora; entre los poblados Guadalupe Victoria y Benito Juárez del valle de Mexicali. Es importante mencionar que el epicentro estaría localizado justo a la altura de estas dos comunidades.

En el Eje Central, cerca del Bosque de la ciudad de Mexicali, el deslizamiento de un depósito del Río Nuevo produjo una copiosa fuga de agua. En el valle, la producción de algodón y trigo quedó en riesgo por el desbordamiento de los canales de riego Tulichek y Nuevo Delta. En el ejido Sonora y la colonia El Vidrio, se inundaron 60 mil hectáreas de cultivos (Heras, 2010).

Sin embargo, debido a la fecha y hora en que ocurrió el sismo los daños fueron menores, ya que era periodo vacacional y fin de semana. Por ende, la actividad laboral era mínima. Esta particularidad representó una gran ventaja, ya que ayudó a evitar consecuencias más dramáticas. Otra de las ventajas fue que Mexicali no cuenta con muchas edificaciones que superan los cinco pisos de construcción. Por tanto, no

se registraron desplomes de este tipo de construcciones.

Según lo mencionado por Roberto Cuevas, arquitecto y perito en siniestros de la National Fire Protection Association (NFPA), de San Diego, California: “el subsuelo de Mexicali es muy favorable, pues es de resistencia de regular a buena, porque si el terremoto de 7.2 se hubiera suscitado en otro punto del [...] país, los daños hubieran sido visiblemente mayores” (Heras 2010, p. 35).

En comparación con otros eventos de igual magnitud, el terremoto ocurrido en esta zona del noroeste mexicano desencadenó consecuencias mínimas. Si se pensara, por ejemplo, en terremotos acontecidos en el mismo periodo en diferentes partes del mundo, como fueron los casos de Chile (8.8°), Sumatra (7.8°), China (7.1°) y en particular la capital de Haití (Puerto Príncipe), la cual fue sacudida por un sismo de 7.1 grados, en cuyo caso las víctimas superaron los 200 mil muertos.

Sin embargo, en el caso mexicalense, a pesar de la larga duración del terremoto (un minuto y medio) y de la magnitud (7.2°), las muertes fueron mínimas. No obstante, las réplicas continuaron durante varios días, a lo cual se sumó la pérdida de comunicación en las líneas telefónicas residenciales y de celulares que tenían poca o nula recepción. A esto se le añadió la falta de energía eléctrica, a consecuencia de los postes de alta tensión caídos, y la ausencia de suministros de agua y gas. Lo anterior dejaría a la comunidad mexicalense y a su valle, incomunicados, y sin el conocimiento de la trascendencia del evento, en algunos casos por horas y en otros por días. Finalmente, habría que añadir la escasez de alimentos, producida a raíz de las compras de pánico en los días posteriores al sismo.

Con el paso de los días, y paulatinamente, se reanudaron los servicios básicos, se observaron fisuras en las paredes, muros cuarteados, espectaculares derrumbados, daños en hospitales, escuelas, supermercados, negocios y viviendas, y mientras se creía que los daños no eran mayores. La falta de comunicación no permitía conocer que las localidades más afectadas se encontraban en las zonas ejidales del valle de Mexicali, donde hubo cuantiosas pérdidas materiales y se registraron grietas de gran tamaño, de donde emergían borbotones de agua sulfurada con olores fétidos. El sismo dejó a su paso lodo y grandes

surcos en la tierra, lo cual representaba un riesgo al momento del traslado de un lugar a otro, ya que tales surcos no eran visibles a simple vista, dada la cantidad de agua y lodo que continuaba brotando. Cientos de casas quedaron inhabitables por la caída y las cuarteaduras de las paredes, pisos y techos. Resulta un hecho sorprendente observar y darse cuenta de la forma en la que un sismo de poco más de un minuto de duración provocó tal impacto en la vida de los afectados.

La transformación del paisaje fue determinante, el espacio geográfico perdió identidad; donde antes había tierras de cultivo ahora había lagunas sulfurosas que no permitían la agricultura. Las casas se resquebajaron en segundos, entre la destrucción de los patios con plantas, las parcelas, y los recuerdos. El cambio fue total e inhibió cualquier posibilidad de reconstrucción de ese espacio.

Para muchas familias el sismo representó la pérdida de sus viviendas, situación que las orilló a recurrir a los albergues instalados por las instancias gubernamentales, debido a que gran parte de las viviendas fueron señaladas con el logo de inhabitables, por las mismas dependencias, debido a que se encontraban asentadas en un suelo sin firmeza a consecuencia del movimiento telúrico. Según los informes de Protección Civil, se registraron alrededor de 3,500 personas en los albergues. Muchas de ellas permanecieron hasta seis meses al amparo de las carpas, superando los climas extremos del verano mexicalense, así como las dificultades al momento del aseo personal o la preparación de alimentos, pero soportaron esta realidad mientras esperaban una respuesta del gobierno.

Figura 31. Espacio donde anteriormente se encontraba el parque del ejido Zacamoto.



Fuente: Colección personal, Carlos Romero, 4 de enero de 2012.

Parte del impacto físico que trajo consigo el sismo, resulta visible al observar que dichos espacios están en un acelerado proceso de deterioro, donde la vegetación se ha visto apagada por la ausencia de agua y cuidado. Terrenos donde antes existían parques, canchas de béisbol, salón social, escuelas, y templos religiosos, ahora sólo tienen los escombros que con el paso del tiempo se irán también desvaneciendo.

Figura 32. Espacio donde anteriormente se encontraba una cancha de basquetbol en el ejido Zacamoto.



Fuente: Colección personal, Carlos Romero, 9 de septiembre de 2017.

Figura 33. Escombros de la iglesia anteriormente ubicada en el ejido Zacamoto.



Fuente: Colección personal, Carlos Romero, 4 de enero de 2012.

Es de gran impacto cuando se reconoce lo que un sismo de una duración de poco más de un minuto, convirtió en polvo y en pedazos de concreto, los años de sacrificio y trabajo comunitario invertidos por los residentes, para construir espacios comunes donde ellos convivían, se entretenían y expresaban sus dogmas de fe.

Figura 34. Escombros de la iglesia en el ejido Zacamoto, a siete años del sismo.



Fuente: Colección personal, Carlos Romero, 9 de septiembre de 2017.

Figura 35. Vista de lo era el parque de diversiones, después de haber sido afectado a consecuencia del terremoto en el ejido Zacamoto.



Fuente: Colección personal, Carlos Romero, 4 de enero de 2012.

Figura 36. Espacio donde anteriormente se situaba el salón social del ejido Zacamoto, ahora convertido en escombros.



Fuente: Colección personal, Carlos Romero, 4 de enero de 2012.

Figura 37. Parte del terrero donde anteriormente se situaban algunas de las viviendas del ejido Zacamoto.



Fuente: Colección personal, Carlos Romero, 9 de septiembre de 2017.

Frente a la imposibilidad de volver a sus viviendas y luego de la experiencia en los albergues, los damnificados fueron reubicados en los nuevos fraccionamientos construidos específicamente para ellos, terrenos nombrados como Renacimiento del Valle, en el poblado La Puerta (con 1115 lotes), Nuevo Hogar en el ejido Oaxaca (con 386 lotes), y Ampliación Valle Nuevo en el poblado Guadalupe Victoria (con 219 lotes). Dichos espacios no ofrecerían las condiciones equiparables a las anteriores al terremoto, pero han sido un gran aporte para aquellas familias que lo perdieron todo [ver anexos 5, 6 y 7].

Sus relaciones sociales se vieron alteradas, generando cambios al interior de su cotidianeidad. Además de las nuevas condiciones de vida, en un contexto urbanizado, los damnificados se enfrentaron al detrimento de sus actividades laborales y agropecuarias, ya que el sustento de cientos de familias dependía de lo producido en sus parcelas, o bien, gracias a la venta de animales de granja y sus derivados. Un impacto directo a la economía de muchas familias, debido a la pérdida de los medios de subsistencia, situación que generó una cadena de eventos que a mediano o largo plazo alcanzó cierta tensión, en el aumento de la escasez, y por ende de las necesidades.

Tras la presencia de un sismo de alta magnitud, no sólo se observan consecuencias en términos de daños materiales, sino también se visibilizan aspectos que van más allá de todo lo cuantificable. Un sismo

afecta a quienes lo experimentan material, social y emocionalmente, es por eso que el manejo de dicho tema desde el enfoque sociocultural resulta como la manera más adecuada para el abordaje.

En toda investigación el contexto es uno de los pilares básicos al momento de buscar entender y comprender hechos de la realidad sociocultural. Los detalles sobre el tiempo y el espacio presentados en este capítulo, permiten conocer el lugar donde se efectuó el trabajo de campo de esta investigación, con sus características particulares, así como el proceso por el cual el sismo se formó y transformó. En las siguientes fotografías se presentan parte de los nuevos espacios que han sido creados para los damnificados del sismo[10][11][12].

Figura 38. Anuncio del proceso de reconstrucción de la carretera de acceso al ejido Nayarit y colonia La Puerta.



Fuente: Colección personal, Carlos Romero, 26 de febrero de 2011.

Figura 39. Anuncio del proceso de reconstrucción de la carretera de acceso al ejido Oaxaca y el ejido Nuevo León.



Fuente: Colección personal, Carlos Romero, 12 de febrero de 2011.

Figura 40. Entrada al fraccionamiento Nuevo Hogar.



Fuente: Imagen proporcionada por la unidad de concentración y trasparencia del Indivi¹⁰.

Figura 41. Primeras viviendas construidas en el fraccionamiento Nuevo Hogar.



Fuente: Imagen proporcionada por la unidad de concentración y trasparencia del Indivi¹¹.

Figura 42. Fraccionamiento Renacimiento del Valle.



Fuente: Colección personal, Carlos Romero, 4 de enero del 2012.

Figura 43. Primeras viviendas construidas en el fraccionamiento Renacimiento del Valle.



Fuente: Imagen proporcionada por la unidad de concentración y trasparencia del Indivi¹².

Figura 44. Proceso de pavimentación en las calles del fraccionamiento Nuevo Hogar.



Fuente: Colección personal, Carlos Romero, 5 de enero de 2012.

LO QUE EL TERREMOTO NOS DEJÓ

A partir de las experiencias narradas por cada uno de los entrevistados, la tarea fue conocer cómo sucedió la experiencia del terremoto del 4 de abril del 2010, y en qué manera aconteció el traslado de los espacios anteriores al nuevo lugar de residencia. De esto fueron recuperados los elementos tangibles e intangibles mencionados por las familias según sus narraciones, para posteriormente tejer el proceso en el cual se ha dado la readaptación desde un espacio ya construido y establecido, a uno totalmente nuevo y en proceso de urbanización.

Hablar de los recuerdos de un hecho tan estremecedor como un sismo

es complicado, porque el papel de la temporalidad es un factor que influye al momento de la narración. La reconstrucción de los recuerdos y la subjetividad dependerán del momento en que se desarrolle. Al momento de analizar una narración son reconocibles las vivencias del otro, además de las características y detalles del grupo donde se sitúa la persona que narra. La voz de un individuo llevará el reflejo de las demás.

Un claro ejemplo de esto es el escrito que doña Paty compartió, como un elemento a incluir en el desarrollo de este trabajo. Ella comentó que pasados unos días del sismo, tomó un cuaderno y plasmó parte de su experiencia en unas cuantas hojas, expresando el impacto del terremoto en su cotidianeidad y en la de su familia. Se pueden leer algunos de los fragmentos de dicho escrito:

Zacamoto, mi comunidad pequeña como de 300 habitantes, con 69 años de fundación, este domingo 4 de abril me cambió la vida. Era el fin del mundo. Me volvía loca, desesperada, viendo la tierra volverse una culebra partiéndose en grietas y brotando agua por todas partes. Saliendo volcanes de arena, gente gritando, niños llorando. Todos empezamos a salir corriendo de nuestras casas, buscando un lugar más seguro. Las carreteras estaban todas agrietadas, no podíamos pasar, había corrientes de agua. La desesperación de la gente se dejaba ver en todos, yo lloraba y rezaba, pensaba que no íbamos a salir nunca de esto que estábamos viviendo, me faltaba uno de mis hijos y su familia, no sabía para dónde habían corrido, mi desesperación era grande. Cuando nos pudimos reunir con ellos y todas las demás familias, fue hasta otro día. Nuestros llantos se juntaron en uno solo, no podíamos contenernos de llorar. No, no había palabras ¡Habíamos perdido todo! Casa, muebles, ropa. Toda nuestra comunidad se destruyó, nos encontramos todos a la orilla de la carretera que conduce a San Felipe.

Ante las sensaciones de desesperación y angustia en aquel momento, en donde cientos de familias se vieron obligadas a buscar un refugio para pasar la noche de aquel 4 de abril, luego de horas de consternación y desolación, doña Paty cuenta que los residentes de varios ejidos se instalaron a las orillas de la carretera a San Felipe, con intención de resguardarse de la caída de árboles o construcciones, evitando más riesgos ante la repetición de un sismo de igual o mayor magnitud. Cada familia tomó de sus viviendas lo que alcanzó a salvar y salieron en busca de un lugar seguro y confiable.

Así empezó la *etapa de los albergues*, en donde los afectados por el sismo pensaban en instalarse solamente por unos días en dichos lugares, para luego regresar a sus viviendas anteriores. Sin embargo, en el transcurso del tiempo, los representantes del gobierno estatal indicaron que el regreso a las casas ya no sería posible, debido a que se

encontraban en condiciones inhabitables. Esta noticia los obligó a permanecer en los albergues, en espera de alguna respuesta por parte de las instituciones gubernamentales. En la mayoría de los casos, los desplazados por el terremoto no tenían una opción adicional donde instalarse, sólo las carpas que había colocado el gobierno. Al respecto doña Paty continúa su narración describiendo lo siguiente:

Una persona nos comunicó que en la colonia La puerta se estaba levantando un albergue para las familias afectadas por el terremoto. Todos nos movimos para ese lugar el día 5 de abril, nos instalamos en el albergue durmiendo en nuestros carros, [nos sentíamos] desorientados por lo que mirábamos. Yo a ratos pensaba que no podía ser cierto todo lo que miraba.

Los primeros apoyos no se hicieron esperar, el espíritu solidario y la respuesta de los cachanillas^[13] se dio de forma inmediata. En el mismo sentido las ayudas de familiares y amigos de otros estados de la república mexicana, así como del lado de los Estados Unidos se hicieron presentes de forma rápida.

Personal del DIF^[14] ofreciendo comida, todos hacíamos fila para alcanzar una leche con unas galletas al tercer día del terremoto. Los primeros apoyos que nos llegaron [fueron] de nuestros amigos y familiares, empezaron a llegar todos de California y Mexicali, todos buscándonos con preocupación, porque en realidad los que nos han dado la mano son nuestra gente. En esa misma semana regresamos a Zacamoto a tratar de sacar algunas pertenencias, pero era imposible. Todo estaba inundado. El poblado quedó devastado, las autoridades nos prohibieron entrar, Regresábamos al albergue tristes y preocupados por no poder hacer nada, estábamos todavía en el albergue y ya habían pasado más de dos meses.

Las autoridades nos habían prometido otro lugar para vivir pero seguíamos esperando, durmiendo en casas de campaña, el calor era insoportable, niños y adultos nos enfermamos de vómitos y diarreas, pero nadie se anima a regresar a Zacamoto. Las casas tienen letreros rojos de: *No habitables – Hay Peligro*, la tierra está contaminada, los árboles y otras plantas se secaron. ¡Ya se le dice el pueblo fantasma! Nos visitaban periodistas de diferentes partes y países, buscando sacar sus noticias, es de la manera que en otros países se han enterado de lo que en realidad nos pasó.

Las experiencias objetivas pueden asemejarse a las de orden subjetivo. Sin embargo, las primeras están sustentadas en acciones tangibles y demostrables, mientras que las segundas son únicas y personales, según sea el proceso de asimilación y comprensión de la persona que las experimenta. Por tanto, la subjetividad puede entenderse como el cúmulo de sentimientos de pertenencia, arraigo e interpretación de la realidad, que una persona genera a partir de los elementos tangibles que lo rodean. Al respecto, Berger y Luckman (1966), han explicado que la realidad se construye socialmente basándose en el conjunto de hechos

externos y materiales que rodean al hombre. Así, ellos analizan la sociedad como parte de una realidad objetiva y de una subjetiva, donde lo objetivo es todo lo concreto y lo subjetivo todo aquello interpretado e interiorizado.

En el caso del terremoto, la experiencia de las pérdidas materiales representa el factor objetivo. Del mismo modo, sentimientos como el miedo, la incertidumbre, la angustia y la nostalgia, se agrupan en los llamados elementos subjetivos. Ante la experiencia vivida, los sentimientos de inconformidad, desamparo, incertidumbre y desolación, emergieron en los involucrados en el sismo. El carácter objetivo del terremoto dejó una impronta en la vida de cientos de familias, como un recuerdo que trae sus momentos de dolor, tristeza, y angustia, además de añoranzas de su modo de vida anterior. Dichos sentimientos conformaron la experiencia traumatizante para estas familias, que se vieron obligadas a una inminente separación de sus lugares de origen y de sus espacios sociales asimilados e introyectados en su cotidianidad, luego de tantos años de residencia en sus ejidos anteriores.

Las vivencias originadas tras la pérdida de aquellos elementos tangibles, adquirieron valores y sentimientos únicos en cada uno, dejando entrever la carga emocional adjudicada e interpretada por ellos luego del suceso.

En el caso de doña Paty, temas como: *la esperanza y los anhelos de recuperar sus viviendas y sus dinámicas de vida anteriores al terremoto*, fueron evidentes. Sin embargo, después del 4 de abril nada fue igual en la vida de doña Paty, porque al cumplir más de tres meses dentro de los albergues, asimiló la magnitud y la vulnerabilidad en que se encontraba su vida y la de sus familiares. Y no sólo ella, sino también cientos de familias del valle se vieron ante el desamparo de sus hogares y de sus realidades cotidianas, quedando sin todo aquello que cada familia construyó durante largos años de esfuerzo y dedicación.

A sólo unos meses del sismo, el ejido anterior se encontró rayado con *grafitti*, donde según los habitantes han sido “los chamacos traviesos y sin oficio”, quienes iban a recorrer las secuelas del sismo, pintando la frase: “pueblo fantasma”, en las pocas construcciones que quedaron de pie. Dicha acción produjo una aflicción en el estado de ánimo de los moradores, al darse cuenta que el deterioro y el abandono avanzaba

velozmente en sus terrenos anteriores, un hecho que les hizo ver que la posibilidad de regresar a su morada anterior era una opción cada vez más alejada de sus posibilidades.

Figura 45. Infraestructura donde anteriormente se contaba con un jardín de niños en el ejido Zacamoto.



Fuente: Colección personal, Carlos Romero, 4 de enero de 2012.

En la figura 45 vemos que la pared, de lo que antes era una escuela en el ejido, se convirtió en un pizarrón para el desahogo emocional de algún ex residente, quien utilizó dicho espacio como lienzo para rebautizar al ejido como “El pueblo fantasma”.

Figura 46. Vista del espacio donde anteriormente existía el salón social del ejido Zacamoto.



Fuente: Colección personal, Carlos Romero, 15 de marzo de 2011.

En la figura 46 se reconocen los daños materiales provocados por el sismo, en lo que solía ser el salón social en donde acontecieron:

nacimientos, bautismos, cumpleaños, bodas, fiestas patronales, aniversarios y festividades entre todos los vecinos. Los mismos que despertaron una serie de recuerdos, los cuales no han sufrido daños.

Las acciones de apoyo entre vecinos del mismo ejido y de los residentes de la ciudad de Mexicali fueron fundamentales, debido a que se recibieron con inmediatez. Como ellos mismos mencionaban, “unos a otros se echaban la mano”, rescatando lo más que podían de sus viviendas anteriores, en especial aquellas pertenencias de gran utilidad: como abrigos, muebles, documentos personales, artículos electrónicos, etc. Pero la pregunta que todos se hacían en el momento era: “¿y ahora, dónde viviremos?”, dando paso a los elementos intangibles o emocionales que acompañarían a los damnificados a lo largo del proceso de asimilación y reubicación. Tras esta investigación se logra afirmar que la experiencia del terremoto no sólo trajo pérdidas del patrimonio material de las familias, sino en el mismo grado de importancia fueron trastocados los factores emocionales y afectivos, los cuales se han manifestado una y otra vez, mostrándose en la experiencia y en la realidad de cada uno de los residentes del valle, a través de la narración colectiva.

El centenar de familias no sólo se quedó sin un techo donde resguardarse, también perdieron cultivos y parcelas, donde tenían sus hortalizas y plantas de cítricos, además de pichones, puercos, becerros y otros animales, que criaban para su venta o consumo personal. Aquellas familias que estaban a la espera de las cosechas de sus productos agrícolas, perdieron la totalidad de sus siembras, endeudándose con los bancos, pues de ahí obtenían el financiamiento para invertir en la producción agrícola. En suma, se quedaron sin sus casas, arraigos, seguridad y modos de vida.

La nueva dinámica social que se presentó en estas familias estuvo marcada por incertidumbres y cuestionamientos. La única opción y esperanza para muchos fue tener fe, implorando para que todo mejorara con el paso del tiempo.

A pesar de las adversidades que sobrellevaron estas familias, el compañerismo entre todos los ejidatarios nunca menguó, ya que todos colaboraban en mantener un espíritu esperanzador para seguir con las mejores condiciones posibles. La cooperación, solidaridad, amistad y

empatía entre los habitantes del valle, no escasearon, a pesar de la tristeza y desolación que los inundaba. Fueron estos sentimientos de apoyo mutuo los que contribuyeron a sobrellevar esta experiencia de vida. Al respecto, doña Paty expone:

Yo me siento cansada, desilusionada de andar corriendo detrás de las personas del gobierno, buscando información de cuándo nos van a dar nuestras casas, pero siempre nos dicen lo mismo, nos hacen andar entregando documentos, buscándonos en los listados, pero la respuesta es la misma. Nos tenían paralizados aquí en el campamento del albergue, tristes en ocasiones, llorando... yo la verdad me siento muy deprimida, quisiera poder volar, correr lejos, pero no puedo. Me dejo caer en una silla y duro rato para poder levantarme, pensando, pero a la vez con mi mente en blanco.

Es tan duro haber perdido parte de nuestra casa y estar pensando si el gobierno nos va a dar otra, o si vamos a calificar [refiriéndose a ser candidatos a recibir nuevas casas]. Si sí o no íbamos a salir en los listados de apoyos totales, pero mientras que esto sucede los días siguen pasando, y todos los que aquí estamos, seguimos aguantando.

Desde el día del sismo la participación ciudadana fue inmediata y constante; en cambio, las respuestas del gobierno ante la situación de desamparo de las familias damnificadas no les brindaban certidumbre. Mientras esperaban solución, las familias desamparadas fueron adaptándose al albergue. Familias enteras no tenían más opción que instalarse bajo las carpas que colocaron los representantes del gobierno. Pero el calor del desierto endurecieron los días con temperaturas cada vez más elevadas. Aunado a ello, la precaria posibilidad para el aseo personal, el lavado de las ropas y de los utensilios de cocina, provocó enfermedades estomacales como diarreas, vómitos y dolores de cabeza. Se estaba dando una apropiación del espacio en el albergue, el cual en aquellos momentos fungía como el único refugio, mientras esperaban alguna respuesta favorable a su situación. Siguiendo con la narración de doña Paty, ella expresa:

¡El calor nos llegó por completo! Estamos en el mes de junio, varias familias empiezan a retirarse, no soportaban el calor. Nosotros seguimos en el albergue. ¡Aquí es nuestra esperanza de hacernos de una casa! Los temblores no se quieren retirar, sigue temblando. A mí me empieza a preocupar el estado de mi hija Adriana, dentro de unas semanas va a dar a luz, es que está esperando un bebé. Su esposo está construyendo un cuarto de madera para protegerlos del calor. El padre de nuestra iglesia nos donó madera para levantar unos cuartos, fueron algunas familias las beneficiadas; y nos seguían visitando periodistas de diferentes partes que quieren saber cómo nos encontramos.

Para este momento tenemos aquí cuatro meses mi nieta ya nació. Dios nos mandó una nueva vida dentro de todo esto que estamos pasando. La fe de Dios de esta nueva vida

me demuestra que Dios nos ama, que nos tiene preparado algo mejor. Así seguimos en este campamento con calores, aires, lluvias, pero todos unidos. Los que aquí nos encontramos hemos aprendido a vivir y compartir con los demás. Nuestro gobierno no nos ha dejado solos, nos provee de lo necesario. Y ya están empezando a preparar el terreno donde van a construir las casas. Y así empezamos a tener esperanzas.^[15]

En dicho contexto son pertinentes los aportes de Pierre Bourdieu (2003), quien afirma que para comprender las interrelaciones socio-afectivas y el papel de la naturaleza, habría que explicar la importancia del entorno en que se desenvuelven las relaciones sociales. En el mismo sentido, Manuel Castells (2008), también hace mención de lo relevante de la carga simbólica de una estructura, sea urbana o rural, ya que sólo puede desentrañarse a partir del análisis de la apropiación social del espacio. De esta manera, ambos autores aclaran que el espacio se construye gracias a la acción que los individuos realizan, influenciados por los elementos tangibles que los rodean.

En el caso de la transformación obligada a la que se enfrentaron los afectados por el sismo, el detrimento de edificaciones como las viviendas, iglesias, escuelas, parques públicos, e incluso el salón social en el caso del ejido Zacamoto, implicó consecuencias directas en las fuentes laborales e ingresos económicos de cientos de familias. Estas pérdidas llevaron a una ruptura dentro de la organización social que se tenía establecida dentro de la cotidaneidad de los habitantes del valle.

Sin embargo, las consecuencias han ido más allá de lo material, ya que representaron alteraciones directas en el estado emocional de las vidas de los aquejados, como el estrés, la falta de sueño, el miedo, la falta de trabajo y de un sustento económico estable, situación que los obligaba a depender de las donaciones y solidaridad de la gente que enviaba sus apoyos. No obstante, la incertidumbre acerca del tiempo en que tendrían que vivir bajo estas circunstancias se convertiría en un nuevo elemento intangible al interior de la *nueva cotidianidad*.

La experiencia de vivir en espacios temporales, como en los albergues, produjo que ciertas actividades y prácticas sociales fueran tomando cotidaneidad. Debido a que alcanzaron meses, no dejando otra opción más que la de sobrellevar dicha situación e ir acomodándose dentro de sus posibilidades. Después de cuatro meses en las mismas condiciones, las familias se las ingenian para hacer, en la medida de lo posible, la estancia lo más cómoda. Aunque los damnificados iban adaptándose en

el albergue, los sentimientos de impotencia, irritabilidad y desesperación continuaban, ya que faltaba una respuesta certera, creando sensaciones de temor, al imaginarse sobreviviendo el verano extremo bajo dichas condiciones. En el caso de doña Paty, la situación de su hija, quien estaba próxima a dar a luz, los obligó a asimilar la llegada de un nuevo integrante de la familia, quien nació tres meses después de la estancia en el albergue. La nieta de doña Paty fue bautizada con el nombre de Abril, en alusión a las circunstancias que implicó su nacimiento en el albergue a raíz de haber quedado desplazados tras el sismo de abril de 2010.

Figura 47. Doña Paty con su nieta Abril, 7 años después del sismo.



Fuente: Colección personal, Carlos Romero, 9 de septiembre de 2017.

En los meses posteriores al sismo, el sentimiento de confianza y seguridad ante el obtener un espacio propio se hizo tangible. Para el mes de agosto las autoridades de gobierno anunciaron las entregas de viviendas para aquellas familias que perdieron su terreno y casa a consecuencia del sismo. La única condición era demostrar que eran los dueños legítimos de sus propiedades anteriores.

A diferencia de doña Paty, doña Graciela residía en el ejido Guerrero, se dedicaba al hogar, y al apoyo y cuidado de la cría de ganados junto a su marido. Luego de habitar en un extenso terreno con una casa espaciosa en el ejido anterior, ahora vive en el fraccionamiento Nuevo Hogar, ubicado en las cercanías del ejido Oaxaca. En comparación con doña Paty, doña Graciela no vivió la experiencia del albergue, ya que permaneció en casa de su madre antes de ser reubicada. Sin embargo,

el cambio también influyó en sus dinámicas de vida a nivel personal y familiar; sobre el momento del terremoto relata:

Fue inolvidable ese día, pues mire, cuando sucedió el temblor yo cuidaba a mi mamá, porque mi mamá se había quebrado la cadera y a mí me tocaba unos días ir a cuidarla, los fines de semana, y pues estaba muy bonito el día. Como mi mamá ya tiene su edad, siempre yo escogía los días así para meterla a bañar. Ese día yo le dije: está muy bonito el día y te voy arreglar el día para meterte a bañar. Y la metí a bañar pues y ¡Por Dios Santo!, que él sabe que no te estoy mintiendo, que cuando la metí al baño, fue como si yo hubiera presentido algo porque yo pensé: ¿qué iba pasar si llegaba a temblar o algo? Y fijese que a mi mamá, después de que se rompió la cadera, mis hermanos le hicieron un baño especial para ella, pues fijese que no le gustó. Nunca le gustó ese baño y siempre la bañaba en el otro porque ella decía que su baño le daba miedo, porque decía que se podía resbalar. Decía eso por el azulejo, porque le parecía muy resbaloso. Y ese día le calenté el agua y la acomodé en el baño, pero desde que la acomodé no sé porque sentí miedo y le dije: mamá no te acerques a la puerta, porque la puerta ya estaba toda fea y estaba nomás sobre puesta, y como pude atoré la puerta y fue cuando me iba de ahí que me agarra el temblor, y estaba hincada así, pero se estremecía así la desta. Y le dije yo a mi mamá, y le grité: ¡mamá no te muevas que ahorita voy para allá! Pero como el estruendo era mucho y había demasiado movimiento, y el niño [su nieto] bien pegado conmigo y me jalaba porque estaba muy asustado y le dije yo: ¡mijo suélteme que voy por tu nana! Y que cuando llego a la cocina todo el traste caído y pues ya no pude entrar por ahí. Y no supe si todo el estruendo fue por los trastos que se cayeron o por el mismo movimiento... y por eso me di la vuelta y entré por la sala pero yo estaba desesperada, porque ella ya me gritaba, me decía: ¡mija, está temblando! Y yo decía ¡Pues obvio, está temblando! Pero pues el niño tampoco me soltaba, me jalaba la ropa, y le decía yo: ¡hijo, híncate que voy por tu nana!. Pero el niño no entendía y en eso fue que ya vi a mi hermana saliendo a la carretera. Y en eso le grité que venga a ayudarme que a mi mamá la tenía en el baño y que me ayuden con ella, porque yo sola no iba venir con ella, y así fue que ya me metí corriendo y el niño se salió corriendo con su mamá y así fue que yo ni sé cómo fue que pasaron las cosas. [Por] que yo nomás busqué con qué tapar a mi mamá y fue que agarré unos trapos que mi mamá acostumbra a ponerle a los sillones. Y tiemble y tiemble y pues para eso ya estaba también un librero en el piso, y en eso llegan un sobrino y la sobrina agarrando a mi mamá y yo nomás les dije: ¡cúbranla!, y les pasé los trapos y así ya se metieron los dos y la sacaron en brazos y ya ahí afuera ella tiemble y tiemble de frío. Y eso fue lo que a ella se le quedó muy grabado y se pone muy renuente, a veces que me dice: mija no me quiero bañar... y ¿si tiembla?. Porque ya tiene 86 años y luego como que tiene Alzheimer... pero eso sí lo recuerda mucho. Y eso lo recuerda cada vez que se va a meter a bañar y a todos nos dice lo mismo... Y yo, fue eso lo que hice ese día y todos muy asustados. Y ya lo que hicimos después fue irnos a la orilla de la carretera porque ahí había mucho patio y como mi hermana vive al lado y los vecinos también andaban ahí en el patio, donde no había mucho peligro, y entonces fue que ya se miraron, ahí a un ladito de nosotros que salió un brote de agua que salía con arena y salía lenta la arena pero si se hizo un buen charco. Y pues sí, seguía temblando y temblando y pues yo decía que ocupábamos cosas, pero pues todo lo teníamos que sacar de adentro, que la luz de mano, que el radio y cosas así, pero como ya ve, no hubo ni celulares ni de radio, nada, ni luz eléctrica y estuvimos todos incomunicados. Y pues por lo que ocupábamos íbamos adentro, pero ya como en la noche que seguía que tiemble, tiemble y tiemble y ya fue que tuvimos que quedarnos afuera.

Ante el cuestionamiento sobre el estado en que quedó su casa después del terremoto, explica:

No, pues no se cayó, pero se hundió. El terreno se hundió, está ladeada [la casa] y lo que es la cocina quedó en un hoyo grande, porque ahí en la cocina se abrió un hoyo así, y pues toda la loseta se levantó. Y lo que es el comedor quedó en desnivel, y no sé si bajó o si el terreno se haya asentado en alguna parte, y aquí se haya levantado o cómo fue, y en medio de las paredes había un brote de agua, y las paredes se abrieron y se separaban. Y aparte, alrededor de la casa había muchos brotes de agua, como 12 brotes de agua en todo alrededor. Y yo tenía como una huertita como con 10 arbolitos ahí enfrente de mi casa. Y yo creo que se debe al brote de agua que se haya secado. Porque mi casa está un poco alta y abajo estaban los árboles y los regábamos con agua del canal y ahorita ya están al nivel de la casa, ya quedó al nivel de la casa el terreno y el patio y todo ya, si muy raro todo. Y lo mismo pasó con la calle. Porque la calle estaba abajo y ahora ya está arriba, es lo que yo no entiendo y es lo que no sabe uno, porque aquí subió y allá bajó.

Figura 48. Casa anterior de doña Graciela en el ejido Guerrero.



Fuente: Colección personal, Carlos Romero, 9 de abril de 2012.

Figura 49. Vivienda anterior de doña Graciela en el ejido Guerrero.



Fuente: Colección personal, Carlos Romero, 9 de abril de 2012.

Figura 50. Antigua casa de doña Graciela en el ejido Guerrero.



Fuente: Colección personal, Carlos Romero, 9 de abril de 2012.

En la visita a la vivienda de doña Graciela, después de dos años de transcurrido el sismo, continuaban visibles las huellas que dejó el terremoto en su vivienda, como paredes agrietadas y separadas entre sí, el piso y los cimientos hundidos por partes, con algunas secciones levantadas.

Como en el caso de doña Paty y doña Graciela, la realidad cotidiana en la cual estaban inmersas quedó como un recuerdo en sus vidas. Pese a ser de ejidos diferentes, y sin conocerse, ambas experimentaron

emociones similares. Estos dos casos demuestran que los cambios y las alteraciones en sus dinámicas están en la misma línea de cuestionamientos y modificaciones. Ambas también estuvieron condicionadas a la misma situación de reubicación, siendo obligadas a reiniciar en un nuevo escenario, con espacios más reducidos y urbanizados. Otro de los casos en el terremoto es el de don Andrés, quien narra lo siguiente:

No pues, era día domingo y estábamos con la familia, ahí en la casa. Allí estaban mis hijos, mis nietos y todos, y pues estábamos platicando adentro de la casa cuando se vino el terremoto ese. ¡Y una corredera para donde quiera!, y pues yo me quedé adentro. Mi esposa y mis hijos se salieron con mis nietecillos y cuando empezó más recio, pues todos ya estaban en el suelo tirados [ríe al recordar cómo la gente perdía el equilibrio y se caían al suelo], los tumbó el movimiento de la tierra, ¡sí!, y ya empezó a abrirse la tierra y a salirse el agua de abajo. Me asusté porque todo el tiempo cuando temblaba nomás lo sentía desde adentro de la casa y decíamos: ahorita va a pasar. ¡No! Pero cuando ya duró rato y no paraba ya no me gustó. No, pues esto ya va para largo, dije. No, pues ya es mucho, dije, y sí me asusté. Porque me quedé adentro y ya sabrás cómo se hacía la casa, y luego las paredes se iban y venían, y luego la tierra se veía bien feo abajo. Se agrietó la tierra y se abrieron las parcelas y todo eso, ¡y se puso bien feo! Había grietas que atravesaban las casas por abajo, y ahí conmigo también se hizo un hueco y cuando se llegó el agua, porque se reventó el canal, se vino toda el agua, pues, y aparte la que salió de abajo, como de volcancitos. Se iba el agua para abajo, y todavía como a los días que estaba en el albergue, fuimos a la casa y teníamos todavía el agua potable. Y creímos, pensábamos, pues, que iríamos a lavar los pisos, pero toda el agua que se tiraba se iba por debajo de la casa, por los cimientos.

Sobre el estado de su casa, don Andrés comenta:

No sirvió ya. Ya la estoy tumbando, ya casi termino de tumbarla toda ya. No, pues y se cayeron muchos postes de la luz y muchas casas se hundieron por allí y pues duramos sin luz mucho tiempo, por eso nosotros ya fuimos al albergue luego, luego. Muchos carros se hundieron, y más los que estaban en las casas particulares, se hundieron y tuvieron que sacarlos con un tractor. Primeramente, nos venimos para acá con mi hija en el [ejido] Oaxaca, nos venimos todos ahí con ella, y allí estuvimos como tres días, durmiendo afuera. Y de ahí ya que hicieron el albergue y todo, nos cambiamos para allá y ya después pusieron esas cosas blancas (carpas). Duramos un tiempo allí y las cerraron. Duramos un tiempo y al rato ya llegó el ejército con muchas de esas casas verdes que pusieron por allá... sí de esas casas de campañas, pero, ¡grandotas! Pusieron como unas 14 casas, de esas armables pues, y ahí ya empezamos a quedarnos adentro y allí dormíamos en el zacate del parque, con unas cobijillas... nomás así. Ya después vinieron los del ejército y trajeron colchonetas, trajeron camitas de por allá del sur, ¡sabe de dónde fregados se nos mandó! Que nos mandó por allí, una empresa, mandó varias en un tráiler y ya nos empezaron a dar a cada quien las camillas esas.

Sobre las pertenencias rescatadas, don Andrés narra:

[Salvamos] el refrigerador, la cama, la lavadora y la estufa. Porque luego subieron las cosas para arriba los plebes [haciendo alusión a sus hijos] para que no se mojaran. El refrigerador lo subieron en una llanta y también eso fue lo que rescatamos nomás. Las ropas, todo se echó a perder y los papeles y todo que teníamos por ahí. Sí, todo eso se nos perdió entre el agua, y así pues, los trastes, todo el trastero se cayó, toda la loza se quebró y lo de vidrio y todo eso, todo eso se quebró y no quedó nada de eso. Nomás que después ya lo volvimos a comprar, ya que nos venimos para acá, ya empezamos a comprar otra vez trastes y todo eso.

En el caso de don Andrés, quien recuerda el terremoto como una de las experiencias más aterradoras que ha vivido, ya que estaba acostumbrado a temblores ligeros y de corta duración, mientras que el del 4 de abril fue severo, y hasta violento. Al inicio de la experiencia, llegó a pensar que sería breve, pero al intensificarse, reconoció que era de mayor gravedad, generando en él sentimientos de pavor y angustia, al ver en peligro su vida y la de su familia.

El terremoto representó un hecho impactante y abrumador para la vida de don Andrés, así como para miles de personas más ante la misma experiencia. Las secuelas no sólo generan sentimientos de asombro y extrañeza, la vida adquiere otro sentido tras observar que en cuestión de segundos hay una amenaza de muerte. Recordando la vulnerabilidad de los seres humanos ante las manifestaciones de la naturaleza. De este modo, como lo han dicho los entrevistados “se les dio una segunda oportunidad”.

Las narraciones de doña Paula, doña Graciela, doña Paty y don Andrés, son testimonio de lo que sintieron cientos de familias del valle de Mexicali, y de la ciudad de Mexicali. Sin embargo, en el valle, estas familias fueron testigos del desmoronamiento de sus patrimonios creados con años de esfuerzo. La magnitud del fenómeno natural dejó una huella profunda en la memoria de cada uno de ellos, pues haber visto la tierra abriéndose en extensos surcos, cimientos de concreto levantándose, rompiendo y resquebrajando los canales de riego, así como sus viviendas columpiándose, y sus cultivos inundándose con las aguas fétidas que emergían del subsuelo, les dejó recuerdos e imágenes tristes, además del inevitable cambio en su cotidianeidad, forzándolos a una inevitable resignificación de sus vidas sociales, personales y materiales.

Aunque únicamente son presentadas las narraciones de cuatro actores, con esto es posible aproximarse a la experiencia de las familias que

ahora residen en los nuevos fraccionamientos, constituyendo una proyección del colectivo, ya que en el caso de todos los que han experimentado el terremoto han llegado si no a perder un bien material, sí un bien de tipo social y cultural.

Don Andrés afirma que después de vivir en el valle y de la presencia de temblores por más de cinco décadas de su vida, para él y para muchas otras personas residentes de la zona, los temblores ya eran vistos como parte de la rutina, por decirlo de alguna manera; conviviendo con esa realidad, y es entonces cuando don Andrés recuerda:

Allá como en el ochenta y dos, o en el ochenta creo fue, hubo uno fuerte, el más grande como este. Que hasta las vías del ferrocarril se enchuecaron y se elevaron, hacia como 30 años que no había otro tan fuerte como este que pasó. Éste [refiriéndose al temblor del 4 de abril del 2010] estuvo más feo. No, aquí brotó el agua dentro de las casas, luego las casas se sacudían bien feo, se movían de allá para acá las paredes, y se reventó el canal. Se vino el agua del canal, se llegó hasta la casa el agua.

Los sismos han estado presentes en la vida cotidiana de los residentes del valle de Mexicali, pero como ellos mismos afirman, no es posible adaptarse del todo a este tipo de eventualidades inesperadas y de intensidades inimaginables. A pesar de que han pasado un par de años desde el sismo, las secuelas del terremoto continúan presentes, y las familias buscan volver a su vida “normal”. En el caso de las familias reubicadas, es decir, que han perdido casi totalmente sus patrimonios, además de no contar con los recursos económicos para reponerlos, volver al escenario de la vida antes del terremoto es un sueño difícil de alcanzar.

En otra de las entrevistas, doña Paula, recuerda que esa tarde se encontraba comiendo con su hermana y una amiga, cuando de repente empezó a sentir:

[el] bailoteo de la casa de arriba para abajo, de los lados y abajo también. Un tronido muy feo se oyó entonces, un sobrino mío que andaba afuera, [gritó]: esto es un terremoto, nos dijo y nos gritó: tía, mamá, no se salgan de donde están. Y así fue que yo me incliné en la mesa de la cocina y decía yo: Señor, si en este día es la terminación de mi vida perdóname por lo mala que yo haya sido en esta tierra, perdóname señor y me ofrezco a ti y aquí está mi vida. A mi hermana parecía que ya el trastero se le venía encima y le decía yo: quítate que te va aplastar el trastero, y no se quitaba, pero cómo se asusta uno, y como que le entra una especie de temor y que uno no se puede mover. Pues yo en la mesa de la cocina pegada a la estufa me quedé. Y en la esquina donde yo estaba, se empezó salir un borbollón de tierra y se llenó de arena todo el piso, se reventó el piso y yo sentía que el piso me elevaba para arriba y que el techo se me caía encima y los lados se

iban y venían.

De ese día, doña Paula comenta que en el ejido había un juego de béisbol donde estaban reunidas familias enteras con muchos niños en el campo. Ella recuerda que vio la tierra abrirse, provocándole un nudo en la garganta, y según expresó, sintió que a ella no le quedaba nada más que pedirle a Dios que no permitiera que nada malo le pasara a los niños y a las familias que estaban en el campo de juego. Las personas que estaban ahí se sostuvieron del cerco que se tambaleaba de un lado para el otro. Las letrinas del poblado se llenaron de agua a borbotones, se formaban *pequeños volcancitos*, de donde brotaba líquido con un olor fétido a azufre.

Las narraciones compartidas por doña Paty y doña Paula, por don Andrés y doña Graciela, muestran que el terremoto desarrolló miedo y preocupación por la vida de los residentes del valle.

A más de siete años, después de aquel 4 de abril del 2010, estas familias han retomando su rumbo, generando y adoptando una nueva cotidianeidad e intentando sanar aquellas heridas producidas en sus vidas a raíz del sismo. Una de las enseñanzas que dejó el terremoto es que la vida es *otra vida*. Otro entorno, con un nuevo paisaje y distintas emociones. Algunos han decidido olvidar el periodo de vida anterior al sismo para dar inicio a uno nuevo; también están quienes todavía dicen necesitar tiempo y para asimilar lo vivido, demostrando que el proceso de adaptación y la creación del nuevo espacio social, sucede en diferentes grados y formas de aceptación del cambio. Los temas referentes a la fe, solidaridad, compañerismo y confianza estuvieron presentes entre los involucrados, al momento de sobrellevar los sucesos. Durante la estancia en los albergues, donde era palpable la incertidumbre del destino de sus vidas, se produjo un lapso de constante estrés y angustia. Cuando fueron reubicados en sus nuevos espacios, los pobladores se asombraron al ver que el terreno estaba ubicado a escasos kilómetros de sus ejidos anteriores. Por lo que surgieron las dudas y la sensación de inseguridad, pues el riesgo de un nuevo sismo de alta magnitud permanecería latente. Es posible visualizar la cercanía entre ambos terrenos en las figuras 2 y 4 del primer capítulo.

⁵ El conflicto armero ocurrió a causa de la erupción del Volcán Nevado del Ruiz el 13 de noviembre de 1985, en el departamento de Tolima, Colombia.

⁶ La imagen se publica con permiso y autorización del Instituto para el Desarrollo Inmobiliario y de la Vivienda del Estado de Baja California (Indivi), con fecha del 8 de septiembre del 2017.

⁷ La imagen se publica con permiso y autorización del Instituto para el Desarrollo Inmobiliario y de la Vivienda del Estado de Baja California (Indivi), con fecha del 8 de septiembre del 2017.

⁸ La imagen se publica con permiso y autorización del Instituto para el Desarrollo Inmobiliario y de la Vivienda del Estado de Baja California (Indivi), con fecha del 8 de septiembre del 2017.

⁹ La imagen se publica con permiso y autorización del Instituto para el Desarrollo Inmobiliario y de la Vivienda del Estado de Baja California (Indivi), con fecha del 8 de septiembre del 2017.

¹⁰ La imagen se publica con permiso y autorización del Instituto para el Desarrollo Inmobiliario y de la Vivienda del Estado de Baja California (Indivi), con fecha del 8 de septiembre del 2017.

¹¹ La imagen se publica con permiso y autorización del Instituto para el Desarrollo Inmobiliario y de la Vivienda del Estado de Baja California (Indivi), con fecha del 8 de septiembre del 2017.

¹² La imagen se publica con permiso y autorización del Instituto para el Desarrollo Inmobiliario y de la Vivienda del Estado de Baja California (Indivi), con fecha del 8 de septiembre del 2017.

¹³ Término coloquial utilizado como gentilicio para referirse a los habitantes de la ciudad de Mexicali y su valle.

¹⁴ Sistema para el Desarrollo Integral de la Familia.

¹⁵ Las citas mencionadas en esta sección son pasajes obtenidos del diario personal escrito por doña Paty, quien decidió compartir su experiencia durante y después del sismo.

ENTRE EL ESPACIO VIEJO Y EL NUEVO LUGAR

*“Señor, si en este día es la terminación de mi vida
perdóname por lo mala que yo haya sido en esta tierra,
perdóname señor y me ofrezco a ti y aquí está mi vida”.*

Doña Paula, fraccionamiento Renacimiento del Valle

La construcción de los recuerdos de la realidad social anterior al sismo, para después indagar en la experiencia del terremoto del 4 de abril, permitió alcanzar la situación en que se encontraban inmersos los habitantes del valle de Mexicali, y comprender el proceso de transformación y reinterpretación de su entorno al que se tuvieron que enfrentar. Conocer parte del pasado contribuyó a aclarar la dinámica que desarrollaban las personas como parte de sus vidas. Sus narraciones y anécdotas fueron los elementos que nutrieron las respuestas a los objetivos diseñados para este análisis, teniendo en cuenta sus prácticas, usos y costumbres de la vida cotidiana.

La vida social se ordena históricamente basándose en la ubicación geográfica, así como en el reconocimiento de las experiencias en dicho espacio. Estos tres momentos son el pasado, el presente y el futuro. En el pasado se establece una memoria que es compartida por todos como individuos socializados. En el presente y el futuro se establece un marco de referencia para la proyección de las acciones individuales. De esta manera, el universo social vincula los recuerdos e ilusiones del pasado con los anhelos y las metas del futuro. Es así como se busca un camino significativo que sirva para comprender la vida social en el entorno que vivimos.

En la parte final de este libro queda por exhibir las formas en que las familias reubicadas se han ido apropiando de su nuevo espacio, qué costumbres continúan y cuáles se han modificado, cómo afecta este establecimiento geográfico en la conformación del espacio social.

DEL ESPACIO TERRITORIAL AL ESPACIO SOCIAL: ¿CÓMO NOS APROPIAMOS DEL ENTORNO?

Habría que ahondar en el concepto de espacio social, debido a que las transformaciones tras el sismo del 4 de abril en el valle de Mexicali ocurrieron en una geografía, así como en zonas sociales definidas. Aunque el terremoto sucedió fácticamente en un terreno tangible, las consecuencias del mismo afectaron más allá de lo físico, llegando hasta los espacios sociales de los actores que experimentaron el sismo.

El concepto de espacio social permite reconocer la construcción y reconstrucción de las relaciones sociales de quienes actualmente habitan dos fraccionamientos, los cuales se establecieron para reubicar a las familias que luego del terremoto en Mexicali y su valle, perdieron sus viviendas. Pierre Bourdieu (2003) explica en su obra *Capital cultural, escuela y espacio social*, que para comprender una realidad social, no debemos asirnos de la lógica más profunda del mundo social. Si la intención es el estudio de un grupo social, uno debe sumergirse en la particularidad de una realidad empírica que esté históricamente fechada y situada en un lugar determinado. Esto significa que el espacio social se constituye de tal manera que los agentes o grupos se distribuyen en él en función de su posición, según dos principios de diferenciación: el capital económico y el capital cultural, entendiendo al capital como aquel que implica un trabajo de valorización de los recursos para obtener beneficios.

Siguiendo a Bourdieu (2003) el capital económico es donde se abarcan todos los recursos materiales que puede llegar a disponer un individuo o grupo de personas, se incluyen el dinero, la vivienda, las posesiones que brindan estatus, las relaciones de poder, entre otras cosas. Éste es considerado como un factor de clase al momento de la definición y el estudio de los temas sociales, sin embargo, no está enfocado en hacer una diferenciación de clases sociales. Por otro lado, el capital cultural se considera como el recurso de naturaleza cultural donde los diplomas escolares y universitarios cobran importancia; aunado a ello, se encuentran las prácticas culturales de las personas, como sus relaciones interpersonales y socio-afectivas, así como los usos y costumbres que contribuyen a definirlos como individuos o grupos sociales. El área donde el capital económico y cultural se interrelaciona es, en término de

Bourdieu, el campo. El área puede ser entendida como un sistema de posiciones sociales donde se definen unas relaciones con otras. Según Moreno y Ramírez (2003) el concepto de campo de Bourdieu es: “[...] un espacio específico en donde suceden una serie de interacciones (...) un sistema particular de relaciones objetivas que pueden ser de alianza o conflicto, de concurrencia o de cooperación entre posiciones diferentes, socialmente definidas e instituidas, independientes de la existencia física de los agentes que la ocupan” (2003, p. 16).

Por otro lado, el mismo Bourdieu (2003) explica que el espacio social permite ir más allá de una realidad tangible, es decir, a partir de la construcción de un espacio social podemos asirnos a una realidad invisible, realidad que no se puede mostrar ni tocar con los dedos y que ayuda a construir interpretaciones sociales e individuales acerca de las diversas formas en que puede comprenderse el valor simbólico de los espacios. Ante esto, es importante recalcar que para acceder a la realidad intangible que menciona Bourdieu (2003), se necesitará partir de un hecho tangible, ya que ambas realidades van de la mano al momento de realizar una interpretación del espacio social.

Por su parte, Manuel Castells (2008) explica que las estructuras de aquello que se denomina como urbano también contribuyen en la especialización de este tipo de procesos sociales. En donde para comprender las interrelaciones socioafectivas y el papel de la naturaleza, además de los capitales culturales y sociales enunciados por Bourdieu (2003), es necesario explicar la importancia del entorno, ya sea urbano o rural en que se desenvuelven estas relaciones sociales. Es de esta forma como Castells menciona que “la carga simbólica de una estructura urbana sólo puede desentrañarse a partir del análisis de la apropiación social del espacio” (Lezama, 2002). El autor plantea que todo espacio se construye gracias a la acción que los individuos realizan, influenciados por los elementos tangibles que los rodean, tales como: la vivienda, el mobiliario, el vestido, y los elementos de trabajo, sólo por mencionar algunos ejemplos.

Asimismo, Castells arguye en su texto *Cuestión Urbana* (2008) que “El espacio es un producto material en relación con otros elementos materiales, entre ellos, los hombres, los cuales contraen determinadas relaciones sociales, que dan al espacio (y a los otros elementos de la

combinación), una forma, una función una significación social” (p. 141). De este modo, es posible observar la importancia que otorga Castells a *lo tangible* en contraposición a las *nociones intangibles* mencionadas por Bourdieu. Ahora bien, basado en los aportes de Castells, no existe una teoría específica del espacio, sino un despliegue y especificación de la teoría de la estructura social, donde se explican las características de una forma social particular, el espacio y su articulación con otras formas y procesos históricamente dados.

El mismo autor menciona que “son los hombres (los grupos sociales) quienes crean las formas sociales (el espacio) a través de la producción, contradictoria a veces, de los valores, los cuales orientando los comportamientos y actitudes van creando las instituciones, que modelan la naturaleza” (Castells, 2008, p. 149). El espacio social, según Castells, es aquel que se da gracias a la manifestación y uso que el hombre hace de su espacio físico en relación con sus prácticas cotidianas.

Con esto en mente, me parece importante explicar cómo el espacio físico influye en el espacio social. En su caso, Lezama (2002) plantea que “[...] el espacio, además de influir en las conductas y prácticas sociales, es resultado de la acción de habitar, de la vida cotidiana; son los hombres con sus ideas, sus proyectos de vida y sus propias iniciativas los que dan lugar al espacio y al orden urbano [...]” (p. 253).

Es así que en ocasiones el mismo espacio se convierte en generador de diferencias sociales, que —como arguye Lezama (2002)— es el proceso a partir del cual emerge el orden social. Al respecto Rosana Reguillo (1996) afirma que la vida social no es un estado, sino un proceso mediante el cual se constituye la sociedad a través de la obra práctica de sus miembros, explicando además que “todo nuevo orden es producto de una crisis interna al grupo social que protagoniza el cambio, lo que no implica que esta crisis sea externa al sistema social” (1996, p. 30). Acerca del proceso de cambio del llamado *orden social*, que menciona Reguillo, habría que agregar que no sólo se da como resultado de una crisis interna del grupo social, porque si esto fuese cierto se dejarían de lado aquellos cambios que ocurren de forma natural o por la misma decisión del individuo.

Conviene distinguir que, al estudiar las transformaciones de los espacios, el orden social se verá indirectamente reflejado dentro de la

vida social de cada individuo involucrado, teniendo presente que ambos están ligados por las prácticas sociales, así como por la reproducción de la vida social. De esta manera, para participar del orden social, se requiere estar presente, ya sea dentro o fuera de un espacio de interacción, condición que genera una relación de dependencia recíproca entre el espacio social y el orden social.

No obstante, desde la psicología social, Moranta y Urrútia (2005) explican que para comprender el vínculo que existe entre las personas y los lugares, es necesario analizar las formas en que los actores se apropien de los espacios. Toda apropiación estará involucrada con la presencia e influencia de un espacio físico, por lo que el rescate y reconocimiento de este escenario se lleva a cabo mediante el proceso de apropiación e identificación con el medio. Es así como adquieren importancia y significado las interpretaciones que cada individuo produce y reproduce de su propio lugar.

El arraigo sobre el espacio de convivencia y la conformación de los valores simbólicos sobre el mismo, ayudan a percibir cómo a partir de las prácticas que desarrollan con su entorno, las personas, grupos y colectividades, transforman el espacio, dejando huellas simbólicamente cargadas (Moranta y Urrútia, 2005). Con base a lo anterior es correcto afirmar que las acciones de todo individuo dotan al espacio de significado, así como los cambios que se producen en el espacio influyen directamente en las acciones del individuo, generando así una interrelación individuo-espacio, a través del proceso de interacción entre los factores externos que rodean al grupo social, así como las acciones del hombre sobre su entorno.

Por lo que el proceso de apropiación del espacio está relacionado con “el significado del espacio [que] se deriva, en definitiva, de la experiencia que en éste se mantiene, lo que incluye el aspecto emocional” (Moranta y Urrútia 2005, p. 288). En consecuencia, se entiende que el significado otorgado a los lugares emerge en un contexto social y cultural específico, mediante relaciones generadas al interior, que se hallan ubicadas en un mismo espacio físico-geográfico, considerando así al contexto sociocultural y geográfico, como factores que proveen a los individuos de un sentido de identificación con el lugar.

La decisión de enunciar tan diversos enfoques teóricos acerca del

espacio físico y social, así como la posibilidad de explicar el proceso de adaptación y apropiación de los espacios sociales, permite realizar un análisis sociocultural basado en las afectaciones producidas luego del terremoto de 7.2° en escala de Richter, en el valle de Mexicali. De los aportes mencionados anteriormente, se infiere que los espacios son generadores de diferencias sociales, teniendo en consideración que el carácter social del mismo proviene de la sustitución del espacio natural por aquél que el hombre ha creado en su vida práctica (Lezama, 2002). Asimismo, los individuos dotan al espacio de significado individual y social (Bourdieu, 2003), donde conciben al espacio de forma estructurada a partir de la creación social (Castells, 2008), aunque al interior de estos espacios estructurados sustentados en el orden social, se generan significados y procesos de identificación de quienes los habitan formando lazos emocionales y afectivos con éstos (Moranta y Urrútia, 2005).

Establecidos los conceptos anteriores, la conclusión es que el espacio social puede ser visto como un producto de la dualidad físico-territorial y aquello imaginado o creado por los individuos, según su interpretación e identificación de la dimensión sociocultural. Es en dicha dualidad donde los elementos como prácticas, usos, sentimientos de pertenencia e identificación, brindan sentido a la configuración de las percepciones y usos que cada individuo crea de sus espacios.

Para finalizar, el aporte de Paul Claval (1999) explica que el análisis de los espacios socialmente apropiados permite reconocer que éstos funcionan a la vez de *impronta* y *matriz de la cultura*, considerando que transmiten los usos y significados creados entre generaciones, ya que cada grupo contribuye a modificar el territorio que habita.

Como parte del desarrollo teórico aquí presentado y las interpretaciones realizadas, se presentará un esquema donde se visualizan algunas elucidaciones que han sido referenciadas para esta obra.

Cuadro 1. Esquema de interpretaciones teóricas

<p>Teoría Constructivista: teoría sociológica y psicológica del conocimiento que considera el desarrollo de los fenómenos sociales, particularmente desde contextos sociales. <i>El conocimiento y la realidad están íntimamente relacionadas, partiendo de la base de que el conjunto de conocimientos sobre los hechos observados se puede determinar como algo socialmente dado</i> (Berger y Luckmann, 1986).</p>		
<p>Sociología: el espacio social se constituye de tal manera que los agentes o grupos, se distribuyen en él en función de su posición, según dos principios de diferenciación: el capital económico y el capital cultural (Bourdieu, 2003).</p>	<p style="text-align: center;">LOS ESPACIOS SOCIALES</p>	<p>Sociología ambiental: el carácter social del espacio proviene de la sustitución del espacio natural por aquel que el hombre crea en su vida práctica. La naturaleza no es sino materia prima con la cual producen su espacio las distintas sociedades, de acuerdo con los modos de producción (Lezama, 2002).</p>
<p>Sociología urbana: según Castells (2001) la carga simbólica de una estructura urbana sólo puede desentrañarse a partir del análisis de la apropiación social del espacio (Lezama, 2002).</p>		<p>Psicología social: el espacio es visto como generador de significados e identificación del sujeto con su entorno, creando una apropiación del espacio. La apropiación del espacio como una propuesta teórica para comprender el vínculo existente entre las personas y los lugares (Moranta y Urrutia, 2005).</p>
<p>En síntesis: el espacio social puede ser visto como un producto de la dualidad físico-territorial y aquello imaginado o creado por los individuos, según su interpretación e identificación de la dimensión sociocultural. Es en dicha dualidad donde los elementos como prácticas, usos, sentimientos de pertenencia e identificación, brindan sentido a la configuración de las percepciones y usos que cada individuo crea de sus espacios.</p>		

Fuente: Elaborado por el autor.

La dualidad referida dentro del cuadro 1 es el elemento que se descubre en las narraciones de los actores sobre su vida actual. La añoranza de su situación pasada no es sólo debida a los recuerdos, sino que la configuración del espacio territorial les creaba una forma de vida diferente a la de ahora. Dicha dualidad también les ayuda a configurar un espacio nuevo, con otras formas de interacción que de alguna manera rescatan las viejas maneras, pero añadiéndoles elementos necesarios debido a la organización de su territorio actual.

DESPUÉS DEL TERREMOTO: ENTRE EL RENACIMIENTO DEL VALLE Y EL NUEVO HOGAR

Los nuevos espacios a donde fueron reubicados los damnificados por el sismo fueron nombrados como “Renacimiento del Valle” y “Nuevo Hogar”, y a la calle principal de Renacimiento se le llamó *De los sismos*,

mientras que las calles que trazan Nuevo Hogar se llaman: Actitud, Ánimo, Bienestar, Energía, Confianza, Esfuerzo, Fuerza, Grandeza, Ilusión, Familia y Honestidad. Esto terminaría siendo un recordatorio para los habitantes, llevando consigo un peso invaluable para quienes lo perdieron todo. Desde la fecha en la que se establecieron en su nueva ubicación, se acostumbraron a referirse a dicha dirección nueva, trayendo a su memoria el hecho de esta transición.

El terremoto ocurrido el 4 de abril del 2010 destruyó un porcentaje representativo de las viviendas de un gran número de familias mexicalenses, en específico, en la zona rural del valle de Mexicali. Este suceso causó lesiones físicas, así como sentimientos de pánico, incertidumbres y angustias. La fortuna para los pobladores en este caso, es que sólo hubo dos muertes, hecho que no significa el que en algunos casos las vidas no hayan quedado desoladas de otras maneras, la tarde de aquel domingo.

Del escenario que ahora se construye como cotidiano, se enfatizó en el proceso de reappropriación del nuevo territorio y en las experiencias de los reubicados. El lector encontrará la asimilación y apropiación del nuevo entorno, en donde las familias debieron adaptarse a lugares más reducidos, viviendas más pequeñas, vecinos desde ejidos distintos, así como una nueva organización vecinal, donde claramente se observan características más propias de la vida urbana que de la rural.

Entre las consecuencias que destacan de las experiencias de los entrevistados, se rescatan aquellas relacionadas con la sensación de confusión, temor, agitación, dolor e ira, sentimientos que surgen de estos eventos y producen consecuencias traumáticas. Como se ha señalado, el evento telúrico no sólo dio paso a pérdidas materiales, también alteró aspectos no visibles a los ojos de cualquier observador. Tal es el caso del surgimiento de trastornos psicológicos, los cuales no han sido tratados tan profundamente ni sobrellevados. En el caso de doña Graciela expresó “ando todo el día como que traigo un pendiente ¿Y eso como qué podría ser? Yo creo que puede ser estrés o ¿Por qué estoy mal? O, ¿qué podría ser eso?”. A partir de comentarios como este, se fueron materializando las secuelas emocionales que el terremoto produjo en algunos de sus habitantes. Sin embargo, el cúmulo de prejuicios sociales con el cual se relaciona el buscar atención psicológica o

psiquiátrica, impidió que muchos afectados acudieran a las asesorías que brindaban los representantes gubernamentales, para dialogar y tratar sobre el impacto emocional que les produjo el sismo. Asistir a un psicólogo o psiquiatra es a veces visto como sinónimo de locura, hecho que ha impedido a las familias acudir a este tipo de apoyos; aunque ante este tipo de situaciones lo más recomendable es que la gente pida ayuda. No es inusual que algunas personas sean incapaces de lidiar efectivamente con las demandas físicas y emocionales que traen consigo eventos de esta índole. Sin embargo, en muchos de los casos, los problemas y procesos de aceptación y adaptación a la nueva vida en un nuevo espacio persisten y continúan interfiriendo en la vida cotidiana. Un ejemplo de esto es que algunos de los afectados se sienten nerviosos y angustiados, y la tristeza que los embarga afecta directamente el desempeño de sus labores y relaciones interpersonales.

Estas sensaciones que llevaron a desajustes emocionales se produjeron luego del terremoto, en algunos casos agudizándose tras la reubicación a los nuevos fraccionamientos. Las obras creadas para la reubicación de los damnificados por el sismo fueron posibles gracias a los fondos proporcionados por: el Fonden (Fondo de Desastres Naturales), Conavi (Comisión Nacional de Vivienda), Fonhapo (Fideicomiso Fondo Nacional de Habitaciones Populares), y por el Gobierno del Estado de Baja California (ver anexo 4). El objetivo central de dichas obras fue resarcir los daños provocados por el terremoto y otorgar nuevos domicilios a quienes perdieron sus bienes materiales a causa del mismo.

El fraccionamiento Nuevo Hogar ubicado fuera de los ejidos Oaxaca y Delta, inició con la construcción de 390 viviendas. Cientos de familias fueron adquiriendo estos nuevos patrimonios e iniciaron así un proceso de adaptación con su entorno. El parque de este fraccionamiento tiene una cancha de usos múltiples, fuente, pista de trote, juegos infantiles, palapas, salón de Internet, foro al aire libre y otras instalaciones. Esto es un ejemplo del desarrollo urbano con el cual consistió este nuevo espacio para los residentes del valle. Las características físicas con las que cuenta la infraestructura de los nuevos fraccionamientos donde ahora residen, es para algunos residentes una representación de un proceso de transición hacia un estilo de vida más urbano. Un cambio que para algunos es sinónimo de avance y desarrollo en sus dinámicas

cotidianas; mientras que para otros representó un choque cultural, ya que los alejó de sus prácticas anteriores, que estaban apegadas a la vida rural, donde además obtenían ingresos con base a los cultivos en sus terrenos, o a la cría de animales de corral, teniendo un impacto en sus medios de subsistencia.

Meses posteriores a la entrega de las nuevas casas, los habitantes de este fraccionamiento fueron dotados con cercas de madera, con el objetivo de brindar uniformidad a la imagen del asentamiento. No obstante, la apropiación del espacio no se ha dado de una manera totalmente libre para los habitantes, ya que al momento de que las familias quisieran realizar cualquier cambio o remodelación de sus viviendas deben comunicarlo al Instituto para el Desarrollo Inmobiliario y de la Vivienda (Indivi), el cual es el órgano encargado de la entrega y control de estos nuevos lugares. Según el titular del instituto cuya gestión sucedía durante el lapso de tiempo cuando ocurría esto, José Luis León Romero, una de las bondades de las nuevas construcciones es que fueron erigidas con materiales ligeros a prueba de sismos, y adecuados para el clima extremoso característico de la región.

Figura 51. Parque construido dentro del fraccionamiento Nuevo Hogar.



Fuente: Colección personal Carlos Romero, 5 de enero de 2012.

Figura 52. Parque del fraccionamiento Nuevo Hogar a siete años del sismo.



Fuente: Colección personal Carlos Romero, 9 de septiembre de 2017.

Otros servicios con los que cuentan estos fraccionamientos son agua potable, luz eléctrica, alumbrado público, recolección de basura, alcantarillados, asfaltado en las calles, así como drenaje profundo; este último, luego de dos años del sismo, no había sido concluido, según comentarios de los damnificados.

En el mismo sentido, en un comienzo el servicio de la recolección de basura fue constante. Sin embargo, meses después de la llegada de los habitantes, sucedía espaciadamente, provocando que algunos pobladores no tuvieran más opción que quemar la basura, o arrojarla en terrenos baldíos, contaminando y afectando a la atmósfera con los olores fétidos.

El fraccionamiento Renacimiento del Valle se construyó a pocos metros de la carreta Mexicali-San Felipe, misma ubicación donde estaba instalado uno de los albergues para los damnificados; que era un terreno adquirido por el gobierno del estado. Se contempló el espacio para 1200 lotes, y la construcción, en una primera etapa, fue de 490 casas. Las viviendas tenían una superficie de 300 metros cuadrados, y al igual que en el fraccionamiento Nuevo Hogar, estaban hechas de materiales ligeros y aislantes, para soportar las altas temperaturas y evitar daños en caso de futuros sismos. Las casas contaban con sala, comedor, cocina, baño y recámara, junto con el compromiso de que obtendrían un equipo

de aire acondicionado para cada una de ella, aparato que, al final de cuentas, sí les fue entregado.

Según lo publicado en el informe final del Indivi, acerca de los apoyos entregados para combatir los efectos del sismo, estos consistieron en una inversión total de 379 109 220.57 millones de pesos: 28% del Fondo Nacional de Desastres Naturales (Fonden), 9% de la Comisión Nacional de Vivienda (Conavi), 5% del fideicomiso Fondo Nacional de Habitaciones Populares (Fonhapo) y 58% del Gobierno del Estado de Baja California. De dichas inversiones hechas entre la ciudad y el valle, se logró la reubicación de mil 307 familias a lotes con vivienda, se reconstruyeron 481 viviendas dañadas en los lotes de los beneficiarios, y se entregaron 2 051 paquetes de materiales (Ver anexo 3 y 4).

YA NO ME SIENTO DE AQUÍ NI DE ALLÁ

En este apartado sucede una aproximación a describir las principales prácticas cotidianas de la vida de los damnificados dentro del nuevo territorio, en conjunto con el recién creado proceso de construcción del espacio social. Para esto retomé los aportes de Moranta y Urrútia (2005) quienes explican que para comprender el lazo que existe entre las personas y los lugares, se deben analizar las formas en que los actores se apropián de los espacios. Para llegar al proceso de identificación y apropiación con el medio, se necesita, de dos elementos: un espacio físico o tangible, que en este caso es el territorio de los nuevos fraccionamientos, y uno intangible, que es representado por los sentimientos de pertenencia e identificación hacia él. Ambos elementos contribuyen a que se genere el llamado espacio social.

Antes de continuar quiero compartir una breve experiencia acerca de mi proceso de adaptación a un nuevo espacio, en mi caso, a un nuevo país. En mi condición de extranjero experimenté, al igual que los reubicados del sismo, un proceso de readaptación y reapropiación del espacio al llegar a México, específicamente, a la ciudad de Mexicali. Anterior a mi aterrizaje en este país, yo pensaba que no sería complicado adaptarme a estas tierras, de donde sabía que compartimos el idioma, algo de historia en cuanto a la fundación y el origen, hay alimentos con ingredientes similares a mi país originario, se practican bailes con ritmos y sonidos parecidos, y existe un patriotismo comparable.

Pero ¿cuál fue mi sorpresa? Al llegar México para quedarme por un periodo de 5 años, no pensé que uno de los grandes dilemas sería la cuestión del idioma. En Paraguay se habla el español como idioma oficial, pero existe un español paraguayo y un español mexicano, ambos con marcadas diferencias culturales y variadas formas de interpretación del lenguaje.

Al inicio me asombré al respecto, pero luego con paciencia y atención fui comprendiendo los sonidos y regionalismos que para mí eran nuevos, además de ir entendiendo que muchas de las palabras que yo utilizaba en Paraguay, en México no tenían el mismo significado, o simplemente no eran de uso común. Lo mismo pasó con el tema de la comida, así como las prácticas y costumbres, que para mí eran nuevas y a las que me fui adaptando lentamente.

Sin embargo, la adaptación que yo experimenté al llegar a México se encuentra en un contexto diferente a lo que encontré al trabajar con las familias damnificadas por el sismo, porque en este caso los pobladores se vieron obligados a hacerlo. El proceso de apropiación a las nuevas residencias no se produjo de la misma manera para todos, debido a diferentes elementos. El más importante es que fue una causa externa lo que los llevó a ello, los afectados no tuvieron otra opción que hacerlo. Para cientos de familias del valle de Mexicali, el terremoto los forzó a una reubicación de sus espacios de vida. Cabe mencionar, que ya sea que el cambio se dé por decisión propia o por necesidad, algo que no varía son los vínculos creados con el espacio anterior, ya que los recuerdos se mantendrán presentes en la memoria de cada uno de sus miembros. Cada una de las experiencias que una persona tiene marca huellas, debido a que somos seres sociales. Estemos lejos o cerca de nuestro terruño, los sentimientos de nostalgia y apego no impedirán que se dé una ruptura con la vida que hemos vivido. Es así como todo cambio trae consigo recuerdos que se almacenan en la memoria de quien lo experimenta. El paso de una casa a otra, de un ejido a otro, y de un espacio a otro, por cualquiera que sea el motivo, es una decisión que conlleva notables transformaciones dentro de todo lo cotidiano, personal y social de la vida de las personas.

Ya instalados en los nuevos fraccionamientos, los entrevistados narraron que su vida cotidiana en este espacio se ha desarrollado bajo

condiciones muy diferentes a las que ellos estaban habituados. Ahora están en casas con diseños estándares al igual que todos los que habitan en el fraccionamiento y, en la mayoría de los casos, se trata de espacios más reducidos. Una sensación rememorada con gran nostalgia ha sido la tranquilidad y la confianza que se solía sentir entre los vecinos, ya que estaban muy presentes en la cotidianidad de sus ejidos anteriores. Así lo expresa Doña Paty:

[...] allá era más tranquilo, nosotros vivíamos ahí en el Zacamoto, y hasta a veces dormíamos afuera, se iba la luz y no nos preocupaba mucho, ni por las criaturas chiquillas, porque toda la gente salía al patio y podían dormir. Antes había mucha confianza y ahorita no, ahorita no se puede dejar nada, hasta adentro de las casas se meten a llevar las cosas, se tiene que andar con mucho cuidado. Sí, y antes estaba bien suave, todavía se vivía tranquilo, se vivía diferente. [...] yo al valle, lo describiría como un gran valle, de seguridad, un gran Valle de tranquilidad, de vivir uno muy seguro, y todavía a veces le digo a mi hijo: ay como quisiera vivir en los tiempos de antes.

Por su parte, Don Andrés comenta: “[...] no había tanta delincuencia, tantos drogadictos, no había nada, estaba muy calmado todo, dejaba uno las cosas en la calle, allí afuera. Los agricultores dejaban afuera los tractores, dejábamos afuera los utensilios, las palas y otras cosas en las parcelas y no se perdía nada, nada, nada.”

Los tiempos y espacios se transforman, las personas vienen y van, y del mismo modo, las preocupaciones se redefinen todo el tiempo, según lo han comentado los entrevistados. En el caso de la confianza que antes sentían, ha sido un detalle que ha salido a relucir en cada una de entrevistas, con el hecho de mencionarla, la recuerdan y anhelan con un profundo y fuerte suspiro. Según lo han manifestado, el respeto inculcado como parte de la educación que recibieron en el seno familiar, para algunos es uno de los legados más valiosos que tuvieron. Expresaron que la vida en el ejido fue como haber compartido la cotidianidad con una gran familia; todos se conocían y había mutua confianza entre los vecinos, amigos y conocidos. La mayoría conocía el empleo y alguna de las actividades de los que vivían en la colonia, y sabían que podían contar unos con otros ante alguna emergencia.

Sin embargo, la falta de confianza que ahora predomina entre los moradores de estos nuevos espacios es el resultado de que, al momento de ser reubicados se integraron familias de diferentes ejidos del valle, provocando así que muchos vecinos, amigos e incluso familiares fueran

separados.

Otro de los sentimientos que se manifestaron en la nostalgia, fue el de la solidaridad y las amistades entre los vecinos. Doña Graciela, por ejemplo, expresa: “[...] allá me entretenía con alguien, con la vecina platicando unos cinco o diez minutos, y teníamos la costumbre de decirnos: vecina, ¿cómo amaneció? Y así nos la pasábamos. Allá en la tarde volvía a salir afuera y así nos la pasábamos si estaba bonito el día, o adentro, viendo [en la] televisión programas o novelas.”

La amistad entre los vecinos se desintegró en el cambio al nuevo espacio, por el hecho de estar con personas de otros ejidos, con quienes se iniciaba un nuevo periodo de acercamiento. Las familias ahora reubicadas intentan crear y formar nuevas redes de amistad y de convivencia. En el nuevo fraccionamiento, la ubicación de las viviendas se organizó de otro modo a como solía estar en el ejido anterior.

Según lo recopilado en las entrevistas, la reubicación tuvo aspectos positivos y aspectos negativos. Todo fue cambiando según la experiencia y las consecuencias que cada uno iba interpretando en su marco referencial. Un caso es el de doña Graciela, quien manifiesta que en su vivienda anterior en casos de urgencia tenían que bombear agua del canal; mientras que ahora, instalados en la casa nueva, el problema del agua se solucionó, quedando así como una ventaja. Sin embargo, más allá del tema de los servicios, ella misma manifiesta que una de sus angustias en actual residencia es la falta de aceptación que ha sentido hacia el lugar:

Me siento pues un poquito, digamos (con lágrimas en los ojos y en tono de llanto), más a fuerzas que de ganas. Lo siento yo que no fue tan difícil pero a la vez sí, no sé, o será porque tenemos más comodidades que allá. Pues allá usábamos letrinas, y pues aquí ya tenemos el servicio del sanitario adentro, pero en realidad no sé ni cómo describir, porque me siento a gusto y a la vez no.

Y a veces en la noche me despierto y digo, si estoy dormida o estoy despierta, no sé cómo, pero ni sé dónde estoy. Y no sé por qué me despierto con esa pregunta ¿Dónde estoy? Y eso es lo que no sé. Y le digo yo a mi esposo: tengo miedo de volverme loca; porque en la noche me despierto, y lo primero que me pregunto es ¿Dónde estoy? Estoy en el Guerrero o estoy aquí, o estoy en la casa. Yo digo casa ¿verdad? Porque yo a ésta ya la considero mi casa. Pero no crea que me ha pasado una vez, eso me ha pasado varias veces, que me despierto sobresaltada y es la pregunta... lo primero que me hago. Y abro los ojos y digo, estoy en la casa.”

Sobre el mismo tópico, Doña Paula narra:

[...] hay días en que me siento media rara y mi hermana me dice que si ando enojada y yo le digo: ¿enojada por qué, o con quién? Y le digo: no, lo que pasa es que me entra como una nostalgia; y para quitarme esa nostalgia a veces le digo a Dios: permite, Señor, que se me quite con algo. Y me voy y me pongo a jugar solitario y cuando agarro la baraja, y un solitario es lo único que sé hacer, jugar.

[...] Me siento protegida porque estamos a gusto, y estamos a gusto porque tenemos un techo, pero extraño mi casa, extraño todo allá. [...] Pero ando todo el día como que traigo un pendiente ¿Y eso como qué pudiera ser? Yo creo que puede ser estrés o porque estoy mal... Ajá, exacto, no acepto, ésta no es mi casa.”

[...] Mira extraño todo pero lo que más extraño es que allá andaba libremente haciendo mi quehacer a gusto. El terreno más grande, aventaba agua y lavaba bien a gusto, tendía en mis tendederos bien a gusto, hacía mis quehaceres muy a gusto y a la hora que quería me recostaba un ratito. Tenía mi puesto adentro con todas mis ventas y aquí no tengo eso, tengo aquí adentro las cosas que vendo y le estoy dando vueltas a mí mismo puestecito, vendo churritos, soditas, dulcecitos y cositas así. Pero aquí los tengo adentro y sólo en fin de semana los saco, para divertirme un rato ya que la gente anda toda afuera.

[...] allá [en el ejido anterior] teníamos todo, allá el centro de salud estaba en el Nayarit y hasta allá nos tocaba ir, y aquí quiero ir al dentista y ya no tengo a dónde ir, ya me queda muy lejos y porque tengo que ir a pedir raite a la carretera y eso da flojera.

A partir de lo narrado por doña Graciela y doña Paula, comprendí que un proceso de adaptación y aceptación de un nuevo espacio tiene diferentes etapas, las cuales no se dan de un momento a otro. Se comprende que, al vivir en un mismo lugar por más de 30 años, como fue en el caso de doña Graciela, y de pronto verse en la obligación de reubicarse en una nueva casa, lo drástico en el cambio produce un lento proceso de aceptación. La influencia que representa el espacio físico en la adaptación de un espacio no sólo concierne a conductas y prácticas sociales, es resultado de la acción de habitar, de la vida cotidiana (Lezama, 2002). Somos nosotros, como seres sociales, quienes con nuestras ideas, proyectos e iniciativas, generamos un nuevo sentido de pertenencia hacia nuestros espacios. No obstante, el caso de tener que enfrentar un reacomodo sin haberlo contemplado, complica el asunto.

En cuanto al nuevo escenario espacial, y a la organización de las viviendas en los fraccionamientos, los entrevistados han manifestado que vivir en una zona dividida en cuadras, con calles pavimentadas, alumbrado público, espacios reducidos y con las mismas dimensiones, los ha llevado a la conclusión de que el lugar es más urbanizado y alejado de lo que ellos estaban acostumbrados en sus terrenos anteriores. Así lo manifiesta doña Graciela, quien comenta que en su

nuevo hogar, se siente como si ya viviera en una ciudad y no en el valle: “siento como si viviera en cualquier colonia de Mexicali, obviamente verdad, aquí gracias a Dios y al gobierno que no nos dejó a la mano de Dios, porque él (gobierno) también puso de su parte, y nos construyeron estas casas, y no nos quedamos, por decir así, desamparados, gracias a Dios que cumplió”.

De su propiedad anterior, don Andrés comenta “el gobierno dijo que de todas maneras el otro terreno también iba a ser de nosotros, nos dijo que aunque nos dieran casa, si teníamos las documentaciones correctas el otro terreno iba a seguir siendo de nosotros”. Don Andrés expresa que la ventaja de su nueva vivienda es que “aquí no tenemos problema de nada, tenemos todos los servicios, la luz, el agua potable, y luego ya están metiendo el drenaje, y van a pavimentar todas las calles, como en Mexicali, va a estar bueno el servicio”.

Acerca de las experiencias en sus residencias actuales, doña Graciela destaca que las dimensiones y características del nuevo espacio geográfico han llevado a que las familias damnificadas se sientan en un lugar en inminente proceso de urbanización. Quizás para algunos sea una ventaja y mejore sus condiciones de vida, porque habrá mejores servicios. Sin embargo, las formas de vivir a las cuales estaban acostumbradas las familias reubicadas, sucedía en terrenos amplios, lo cual les permitía contar con el cultivo de sus huertos, donde podían cosechar frutas y verduras. Además, tenían la oportunidad de criar animales de corral, de donde obtenían alimentos básicos como leche, huevo y carne. El hecho de encontrarse en un terreno más reducido les ha restado las ventajas que antes tenían en su ejido anterior, ya que todo lo que antes podían producir desde casa ahora lo tienen que comprar.

De esta manera, el cambio que representa estar en un espacio más urbanizado significa que mejora la calidad de vida en el sentido del acceso a los servicios. Pero en el sentido emocional y psicológico, su calidad de vida se ha deteriorado al no contar con el sentido de comunidad, al no tener redes de apoyo cerca, situación que a muchas personas las ha llevado a sentirse solas y desamparadas. Estas circunstancias han transformado sus prácticas cotidianas y las interacciones con los demás. Lo *urbano* no necesariamente significa vivir en una ciudad. En el caso de los reubicados por el sismo, lo urbano se

configura dentro del valle, pero con una infraestructura y diseño urbano.

De las experiencias aquí plasmadas y analizadas, la entrega de las nuevas casas en los fraccionamientos brindó por un lado una solución a la falta de viviendas, donde los damnificados podían rehacer sus vidas, además de compensar algunas carencias materiales. Sin embargo, en el caso de los desgastes emocionales, las viviendas no contribuyeron al olvido de esos elementos intangibles que se tejen dentro de lo social.

De ahora en adelante estas familias recuperarán todo poco a poco, intentando volver hacia aquello que ellos tenían como cotidiano. Para esto se darán a la tarea de buscar nuevos muebles, nuevos electrodomésticos, considerando que los bienes materiales se obtienen con trabajo y esfuerzo. Con respecto a los bienes intangibles, las emociones, el apego y la identificación con el espacio, no se podrán recuperar. Aquí sólo les queda aceptar y reiniciar una forma de vida, adaptándose a la realidad, construyendo experiencias y prácticas que conformen nuevas relaciones en el espacio social.

CONSIDERACIONES FINALES

Con el análisis presentado en este libro se logró ahondar en los detalles de la interrelación entre el espacio físico y las experiencias sociales de los pobladores de la llamada zona cero, alcanzando a reconocer las consecuencias que van más allá de lo material, haciendo énfasis en lo social y lo cultural. Las consideraciones planteadas en este material, están basadas en la observación y en los resultados obtenidos, al haber investigado e interpretado las estrategias de readaptación que implementaron los afectados para continuar con sus vidas en un nuevo espacio y territorio.

Como investigador del tema, luego de repasar el extenso número de casos, tanto teóricos como prácticos que se han publicado al respecto del tema del desastre, me percaté de que una de las perspectivas menos utilizadas es desde los estudios socioculturales. Esta misma revisión me permitió advertir que la investigación se asienta con mayor fuerza y variedad de abordajes. La aparición de artículos que incluyen el concepto territorio, espacios sociales, fenómenos naturales, riesgos, vulnerabilidad y desastres, es un ejemplo del creciente interés que representan los estudios sobre esta área de conocimiento.

De la experiencia del sismo en el valle de Mexicali, una de las enseñanzas que quedó entre los residentes de esta región, es la de ser ciudadanos conscientes de lo que significa vivir en una zona sísmica. Inculcar la prevención y la solidaridad ante la posibilidad de padecer eventos de estas magnitudes. Ser ciudadanos prácticos, ya que es innegable que aún con las campañas de cultura de prevención en materia de sismos, al momento de afrontar uno, son pocos los que verdaderamente están preparados para ello. Algunas de las medidas podrían ser: tener previsto dentro de la vivienda un área exclusiva con alimentos no perecederos, botellas de agua potable, velas y lámparas que no necesiten energía eléctrica, documentos y objetos de valor en áreas protegidas de posibles inundaciones o incendios, medicamentos y artículos de primeros auxilios, con el objetivo de evitar consecuencias

extremas por eventualidades de igual o mayores a la del 4 de abril del 2010. Ser residentes en el área de Mexicali y su valle, representa una necesaria y obligada tarea de contar con estrategias y planes de acción para afrontar situaciones similares al sismo. Que la preocupación se convierta en ocupación, tomando acciones en lo individual y en lo colectivo que prevengan situaciones de riesgo. La realidad es que la ciudad está asentada sobre un área sísmica y esto no cambiará. Los habitantes somos los responsables de tomar medidas y acciones para evitar futuros desastres.

De las experiencias de los reubicados y la conformación de sus nuevos espacios sociales, en consonancia con los recursos teóricos revisados, se entiende que la presencia e influencia de los llamados espacios físicos es un factor determinante para la comprensión y creación de un nuevo lugar de convivencia. Con base en lo anterior es posible afirmar que para aceptar y adoptar la composición de un nuevo espacio de tipo social, el proceso para asimilarlo es lento y escalonado.

Luego de haber consultado y analizado las diferentes definiciones que describen al espacio social, desde diversas perspectivas teóricas, es reconocible que todas ellas mantienen puntos en común, donde se integran emociones y afectos que son despertadas en las personas al convivir con su entorno, según vayan construyendo su relación con él. De la manera más acertada el llamado espacio social, se conforma por el lazo o vínculo afectivo entre las personas con su contexto, donde surgen sentimientos de aceptación, asimilación e identidad con el área territorial, integrándose en comunidad.

Otra de las particularidades del espacio social es la adaptación que sucede a través de la búsqueda de seguridad por parte del individuo. Las teorías sociológicas, o de la sociología ambiental, sociología urbana, y la psicología social, contribuyeron a brindar las características y la definición del valor que desempeña el apego hacia un lugar determinado, y cómo es que dicho apego cumple la función de contribuir a la supervivencia, estabilidad y confort en un espacio físico dado.

Otro de los hallazgos es que como seres sociales que somos, tenemos la capacidad de adaptarnos a los lugares, ya que el hecho de permanecer en un lugar específico nos genera confianza y mayor certeza al momento de crear los vínculos que nos ayudan a subsistir.

Además, existe una menor posibilidad de rechazo hacia todo aquello que no conocemos, o con lo que no estamos familiarizados, porque cuando nos alejamos de nuestro entorno habitual, nuestra vulnerabilidad se incrementa y nuestra capacidad de control y previsión sobre lo que puede ocurrir es menor. Por lo tanto, es correcto entender que por el hecho de encontrarnos en lugares desconocidos estamos expuestos a mayores riesgos. La conclusión es que la conformación e identificación que generamos como parte de nuestro espacio social nos localizan en una posición funcionalmente más ventajosa.

También es importante mencionar el valor que representan la vida y los espacios para las familias que viven ante el constante temor y la incertidumbre de experimentar un sismo. De igual forma la adopción de un nuevo espacio en el cual se desarrollará la cotidianidad no siempre será voluntaria, porque existen hechos o causas que escapan a la posibilidad del ser humano. Cuando se trata de un hecho externo, como en este caso lo fue el terremoto, los cambios del espacio social estarán acompañados de dilemas y cuestionamientos por parte de la sociedad que se reflejarán directamente con los sentidos y afectos del diario de cada individuo. Esta aseveración abre innumerables posibilidades para estudios que podrían ser realizados con enfoques muy definidos, provenientes del campo sociológico, antropológico, psicológico y pedagógico; ciencias desde las cuales el análisis generaría resultados muy especializados y detallados acerca de las dinámicas, prácticas y representaciones de la interacción entre lo físico o territorial, y lo subjetivo o emocional.

Otro enfoque desde donde sería relevante abordar los impactos de un sismo en un espacio social, es desde los estudios de género. Esto porque gracias al análisis realizado, era notorio que las perspectivas y formas de interpretación realizadas por las mujeres daban mayor relevancia al tema de las emociones y las relaciones interpersonales, mientras que, en el caso de don Andrés, el factor económico sobresalió como el principal elemento para llegar a una adaptación y aceptación de los espacios. Pero dicho enfoque no fue parte de los objetivos propuestos para este estudio, por lo tanto, esto es sólo una invitación para quienes deseen explorarlo desde dicho campo de análisis.

De las acciones ejercidas por las autoridades de las diversas áreas

gubernamentales: municipal, estatal y federal, así como aquellas entidades privadas que han brindado apoyo material y moral, durante la etapa inmediata y subsecuente de los embates del sismo, ambas fueron importantes contribuyentes al proceso de aceptación y búsqueda de soluciones para sobrellevar las consecuencias que representó el terremoto.

Como grupo social que sobrevivió al terremoto del 4 de abril, la fecha y los recuerdos de la experiencia quedarán marcados en cada uno de sus habitantes, así como han quedado plasmadas las grietas, los surcos, las elevaciones y los escombros que dejó a su paso el evento, donde los videos y las fotos son parte del registro visual de lo ocurrido aquella tarde. Un acontecimiento que para las generaciones que lo vivieron significó un punto de quiebre para alimentar el sentido de pertenencia con su entorno, donde la vida que ahora viven, implica el cambio de aquellos años de experiencias y recuerdos, ahora grabados en sus memorias.

El terremoto del 4 de abril marcó el recuento sísmico de la región. Aún teniendo programas de protección civil y campañas de concientización ante la posibilidad de presenciarse eventos como el del 2010, en las reacciones tanto individuales como colectivas de los residentes hubo impotencia, miedo y angustia. A pesar de que la ubicación geográfica de Mexicali y su valle, históricamente, ha sido afectada por eventos similares en otros periodos. Los afectados recalcaron que las respuestas por parte del gobierno fueron lentas y burocráticas, y que muchos de ellos no tuvieron más opción que arreglárselas por sus propios medios. Se alcanza a comprender que, ante la pérdida de lo construido con años de esfuerzo y dedicación, las respuestas brindadas no lograran satisfacer la demanda de quienes fueron parte de la experiencia.

A raíz de la insatisfacción en una gran parte de los damnificados, hubo una migración hacia espacios alejados de los terrenos afectados. Una realidad que sólo fue posible para quienes contaban con viviendas en el área urbana de Mexicali, así como para aquellos que buscaron refugio con familiares localizados en otras ciudades, estados o incluso cruzando la frontera mexicana, como fue el caso de quienes tenían la documentación necesaria para dirigirse de forma temporal o permanente hacia los Estados Unidos.

Los detalles y el abordaje presentados aquí pudieron haber ido mucho más allá de los resultados aquí plasmados. Del trabajo de campo realizado por más de un año y medio (2011 y 2012), quedó material disponible para ser analizado con otros objetivos y enfoques. El haber dejado de lado parte de los materiales obtenidos, sin abordar otros posibles enfoques del trabajo, obedece a que la obra estuvo sujeta a objetivos específicos en donde fue necesario delimitar el tiempo, el escenario y las perspectivas de análisis a considerar.

A los interesados en investigar temáticas similares, les comparto que se podría trabajar, por ejemplo, analizando los informes de gobierno relacionados a los apoyos y acciones ejercidas ante el sismo. Desde la perspectiva histórica sería viable adentrarse en el rescate de documentos históricos, donde se presente los registros de eventos telúricos anteriores y el impacto social de los mismos, o detallar las trasformaciones físicas del medio natural debido a las eventualidades sísmicas presentadas a lo largo del registro del tiempo de dicha región. También queda abierta la propuesta de realizar un estudio comparativo, acerca de las ventajas y desventajas que pudiera representar el cambio de una estructura de vida rural a una urbana debido a un terremoto. Esta obra es una invitación a seguir con investigaciones que ayuden a generar nuevos enfoques sobre el estudio de los desastres, y el papel de los estudios socioculturales hacia los temas relacionados a la interacción del ser humano con la naturaleza.

ANEXOS

ANEXO 1. Guía de la entrevista aplicada

Lugar: valle de Mexicali en los fraccionamientos Nuevo Hogar, en el Ejido Oaxaca, y Renacimiento del Valle, en el poblado la Puerta.

Datos generales:

1. Nombre completo:
2. Edad:
3. Ciudad y estado de origen:
4. Tiempo que lleva de radicar en el valle de Mexicali
5. ¿Cómo describe y recuerda al valle de aquellos tiempos?

Origen y formación del espacio habitado:

6. ¿En qué consistía la principal actividad económica de la región?
7. ¿Cómo era la actividad socio-económica en aquellos tiempos?
8. ¿De qué manera se divertían en aquellos tiempos?
9. ¿Era fácil conseguir terreno, para vivir?
10. ¿Usted y su familia contaba con vivienda propia?
11. ¿Qué tipo de servicios se ofrecía a los pobladores del lugar?
12. ¿Cómo era el trato entre los pobladores de la localidad?
13. ¿Alguna vez pensó mudarse del valle?
14. ¿Cómo se daban las interacciones sociales con los demás habitantes del lugar?
15. ¿Qué tipo de problemas afrontaban en aquellos tiempos?
16. ¿Cómo se resolvían los problemas que se presentaban en la localidad?

Territorialidad y espacios habitados:

17. ¿Cómo describiría el paisaje en aquellos tiempos?
18. ¿Qué usos se le brindaba al suelo?
19. ¿Qué valor tenía la propiedad?
20. ¿Cómo era la distribución de los espacios habitados?
21. ¿De qué manera se construían las casas y con qué material?

Durante la experiencia del terremoto:

22. ¿De qué manera vivió la experiencia del terremoto del 4 de abril?
23. ¿Dónde se encontraba?
24. ¿Qué fue lo que más la/lo impresionó?
25. ¿Había vivido alguna experiencia similar antes?

La experiencia después del terremoto:

25. ¿Cuáles fueron los más representativos después del terremoto?
26. ¿Cómo es su vida después de la experiencia del terremoto?
27. ¿Cómo se dan las interacciones sociales en el nuevo fraccionamiento?
28. ¿Cómo se siente en su nueva vivienda?
29. ¿Cuál fue el cambio más difícil de asimilar después del terremoto?

ANEXO 2. Cronología sísmica de Mexicali y su valle desde principios del siglo XX hasta 4 de abril de 2010

#	FECHA	INTENSIDADES	EPICENTRO
1	19 abril 1906	5.7	Terremoto de S. Francisco
2	23 junio 1915	5.6	valle de Mexicali
3	21 noviembre 1915	7.0	Mexicali
4	1 enero 1927	5.7	Cerro Prieto
5	30 diciembre 1934	6.5	Sierra el mayor
6	31 diciembre 1934	7.1	Estación Medanas
7	8 septiembre 1935	5.0	Suroeste de Mexicali
8	29 abril 1936	5.0	valle de Mexicali
9	6 junio 1938	5.0	Mexicali
10	19 mayo 1940	7.1	Noroeste de Calexico
11	9 enero 1941	5.5	Mexicali
12	16 septiembre 1949	5.7	valle de Mexicali
13	28 septiembre 1950	5.4	valle de Mexicali
14	24 enero 1951	5.6	Noroceste de Mexicali
15	14 junio 1953	5.5	Mexicali
16	1 febrero 1954	5.2	Mexicali
17	Abril –dic. 1955	5.2	Mexicali
18	9 febrero 1956	5.8	Mexicali
19	14 febrero 1956	6.3	Mexicali
20	15 febrero 1956	6.4	Mexicali
21	13 diciembre 1956	6.0	Mexicali
22	1 diciembre 1958	5.8	Mexicali
23	17 mayo 1962	5.1	Mexicali
24	8 abril 1968	6.4	Noroeste de Mexicali
25	23 marzo 1969	5.2	Sureste de Mexicali
26	30 setiembre 1971	5.1	valle de Mexicali
27	17 julio 1975	5.0	Suroeste de Mexicali

28	10 enero 1976	5.2	Sureste de Mexicali
29	11 Marzo 1978	5.0	Mexicali
30	9 junio 1979	6.7	Sureste de Mexicali
31	15 octubre 1979	6.6	valle de Mexicali – Imperial, B.C
32	16 octubre 1979	5.1 -5.5-5.8	Mexicali
33	9 junio 1980	6.1	Guadalupe Victoria Mexicali
34	26 abril 1981	5.7	Mexicali
35	28 Mayo 1985	5.0	Mexicali
36	7 febrero 1987	5.4	Cerro Prieto, Mexicali
37	23 Noviembre 1987	6.2	Elmore Ranch, California
38	24 Noviembre 1987	6.6	Superstition Hills, California
39	1 enero 1988	5.3	Mexicali
40	31 agosto 1988	5.5	Mexicali
41	28 junio 1992	7.2	Noroeste de Mexicali
42	1 Junio 1999	4.8	Cerro Prieto, valle de Mexicali
43	9 septiembre 1999	4.8	Cerro Prieto, valle de Mexicali
44	8 diciembre 2001	5.7	Mesa de Andrade entre B.C. y Sonora
45	22 Febrero 2002	5.7	Cerro Prieto, valle de Mexicali
46	24 Mayo 2006	5.4	Cerro Prieto, valle de Mexicali
47	08 Febrero 2008	5.5	Sureste de Mexicali
48	11 Febrero 2008	5.4	valle de Mexicali
49	12 Febrero 2008	5.1	Mexicali
50	19 Febrero 2008	5.3	Mexicali
51	22 Febrero 2008	5.0	Mexicali
52	04 Abril 2010	7.2	Guadalupe Victoria

Fuente: Cuadro elaborado por el autor, basado en datos obtenidos de la página del Centro de Investigación Científica y de Educación Superior de Ensenada (CICESE), Baja California.

ANEXO 3: Lista de familias reubicadas a consecuencia del sismo

Ubicación	Localidad	Cantidad
Ciudad	Agualegas	41
Valle	Campo 4 (Ejido Hechicera)	1
Valle	Campo Mosqueda	1
Valle	Ciudad Coahuila	2
Ciudad	Cerro Prieto	1
Valle	Cerro Prieto	3
Valle	Ciudad Coahuila (Km. 57)	33
Ciudad	Col. 18 de Marzo	1
Ciudad	Col. Aurora	4
Ciudad	Col. Baja California	8
Ciudad	Col. Bellavista	1
Ciudad	Col. Carbajal	9
Valle	Col. Carranza	2
Ciudad	Col. Colosio	1
Ciudad	Col. Cuauhémoc Sur	2
Ciudad	Col. Cucapáh	32
Ciudad	Col. El Cóndor	1
Valle	Col. El Milagro	26
Ciudad	Col. El Rastro	2
Ciudad	Col. El Vidrio	26
Ciudad	Col. Esperanza	7
Ciudad	Col. Fovissste	3
Ciudad	Col. González Ortega	3
Ciudad	Col. Hidalgo	3
Valle	Col. Independencia	1
Ciudad	Col. Industrial	2
Ciudad	Col. La Estrella	1
Valle	Col. La Puerta	3
Valle	Col. La Puerta	41
Ciudad	Col. Lázaro Cárdenas	2

Ubicación	Localidad	Cantidad
Valle	Col. Leona Vicario	1
Ciudad	Col. Libertad	8
Ciudad	Col. Loma Linda	8
Ciudad	Col. Lombardo Toledano	1
Ciudad	Col. Lucerna	1
Valle	Col. Mariana	23
Ciudad	Col. Montealbán	13
Ciudad	Col. Nacionalista	1
Ciudad	Col. Nacozari	1
Ciudad	Col. Nueva	1
Ciudad	Col. Nueva Esperanza	3
Ciudad	Col. Orizaba	1
Ciudad	Col. Pasadina	1
Ciudad	Col. Progreso	4
Ciudad	Col. Pro-hogar	9
Ciudad	Col. Pueblo Nuevo	6
Valle	Col. Rentería	1
Ciudad	Col. Robledo	1
Ciudad	Col. San Isidro	1
Ciudad	Col. San Jacinto	1
Ciudad	Col. Santa Clara	1
Ciudad	Col. Santa Isabel	3
Ciudad	Col. Santa María	1
Ciudad	Col. Santa Mónica	1
Ciudad	Col. Segunda Sección	2
Ciudad	Col. Solidaridad Social	65
Ciudad	Col. Solidaridad Social Ampliación	24
Valle	Col. Venustiano Carranza (Carrancita)	14
Valle	Col. Venustiano Carranza (Puente Quemado)	3
Valle	Col. Venustiano Carranza (Vindolia)	8

Ubicación	Localidad	Cantidad
Ciudad	Col. Wisteria	1
Ciudad	Col. Zacatecas	4
Ciudad	Col. Zaragoza	4
Valle	Colonias Nuevas	17
Valle	Comunidad Indígena Cucapah El Mayor	1
Ciudad	Conjunto Urbano Universitario	1
Valle	Delta (Estación Delta)	103
Ciudad	Domicilio conocido	13
Valle	Ej. Aguascalientes	2
Valle	Ej. Benito Juárez	3
Valle	Ej. Centinela	1
Valle	Ej. Coahuila	5
Valle	Ej. Cucapah El Mayor	1
Valle	Ej. Cucapah Indígena	74
Valle	Ej. Cucapah Mestizo	63
Valle	Ej. Doctor Alberto Oviedo Mota (El Indiviso)	11
Valle	Ej. Durango	168
Valle	Ej. El Faro	1
Valle	Ej. Guadalupe Victoria	1
Valle	Ej. Guanajuato	2
Valle	Ej. Guerrero	1
Valle	Ej. Hermosillo	1
Valle	Ej. Jalapa	2
Valle	Ej. Lic. Adolfo López Mateos	6
Valle	Ej. Mezquital	2
Valle	Ej. Miguel Hidalgo	6
Valle	Ej. Morelia	1
Valle	Ej. Nayarit	135
Valle	Ej. Nayarit Llamada	53
Valle	Ej. Nuevo León	53
Valle	Ej. Nuevo Michoacán De Baja California	7
Valle	Ej. Oaxaca	61

Ubicación	Localidad	Cantidad
Valle	Ej. Pátzcuaro	2
Valle	Ej. Solidaridad	1
Valle	Ej. Sombrerete	5
Ciudad	Ej. Sonora	1
Valle	Ej. Sonora	65
Valle	Ej. Sonora 2	3
Valle	Ej. Tabasco	3
Valle	Ej. Tepic	1
Valle	Ej. Vicente Guerrero	26
Valle	El Chimi (Ejido Nuevo León)	28
Valle	El Triángulo	1
Valle	Familia Higuera Cervantes (Ejido Nayarit)	1
Valle	Familia Quintero (Ejido Oaxaca)	9
Valle	Familia Sánchez Yepes (Ejido Nayarit)	1
Valle	Francisco Murguía (Km. 49)	1
Valle	González Ortega	7
Valle	Guadalupe Victoria (Km. 43)	24
Ciudad	Hidalgo	29
Valle	Las Malvinas	1
Valle	Los Arellano (Ejido Oaxaca)	15
Valle	Michoacán De Ocampo	1
Valle	Nuevo Michoacán	1
Valle	Oviedo Mota (Reacomodo)	28
Ciudad	Pendiente	17
Valle	Pescaderos (Km 39)	52
Valle	Plan De Ayala	5
Valle	Población Mazón	1
Valle	Poblado El Caimán	4
Ciudad	Unidad De Residentes Lázaro Cárdenas	1
Valle	Valle De Esmeralda	1
Valle	Veracruz Marítimo	1
Valle	Zacamoto (Nayarit 2)	67
Total Familias Reubicadas		1678

Fuente: Departamento de Control y seguimiento del Indivi.

ANEXO 4: Informe departamento de control y seguimiento del Indivi acerca de los apoyos entregados a los afectados por el sismo del 4 de abril de 2010[16]

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA
INSTITUTO PARA EL DESARROLLO INMOBILIARIO Y DE LA VIVIENDA PARA EL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA

RESUMEN FINAL DE APOYOS ENTREGADOS A LOS AFECTADOS POR SISMO 4 DE ABRIL DEL 2010, EN MEXICALI.

CLASIFICACIÓN	PROGRAMA DE PARTICIPACIÓN			
---------------	---------------------------	--	--	--

1.- REUBICACIÓN :

	FONDEN	CONAVI	FONHAPO	GOB. ESTADO	SUMA
CIUDAD	75	0	2	2	79
VALLE	701	436	24	67	1228

2.- RECONSTRUCCIÓN (vivienda en propio lote del beneficiario):

	FONDEN	CONAVI	FONHAPO	GOB. ESTADO	SUMA
CIUDAD	31	0	55	15	101
VALLE	314	0	48	18	380

3.- REHABILITACIÓN (entrega de paquete materiales):

	FONDEN	CONAVI	FONHAPO	GOB. ESTADO	SUMA
CIUDAD	420	0	437	12	869
VALLE	1075	0	107	0	1182

4.- RECURSOS ECONOMICOS APLICADOS.

	FONDEN	CONAVI	FONHAPO	GOB. ESTADO	SUMA
RECURSOS	\$ 107,410,079.57	\$ 34,880,000.00	\$ 18,092,600.00	\$ 218,726,541.00	\$ 379,109,220.57
% PARTICIPACIÓN	28%	9%	5%	58%	100%

Fuente: Departamento de Control y seguimiento del Indivi.

¹⁶ La tabla se publica con permiso y autorización del Instituto para el Desarrollo Inmobiliario y de la Vivienda del Estado de Baja California (Indivi), con fecha del 8 de septiembre del 2017.

ANEXO 5: Maqueta de la distribución de los lotes en el fraccionamiento Nuevo Hogar



Fuente: Departamento de Control y seguimiento del Indivi.

ANEXO 6: Maqueta de la distribución de los lotes en el fraccionamiento Renacimiento del Valle



Fuente: Departamento de Control y seguimiento del Indivi.

ANEXO 7: Maqueta de la distribución de los lotes en el fraccionamiento Ampliación Valle Nuevo



Fuente: Departamento de Control y seguimiento del Indivi.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alanís, F. (2001). La colonización de Baja California con mexicanos provenientes de Estados Unidos (1935-1939), *Frontera Norte*, 13 (26), 141–164.
- Álvarez, J. (2003). *Cómo hacer investigación cualitativa. Fundamentos y metodología*. España: Paidós.
- Anglada, L. (1997). *El cambio global en el medio ambiente. Introducción a sus causas humanas*. México: Alfa y Omega.
- Atlas de riesgos del municipio de Mexicali (2011). Recuperado de <http://www.mexicali.gob.mx/transparencia/administracion/atlas/pdf/0.pdf>
- Audefroy, J. (julio 2003). La problemática de los desastres en el hábitat urbano en América Latina, en E. Patiño y Castillo J. (comps.) *Inseguridad, riesgo y vulnerabilidad*. Tercer Congreso Internacional de la RNIU (Red Nacional de Investigación Urbana A.C.), Universidad Autónoma de Puebla, México. pp. 95–106.
- Audefroy, J. (2007). Desastres y Cultura: Una aproximación teórica. *Invi*, 22 (60), 119-132. Recuperado de <http://www.revistas.uchile.cl/index.php/INVI/article/viewFile/8763/8565>
- Audefroy, J. (2008). ¿Regularizar el suelo o la pobreza en la Ciudad de México? Trabajo presentado en el II Congreso Nacional de Suelo Urbano. México: El Colegio Mexiquense.
- Ayuntamiento de Mexicali (2005). *Enciclopedia de los municipios de México* Recuperado de <http://www.elocal.gob.mx/work/templates/enciclo/bajacalifornia/municipio02a.htm>
- Ayuntamiento de Mexicali (2010). Anuario estadístico. México, Ayuntamiento de Mexicali.
- Ballesteros, J. y Pérez, J. (1997). *Sociedad y medio ambiente*. España: Trotta.
- Beck, U. (2006). *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad*. España: Paidós.

- Berger, P. y Luckman, T. (1966). *La construcción social de la realidad. Un tratado de la sociología del conocimiento*. España: Amorrortu.
- Bolívar, A. (2002). “¿De nobis ipsis silemus?” Epistemología de la investigación biográfico-narrativa en educación, en Revista Electrónica de Investigación Educativa, vol. 4, núm. 1. Recuperado de <http://redie.uabc.uabc.mx/vol4no1/contenido-bolivar.html>
- Bourdieu, P. (2003). *Capital cultural, escuela y espacio social*. Argentina: Siglo XXI.
- Campuzano, M. et al., (1987). *Psicología para casos de desastres*. México: Pax.
- Cariño, M. (1996). *Historia de las relaciones hombre-naturaleza en Baja California Sur 1500–1940*. México: Universidad Autónoma de Baja California Sur.
- Castells, M. (2008). *La cuestión urbana*. México: Siglo XXI.
- Chávez, T. (2008). Tiempo y espacio, territorio y memoria (reflexiones desde la antropología). *Revista Universidad de Sonora*, 21, 25-28. Recuperado de <http://www.revistauniversidad.uson.mx/revistas/21-Tiempo%20y%20espacio%20territorio%20y%20memoria.pdf>
- Claval, P. (1999). Los fundamentos actuales de la geografía cultural. *Annales Géographie*, 34, 25-40. Recuperado de <http://age.ieg.csic.es/hispengo/documentos/clavalcultural.pdf>
- Creswell, J. (2007). Qualitative Research Designs: Selection and Implementation. Recuperado de: <http://www.sagepublications.com>
- Delgadillo, J. (Coord.) (1996). *Desastres naturales: Aspectos sociales para su prevención y tratamiento en México*. México: Instituto de Investigaciones Económicas UNAM.
- Delgadillo, J. y Torres F. (2006). *Geografía de los riesgos*. México: Santillana.
- Galindo, M., Valdez, B., y Schorr, M. (2006). Comportamiento de la infraestructura en zonas desérticas y áridas, en M. Schorr (comp.), *Estudios del desierto* (pp. 157-176). México: Universidad Autónoma de Baja California/Miguel Ángel Porrúa.
- García, V. y Suárez, G. (2001). *Los sismos en la historia de México: El análisis social*. México: Fondo de Cultura Económica.

- García V. (Coord.). (2008). *Historia y desastre en América Latina III*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina (La Red).
- García, V. (1992). Enfoques teóricos para el estudio de los desastres naturales en México. En García V. (Coord.), *Estudios históricos sobre desastres naturales en México. Balance y perspectivas*. México: CIESAS. 19-31.
- García V. (Coord.). (1996). *Historia y desastre en América Latina I*. Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina (La Red). Recuperado de: <http://www.desenredando.org/public/libros/1996/hydv1/HistoriaYDesasti1.0.0.pdf>
- García V. (Coord.). (1997). *Historia y desastre en América Latina II*. Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina (La Red). Recuperado de: http://www.desenredando.org/public/libros/1997/hydv2/hydv2-todo_sep-09-2002.pdf
- Geertz, Clifford (2003). *La interpretación de las culturas*. España: Gedisa.
- Gelman Muravchik, O. (1996). *Desastres y Protección Civil*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Giglia, A. (2000). *Terremoto y reconstrucción: Un estudio antropológico en Possuoli, Italia*. México: Plaza y Valdés.
- Giménez, G. (1996). Territorio y cultura. *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, 2 (4). Universidad de Colima, 9–33.
- Giménez, G. (2005). *Teoría y análisis de la cultura*. México: Conaculta. <http://www.ciesas-golfo.edu.mx/boletin/1-6/contenido/editorial.html>
- Giménez, G. (1999). Territorio, cultura e identidades. La región socio-cultural. *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, 5 (9), 25-57.
- Heras, A. (2010, 5 de abril). Sismo de 7.2 grados Richter deja dos muertos y decenas de heridos en Baja California. *La Jornada*, p. 35.
- Herrera, P. (2002). *Reconquista y colonización del valle de Mexicali y otros escritos paralelos*. México: Universidad Autónoma de Baja

California, XVII Ayuntamiento de Mexicali, Instituto de Cultura de Baja California.

Lavell, T. (1993). Ciencias sociales y desastres naturales en América Latina: un encuentro inconcluso. En Maskrey A. (Coord.), *Los desastres no son naturales*. (111-127). Colombia: Tercer Mundo editores.

Lezama, J. (2002). *Teoría social, espacio y ciudad*. México: El Colegio de México.

Lindón, A. (1999). Narrativas autobiográficas, memoria y mitos: una aproximación a la acción social. *Economía, Sociedad y Territorio*, 2 (6), 295-310.

López, L. (2010). Riesgo sísmico en ciudades del Noroeste de México. *Nuestra Tierra*, 13, 4-10.

Martínez, M. (2009). Los geógrafos y la teoría de riesgos y desastres ambientales. *Perspectiva geográfica*. 14, 241-263. Recuperado de <http://revistas.uptc.edu.co/index.php/perspectiva/article/view/1724>

Maskrey A. (Coord.). (1993). *Los desastres no son naturales*. Red de Estudios Sociales en Prevención de desastres en América Latina. Colombia: Tercer Mundo.

Méndez, H. y Santillán, E. (2011). Apostillas sobre la impronta simbólica del desierto-territorio en la identidad cultural de Mexicali y su valle. *Estudios Fronterizos*, 12 (23), 117–148.

Menna, M. (2004). *A aventura (Auto) Biográfica*. Teoría y empiria. Brasil: Edipucrs.

Merton, R. K., Fiske, Marjorie y Kendall, P. (1998). Propósitos y criterios de la entrevista focalizada. *Revista de Metodología en Ciencias Sociales*, 1, 215-227.

Molina, R. (1992). Sismología en el valle de Mexicali. *Travesía*, 8 (27), 69-76.

Moranta, T. y Urrútia, P. (2005). La apropiación del espacio: una propuesta teórica para comprender la vinculación entre las personas y los lugares. *Anuario de Psicología*, 36 (3), 281-297.

Moreno A. (2003). *Introducción elemental a Pierre Bourdieu*. Bogotá: Álvaro Moreno.

- Necochea, G. (2011). Los contextos del recuerdo y la historia oral. En Necochea, G. y Torres, A. (Comp.) *Caminos de historia y memoria en América Latina*, 180–190. Argentina: Imago Mundi.
- Padilla, R. (2006). *El huracán del 59: Historia del desastre y reconstrucción de Minatitlán*, Colima. México: Universidad de Colima.
- Piñera, D. (2006). *Los orígenes de las poblaciones de Baja California. Factores externos, nacionales y locales*. México: Universidad Autónoma de Baja California.
- Reguillo, R. (1996). *La construcción simbólica de la ciudad*. México: ITESO.
- Reynoso, C. (2000). *Apogeo y decadencia de los estudios culturales*. España: Gedisa.
- Rodríguez, J. (2002). Los desastres naturales en Mexicali, B.C. Diagnóstico sobre riesgo y la vulnerabilidad urbana. *Frontera Norte*, 14 (27), 123-153.
- Salas, H. (2006). La “gente del desierto” en el norte de Sonora. *Culturales*, 2 (3), 9-31.
- Sampieri, R., Fernández, C. y M. Baptista (2010). *Metodología de la investigación*. México: Mc. Graw Hill.
- Sánchez, P. (1991). El valor de la historia y los valores en la enseñanza de la historia. *Revista complutense de educación*, 2 (2), 309-322.
- Sandoval, C. (1996). La investigación cualitativa [Versión Electrónica]. *Instituto Colombiano para la Educación Superior*. Recuperado de http://desarrollo.ut.edu.co/tolima/hermesoft/portal/home_1/rec/arc_6667
- Secretaría de Gobernación (2001). Programa especial de prevención y mitigación del riesgo de desastres 2001–2006. México: Secretaría de Gobernación.
- Sparkes, A. y Devís, J. (2006). *Investigación narrativa y sus formas de análisis*. Recuperado de http://viref.udea.edu.co/contenido/publicaciones/memorias_expo/cuerpc
- Thompson, J. B. (1998). *Ideología y cultura moderna*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.
- Valera, S. (1997). Estudio de la relación entre el espacio simbólico urbano y los procesos de identidad social. *Revista de Psicología*

Social, 12, 17-30.

- Valles, M. (1999). *Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional*. España: Síntesis.
- Velasco, L. (2005). *Desde que tengo memoria. Narrativas de identidad en indígenas migrantes*. México: El Colegio de la Frontera Norte, Conaculta-Fonca.
- Walter Meade, A. (1996). *El valle de Mexicali*. México: Universidad Autónoma de Baja California.
- White, H. (1992). *El contenido de la forma: Narrativa, discurso y representación histórica*. España: Paidós.
- White, H. (2002). *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Zobin, V. (2004). *Los terremotos y sus peligros: ¿Cómo sobrevivir a ellos?* México: Universidad de Colima.

SITIOS DE INTERNET

<http://www.ssn.unam.mx>

http://www.ssn.unam.mx/website/jsp/reportesEspeciales/Mexicali_Reporte007.pdf

<http://www.baja.gob.mx/estado/Aspectos%20Demograficos/poblacion.htm>

http://www.atlasnacionalderiesgos.gob.mx/index.php?option=com_content&view=article &id=48&Itemid=170.

<http://www.proteccioncivilbc.gob.mx/index.html>

<https://www.gob.mx/cenapred>

http://sdpnoticias.com/sdp/contenido/estados/2010/04/05/28/1021406

<http://www.inegi.org.mx>

<http://www.indivibc.gob.mx/portal/>

<http://www.cicese.edu.mx>

http://sismologia.cicese.edu.mx

<http://www.usgs.gov/>

http://www.bajacalifornia.gob.mx/portal/gobierno/IVInforme/desarrollo.pdf

http://earthquake.usgs.gov/regional/neic/

ACERCA DEL AUTOR

Carlos Antonio Romero Ramírez. Paraguayo por nacimiento y cachanilla por adopción. Doctor en estudios del desarrollo global, maestro en estudios socioculturales, y licenciado en relaciones internacionales por la Universidad Autónoma de Baja California (UABC). En el área laboral, desde 2011 se ha desempeñado como profesor de asignatura en la Facultad de Ciencias Sociales y Políticas; a partir de 2015 se encuentra adscrito como técnico académico en el Instituto de Investigaciones Culturales-Museo de la UABC. Entre sus temas de interés y de investigación se encuentran el estudio de los espacios sociales y el impacto que provoca en ellos las acciones de la naturaleza; también, ha realizado estudios acerca de las relaciones fronterizas México-Estados Unidos, historia y contexto actual de América Latina; en el área de las migraciones internacionales, ha trabajado el tema de la migración de ciudadanos latinoamericanos hacia la región de medio oriente.

Correo electrónico: aromero7@uabc.edu.mx

LEGALES

Romero Ramírez, Carlos Antonio

Mexicali 7.2 [recurso electrónico] : réplicas y narrativas
de los reubicados del sismo de abril de 2010 / Carlos Antonio
Romero Ramírez. -- Mexicali, Baja California : Universidad
Autónoma de Baja California, 2018.

1 recurso en línea. -- (Selección anual para el libro universitario)

ISBN: 9786076074961

1. Mexicali (México) -- Condiciones sociales. 2. Terremotos --
México (Mexicali) -- Condiciones sociales. 3. Mexicali (México)
Anécdotas. I. Universidad Autónoma de Baja California.
II. t. III. s.

F1391 .M54 R65 2018

©D.R. 2018 Carlos Antonio Romero Ramírez

Las características de esta publicación son propiedad de la
Universidad Autónoma de Baja California.
Departamento de Editorial. Av. Reforma 1375.
Col. Nueva. Mexicali, Baja California, México. C.P. 21100.
Teléfono: (686) 552-1056.
Correo electrónico: editorial@uabc.edu.mx
www.uabc.mx

ISBN: 9786076074961

Coordinación editorial: Laura Figueroa Lizárraga.
Formación electrónica: Lilian Guadalupe Beckham Lara.
Edición: Lucía María Treviño Araiza.
Fotografía de portada: Carlos Antonio Romero Ramírez.



Universidad Autónoma de Baja California

**Dr. Juan Manuel Ocegueda Hernández
Rector**

**Dr. Alfonso Vega López
Secretario general**

**Dra. Mónica Lacavex Berumen
Vicerrectora Campus Ensenada**

**Dr. Miguel Ángel Martínez Romero
Vicerrector Campus Mexicali**

**Dra. María Eugenia Pérez Morales
Vicerrectora Campus Tijuana**

**Dr. Hugo Edgardo Méndez Fierros
Secretario de Rectoría e Imagen Institucional**